

MEMORIAS DE UN PRESIDARIO

Víctor Hugo Díaz

MEMORIAS DE UN PRESIDIARIO

Memorias de un presidiario

Víctor Hugo Díaz

1ra. Edición: Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Telfs.: 562-633 / 506-267
Fax: 506-255 / 506-267
Casilla: 17-12-719
E-mail: editorial@abyayala.org
Quito-Ecuador

Autoedición: Abya-Yala Editing
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-04-600-3

Impresión: Producciones digitales UPS
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, Abril del 200

INDICE

PRESENTACION	9
AGRADECIMIENTO.....	13
Engaño	13
INTRODUCCIÓN	15
Quiénes existimos en la prisión.....	15
Consideraciones sobre la “justicia”	16
Mensaje: (a manera de prólogo).....	16
Ejemplo de padres	16
¿Cómo se le puede enseñar al hijo a saber las cosas?	17
Dedicatoria a la juventud.....	17
Mi llegada a la ciudad de Quito.....	21
Estando en casa de John, mi jefe	28
Reunión de todos quienes pertenecían a la mafia, para sortear con quien debo trabajar	29
Sorteo: para ver con quien trabajo	30
Estando en casa de Ruth y Mercedes, mis nuevas jefas.....	31
Primera entrega de droga que yo debía realizar	33
John en casa de Ruth	35
Al día siguiente en casa de John	35
Conversando con Ruth y Mercedes acerca de mi madre.	37
Conversando con mi jefe sobre un permiso para verle a mi madre	37
Llegada a casa de mi madre luego de permanecer casi cuatro años fuera del hogar donde me crié	38
Mis hermanos Querían saber en dónde vivo y qué hago	39
Segundo día en casa de mi madre, en Yaruquí.....	40
Estando en las Piscinas de Papallacta con mi madre	42
Brindis con mi madre y mis hermanos.....	42
Amanecemos con un fuerte chuchaqui	42
Al cuarto día conversando a solas con mi madre.....	43
Despedida de todos mis seres queridos y amigos, en el pueblo que nació	44

Orden de trabajo que debíamos que realizar, entrega grande de droga a ciertas personas.....	46
Segundo día de permanecer detenido.....	48
Discusiones y peleas.....	54
Visita de Ruth y Mercedes al Centro de Reformatión a los dos meses de estar ahí.....	54
Primera fuga del Centro de Reformatión luego de permanecer cinco meses detenido.....	56
Estando fuera pero prófugo.....	56
Llegada a casa de Ruth y Mercedes luego de haberme fugado de aquel lugar donde estuve detenido por el tiempo de cinco meses.....	57
Al siguiente día de mi fuga, conversando con mi jefe en casa de Ruth y Mercedes.....	58
Despedida de Mercedes, Laura y Juan ya que ellos tenían otro tipo de trabajo.....	62
Carlos enseñándome a dominar el volante y como es el negocio de los carros.....	71
Enseñanza y robo de carros estando en Colombia.....	72
Al siguiente día conversando con Carlos en casa de Salmón.....	74
Al día siguiente: dar datos para la ficha en Interpol y ver si es conocido o es primera vez que cae detenido.....	80
Tortura cruel en Interpol.....	81
Tortura a otro detenido por droga en el Sótano o camal de hombres vivos.....	83
Primera fuga del Penal. La realizamos en menos de 10 minutos.....	97
Detención en Tulcán, por venirme de Colombia a Quito, solo y sin órdenes que cumplir.....	108
Estando preso en el calabozo del Cuartel de Tulcán, por mi ignorancia y por no tener papeles.....	110
Estando en Quito en casa de John y de Bolívar.....	111
Llegada al hospital donde estaba mi mamá enferma.....	111
Estadía en casa de mi madre, luego de fugarme.....	124
Llegada a casa de John y Bolívar, en Quito, luego de permanecer tres meses prófugo, en casa de mi madre.....	124
Llegada de Mercedes a Quito para trabajar conmigo nuevamente.....	125
Relaciones sexuales con Mercedes a los dos años de no vernos.....	126
Cumpliendo la orden de robarme un carro y llevarlo a Colombia con ayuda de Mercedes.....	127
Al cabo de un año y tres meses de permanecer prófugo, robando carros y trayendo cocaína de Colombia soy cogido	

preso en un cabaret y fui a parar en el penal. Cumplí mi condena de 8 años de reclusión mayor	128
Detenido en el Centro de Detención Provisional y acusado de violar a una puta del cabaret	129
Conversando con el Director Nacional de Prisiones acerca de mi fuga y de mis compañeros	131
Diálogo con la prensa. Los periódicos querían difundir la noticia de mi fuga	132
Al siguiente día, mi foto y declaración en El Comercio y las noticias de televisión	132
Traslado del Penal a la Clínica de Conducta por pegar a un guía	133
Estando en Clínica de conducta”	134
Llegada a la casa de mi hermana, en lago Agrio, después de fugarme de la cárcel de Riobamba a los tres meses de permanecer detenido, por muerte	145
Recapturado a los cuatro meses de haber fugado de la cárcel de Riobamba, acusado de muerte	146
Actividades en la Cárcel de Riobamba	148
Fiestas por fin de año en la cárcel Riobamba, con todos los detenidos	149
Audiencia en Quito, para saber si salgo libre o me quedo por la muerte que cometí en el penal	150
Audiencia Pública en Quito	151
En el hospital Eugenio Espejo apuñalado por un familiar del que yo maté, se me vengó y casi mi mata	152
Ya operado permanecí un mes en el hospital	152
De regreso a la cárcel, de Riobamba, luego de salvarme de una puñalada que me dio un familiar del muerto cuando me encontraba en Audiencia Pública en Quito	153
Nuevamente a los tribunales luego de seis meses de permanecer en cama por las lesiones que tenía a ver si salgo libre o me quedo preso	154
Frente al estrado	154
Causaba problemas en la cárcel de Riobamba para que me trasladen al penal García Moreno y así poder vengarme del que me quiso matar y quedarme por algo o que me mate ese hermano del difunto	155
Diálogo con el personal de la cárcel de Riobamba	156
Estadía en casa de Enrique, el patrón de Luis, en Colombia, hoy también jefe mío	168
Órdenes que debía cumplir en la organización que nuevamente ingresé, en Colombia, con el patrón de Luis	169

Llegada a Quito, donde mi familia, después de permanecer fugado por el tiempo de ocho meses en Colombia.....	170
En casa de mi hermana	171
Órdenes de cumplir en Colombia y entrega de una droga, o sea cocaína	174
Trabajando con Carmen en el robo de carros, mi gancho ciego en Quito.....	177
Hospedados en un hotel hasta conseguir los dos carros en Quito y llevarlos a Colombia como era la orden de mi patrón Enrique, ya que luego de conversar con él y Bolívar deciden que yo trabaje con ellos.....	177
Enseñándole a trabajar en el robo de carros para llevarlos a Colombia	179
Orden que Carmen tenía que hacer para nosotros robar el carro en Quito	180
Robando el carro, en una discoteca en compañía de Carmen, como mi gancho ciego	181
Entramos en la discoteca de Quito.....	181
Llegada a Colombia con el carro robado	183
Llegada a Quito, luego de permanecer prófugo en Colombia por el tiempo de seis meses.....	184
Conversando con mi abogado sobre mi fuga y que podía quedar libre por la muerte que causé en el penal de Quito.....	187
Septiembre de 1991 planeando para robarme un carro y llevarlo a Colombia	188
Robándome un carro para llevarlo a Colombia. Lo asalté a una chica con su novio en un parque, mientras se besaban.....	189
En Colombia con el carro robado	190
Recapturado nuevamente en el mes de Septiembre de 1991, en Ipiales, Colombia y traído a Quito al Penal García Moreno, por unos guías	191

PRESENTACION

No fue fácil para nosotros asumir la propuesta y el desafío de editar estas notas. El perfil inusual del autor dificultó el calibrar en su exacta dimensión el valor de sus escritos pues no venía precedido de recomendaciones ni, mucho menos, contaba con palmarés literarios. Se trata, pues, de un expresidiario que espontáneamente acudió a nuestra editorial alentado, quizás, por el abogado que supervisaba su causa, pero sobre todo por la convicción de comunicar una experiencia relevante y por muchas razones, pertinente.

Aunque nos sentimos lejos de la tentación de identificar la marginalidad con la delincuencia o de criminalizar la pobreza, y no obstante la clara consciencia de que los centros de poder económico y político también producen delincuentes y generan impunidad tal como la historia reciente del Ecuador lo evidencia con dramática contundencia, no es ésta la faz que pretende ilustrar o debatir las páginas de este libro. El autor, en cambio, ha trajinado caminos poco comunes desde los márgenes de la sociedad que cercan y hostigan la vida cotidiana de un creciente número de ecuatorianos que viven situaciones parecidas de ciudadanía devaluada: marginación con respecto a las oportunidades de participación, de trabajo, de vivir en un hogar estable y de una justicia igual para todos. Algunos de ellos, empujados por una serie multicausal y compleja de factores de todo tipo - sociales, económicos, familiares y psicológicos -, terminan por vivir, también, al margen de la ley y se convierten en delincuentes.

El tema no es fácil de tratar y valorar. Su publicación provoca el temor de alentar un alegato autojustificante que pretende delegar toda la responsabilidad del delito en la esfera de las realidades sociales. O por el contrario, se enfrenta el riesgo de difundir un texto moralizante acerca de la historia de un arrepentido incapaz de toda crítica a su entorno y al sistema. Una vez editada la obra, podemos afirmar que, aunque no

faltan elementos que evoquen ambos polos, el producto final es mucho más profundo y se proyecta más allá de ellos pues revaloriza numerosos elementos de la historia personal y de la compleja urdimbre de las fuerzas sociales que intervienen, con inédita peculiaridad, en el proceso de configuración de la conducta delictiva. Esta autobiografía tiene la fuerza y el valor de toda ‘reconstrucción’ escrita de los eventos de la historia personal vividos en primera persona como una odisea. Al mismo tiempo surge de y provoca la urgencia de entenderse, de encontrar y construir el propio lugar en medio de los acontecimientos, actitudes que se canalizan en el esfuerzo de configurar un relato. Pero sobre todo, constituye un alegato válido, una suerte de “yo acuso” que cuestiona tanto el sistema carcelario como los procesos judiciales, los cuales no solo entorpecen la rehabilitación y la administración de justicia; en buena medida, ellos se han convertido en cómplices y perpetuadores de tal carencia de equidad.

Este libro no ha sido elaborado en el contexto de producir y ordenar conocimientos, tal como sucede con el ensayo o la monografía especializada. En algún sentido, el conjunto de folios manuscritos que nos presentó el autor (tres cuadernos escritos a mano) conforman una historia de vida relatada en primera persona, género revestido cada vez de mayor prestigio para la ciencia social contemporánea. A diferencia de muchas historias de vida cuyos testimonios han sido ordenados y sistematizados por un investigador, este producto, aunque la convoca, es ajeno a toda intervención. A la vez, cabe destacar el carácter inicial del manuscrito, es decir, no ‘pasado’ ni mecanografiado en computadora. La editorial los mecanografió y corrigió errores ortográficos y sintácticos, pero salvo en aquellos pasajes donde la decisión del autor introdujo cambios, se respetó las secuencias de los incidentes, al eliminar muy, pero muy pocas reiteraciones y preservar al máximo la originalidad de los giros y la terminología. Tal vez las perspectivas pragmáticas del lenguaje hubieran aconsejado reproducir la expresión original hasta en los últimos detalles, considerada de por sí un significativo cuyos elementos conforman un lenguaje paralelo a la vez sujeto y objeto de análisis. Es verdad; sin embargo, siempre en la línea de optar, hemos preferido adecuar el texto a las exigencias de un público más amplio hasta alcanzar la forma que el lector puede apreciar, antes que correr el

riesgo de publicar una ‘transcripción’ asequible tan solo a los especialistas.

No se debe pasar por alto el hecho de que, pese al carácter oral de las culturas populares, estas páginas trasuntan el ‘trabajo’ que supone transitar por el ejercicio liberador de la palabra, no hablada ni grabada, sino escrita, con las pausas que imponen la tarea manual de escribir y la mediación de trazar signos sobre un papel. Junto a la crítica social y de los sistemas judiciales y penitenciarios, es este el ‘ejercicio’ que otorga legitimidad y valor de propuesta al testimonio de Víctor Hugo Díaz, porque a través de él, el autor ejerce, sin jugar a las escondidas y sin pretender eludir responsabilidades, su derecho a reordenar e interpretar la propia vida, dándole la forma de un itinerario. A través de este libro, el autor trasciende el recuerdo y la anécdota para intentar una explicación o interpretación, en la búsqueda de un sentido que nos interpela a todos, en cada momento.

José E. Juncosa
Abril del 2000

AGRADECIMIENTO

Agradezco desde lo más profundo de mi alma a mi madre, Clemencia, la sembradora de todo bien para sus hijos, a quien, por desgracia, no pude seguir en su virtud y consejos, pues, por la irresponsabilidad de mi padre tuve que abandonar el hogar aún adolescente.

Gracias cordiales a mi esposa Aída Carrillo cuyo amor y comprensión nunca me han abandonado, junto con mis hijos Jenny, Enrique, Hernán y Víctor, fue mi sostén y esperanza en las durísimas horas de mi encarcelamiento.

Va mi agradecimiento a todos aquellos, que, durante mi cautiverio me han enseñado a respetar los valores sociales para reincorporarme, rehabilitado, a la comunidad y, además a todos quienes me han ayudado para que este libro vea la luz pública. Libro que pretende ser algo como una autobiografía, un recorrido por los torcidos senderos que me han traído a un encarcelamiento que va por los diez años. Un recordatorio de mis errores y caídas, de mi reincidencia en el mal y, ante todo, como una voz admonitoria para mis hijos y para la juventud a fin de que se preserven en las rectas vías de la virtud y del servicio a sus semejantes.

Jueves 6 de agosto de 1992.

Engaño

Estas letras las escribo, entre cuatro
paredes de esta cruel prisión.
Llevan el emblema de ser muy amadas.
Porque aquí conozco lo que es decepción.

Tristes recuerdos y amargos sueños
fue del amor de mi vida
Porque me engañaste sino me querías
Porque me fingiste brindarme tu amor.

Poesía redactada en prisión, a causa de un desengaño amoroso.
La mujer que tenía me abandonó y eso me motivó escribirla.

INTRODUCCIÓN

Al escribir estas letras con las cuales yo manifiesto lo suscitado conmigo, ustedes pueden tomarlo como lo deseen, pero esta escritura tiene un sentimiento: les cuento los motivos y causas que me obligaron a salirme de mi hogar. Espero me sepan perdonar por sacar la luz esta verdad, aunque me encuentre privado de mi libertad. Es para que se den cuenta de como se vive dentro de una prisión y los sufrimientos que uno tiene que soportar estando aquí.

A continuación les contaré todo, tal cual fue mi triste y cruel prisión y la condena que debí cumplir junto a otros seres humanos en el Penal García Moreno, tratados sin consideración humana, peor moral.

Espero que les guste este pequeño relato de parte de un interno del Centro de Rehabilitación Social de Quito, que cumple una condena.

Quiénes existimos en la prisión

Aquí, mezclados e igualados por nuestras personales tragedias, nos hallamos blancos, cholos, negros, indios, unos abandonados a su suerte y otros, aunque acompañados de lejos por nuestros seres queridos, sometidos a la terrible condena y al permanente anhelo de libertad, afanándonos por recuperarla para ver si la sociedad nos vuelve a acoger y abrirnos oportunidades de vida y de trabajo al término de nuestra condena.

Desde mis prisiones imploro a la juventud para que, guardando la moral y la Ley evite descender a este estado en el que yo me encuentro y en el que tantos otros se hallan, muchas veces, repudiados y odiados por quienes, sin apreciarlo, disfrutan de los dones de la libertad.

Consideraciones sobre la “justicia”

Lamentablemente debo decir que en este país no existe esto que se ha dado en llamar “justicia”. Se la aplica, como es ya un dicho popular, “sólo a los de poncho”. Esta justicia que constituye la más palmaria injusticia nos abandona y desprecia y, lo que es peor, sólo se aplica favorablemente a quienes pueden comprarla. Fiscales y Jueces asociados con leguleyos sin conciencia conforman el gran mercado de la Función Judicial.

Más que de insuficiencia de leyes hay que hablar de las deficiencias morales y profesionales de quienes deben aplicarlas. Es el infeliz pequeño delincuente o el que, sin serlo, ha caído en las garras de policías y magistrados, la víctima de esta “Justicia”... El poderoso o gran delincuente, el que cohecha, está libre en su impunidad. Me duele decirlo; pero, si en este país hay dos instituciones corruptas, éstas son la Policía, engendradora y cómplice de la delincuencia verdadera, y la Función Judicial, encubridora de la criminalidad de los poderosos.

Mensaje: (a manera de prólogo)

A través de estas líneas quiero dar una idea de quienes somos los perseguidos por la justicia en nuestro país y vivimos entre cuatro paredes oscuras, frías y lúgubres, tratados muchas veces al margen de toda consideración humana, por el mero hecho de haber perdido la libertad.

Ejemplo de padres

Muchas veces los padres nos recomiendan y nos piden, de favor, que sepamos portarnos de lo mejor y obedezcamos lo que ellos nos enseñan, pero los hijos cometemos errores en la vida. Si eres hijo de ricos o adinerados, pues te dan todo y tienes lo mejor y con el dinero tú compras lo que deseas. Pero el dinero no es todo, ya que el dinero, corrompe a todo el mundo: los que tienen, pues, desean más y los que no tienen, tratan de ver como conseguirlo y muchas veces, por ese vil y mísero metal uno comete errores y viene a parar en este sitio odiado por quienes lo habitamos, porque es infrahumano.

Pero nuestros padres jamás se dan cuenta de lo que nos puede pasar, y muchas veces, poniéndose de ejemplo, nos dicen: “¿ves como es tu Padre?”, y así quieren que tú seas. Más, no es como ellos dicen, sino el camino que uno pueda y quiera elegir, aunque sin pensar al sitio que se puede venir a parar, sólo por falta de experiencia.

¿Cómo se le puede enseñar al hijo a saber las cosas?

En este mundo, en el cual vivimos rodeados de tanta gente, nadie sabe qué hacen y a qué se dedican los demás, y nosotros, sin saber lo bueno y lo malo, nos enfrentamos a la vida, en compañía de los amigos de la escuela, el colegio u otras personas.

Pues bien, aquí, en primer lugar tengo que recomendar a los padres que aprendan a decirles la verdad a sus hijos, que les aconsejen, que comprendan y sepan escoger sus amistades, y si alguna vez el hijo cometiere algún acto indebido, conversar con él y decirle que puede y que no se puede hacer y explicarle que si comenten faltas contra la ley, eso puede conducirles a la cárcel; que jamás se debe cometer cosas en contra de otras personas; que es mejor vivir pobre antes que estar preso y con dinero: y, que vale más hacer valer su dignidad, para que más tarde nadie le señale y le diga que es un delincuente, razón ésta por la que somos rechazados por la sociedad.

Eso es cuanto puedo recomendar.

Dedicatoria a la juventud

Esto va dedicado a todas las juventudes de mi Patria, para que un día no muy lejano comprendan y sepan diferenciar lo siguiente: el estar libre es lo más bello, un don con el que tú puedes hacer tantas cosas e ir a donde tú quieras, mientras que el encerramiento es lo contrario - regirte a un horario en el cual tú tienes que someterte en todo-. Por eso, estimado amigo, estas pocas letras las escribo desde las cuatro paredes de esta cruel prisión, con el propósito de que ustedes jamás cometan los errores que yo cometí y vengan a parar en este sitio, odiado y repudiado por todos los que lo habitamos.

Así es la triste realidad... ¡Lo que uno quiere hacer, cuando se encuentra privado de la tan querida libertad!

Y, dicho esto, paso a mi proyecto de autobiografía.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN DELINCUENTE

Esta, mi historia, que trataré de relatarles, esta ajustada, en todo, a la verdad.

Yo nací en la población de Yaruquí, hermoso lugar muy cercano a la ciudad de Quito, en donde una comunidad trabajadora vive en paz y armonía dedicada, principalmente, a las faenas del campo; gente noble y generosa, franca y hospitalaria.

Mi padre, nativo de la población de Pomasqui, y mi madre yaruqueña de nacimiento, mantenían una unión libre dentro de la cual procrearon cuatro hijos, dos mujeres y dos hombres.

Frente a mi madre, toda abnegación y ternura, la verdadera mantenedora del hogar, se alzaba la figura de mi padre, borracho consuetudinario que, en sus estados alcohólicos casi diarios, maltrataba brutalmente a mi madre y a nosotros, sus hijos. Yo le producía tal antipatía que se ensañaba particularmente conmigo para maltratarme moral y físicamente. Era el blanco de sus arrebatos y la víctima preferida de sus violencias. Se ensañaba en contra mía de tal modo que llegue a odiarle y a dudar de que fuera mi progenitor, pues, yo me decía, ¿cómo un padre puede ser tan cruel con su hijo?

Había cumplido mis 11 años cuando, acosado por la furia paterna, tomé la resolución de abandonar mi hogar. Prefería todas las incertidumbres de una aventura a la certeza insoportable de mi sometimiento a tantas maldades. Así es que un día me acerque a mi santa y abnegada madre, Clemencia, a quien la recuerdo, ese día, más hermosa en sus treinta y cinco años y aún joven, pese a los maltratos a los que le sometía mi padre y a la carga del hogar.

-Madre -le dije- quiero hablarle sobre una grave determinación que he tomado: voy a irme de la casa.

Ella llorando, tiernamente me habló: “Hijo, ¿que te mueve a irte?”

- Usted ve, mamá que ésta para mi no es vida. Prefiero cualquier cosa a seguir sufriendo los maltratos de mi padre.
- ¡Hijito!... ¡hijito!, ¿a dónde te vas a ir si eres chiquito todavía?

Le respondí: “Yo me quiero ir a Quito donde mis familiares, ya que ellos me quieren y no me han de hacer sufrir.

- ¿Pero qué dirán tus tías? -añadió mi madre.
- Yo les diré la verdad y ellas me comprenderán, dije y allí terminó nuestra conversación.

Mi decisión era irrevocable. Pese a los llantos y a las súplicas de mi madre y mis hermanos cumplí con mi propósito, pues no podía seguir soportando la angustia y desesperación que me oprimían y que me forzaban a abandonar el hogar. Quería vivir otra vida, encontrar un refugio en el que gozara de un poco de tranquilidad, y así llegó el momento de mi partida. Sin decir nada a nadie, junté algunas ropas en una pequeña maleta, pero a la hora de partir, a eso de las cinco de la tarde, no pude dejar de despedirme entre lágrimas de mi madre y de mis hermanos, y ella al bendecirme para que Dios me guardara de todo mal, puso en uno de mis bolsillos unos billetes, tal vez doscientos sucres, tomados de sus míseros ahorros.

Abandoné mi casa y mi pueblo. Salí a la carretera y me puse a caminar con rumbo a Quito sin conseguir que ninguno de los carros que pasaban se detuviera para llevarme. Anduve tres o cuatro horas. Era ya noche cerrada. Tenía hambre y frío y un enorme cansancio. Me acurriqué entre los matorrales a la vera del camino y me quedé dormido. Desperté con el frío de la madrugada, entumecido; me puse dificultosamente en pie y seguí caminando. Un vehículo se acercaba; le hice señas y se detuvo. Un señor muy gentil me invitó a que subiera al balde de la camioneta que conducía. Me dejó a la altura del Batán.

¡Había llegado a Quito!

Mi llegada a la ciudad de Quito

Me bajé del vehículo, agradecí a la madre del caballero que me había traído, y, evitando que el torrente de carros que circulaban por la Avenida 6 de Diciembre me atropellara, gané dificultosamente el refugio de un pequeño parque, en cuyo prado traté de conciliar el sueño a lo largo de toda una noche, perdido. No pude hacerlo, pues el frío de la mañana era intenso y la hierba estaba húmeda. Me levanté; tenía mucha hambre y avancé por la Avenida 6 de Diciembre en busca de una tienda de víveres para saciar mi apetito. Hallé un micromercado y en él compré un cartón de leche chocolateada y dos panes; fue mi primer desayuno en Quito.

Mientras andaba y andaba por esa avenida, sentí de golpe, mi gran soledad y maldije nuevamente a mi padre que era la causa de ella. ¡Qué horrible sentimiento de abandono el de un niño solo en una enorme ciudad casi desconocida! “¿Qué hago?”, me dije. Ansiaba ir donde mi tía, pero no sé que extraño temor me impedía hacerlo. Así, anduve y anduve hasta llegar a un gran parque, el Ejido.

Era plena mañana, mucha gente deambulaba por los senderos, hombres, mujeres y niños jugaban o descansaban en el césped; parejas de enamorados se besaban a la sombra de los árboles, y yo pensé: “Qué mierda me importa esto, yo estoy solo, perdido”. Me aguanté las ganas de llorar y como el cansancio me vencía, me quedé dormido. Cuando desperté era más del medio día. Cerca de mí jugaban cuatro niños haraposos de aproximadamente mi misma edad. Se me acercaron: “¿Quién eres, como te llamas, de dónde vienes, qué haces?”, me preguntaron. “Soy de Yaruquí y estoy huido de mi casa”, les contesté. Me dijeron que ellos también habían abandonado sus hogares porque no soportaban el maltrato al que los sometían sus padres. Igualados por la misma situación, por el abandono y la miseria, me pidieron que me fuera con ellos. La tarde caía, se acercaba la noche. Busquemos donde dormir me propusieron. Me fui con ellos. Entramos en una casa en ruinas y en el suelo de un cuartucho desmantelado nos acostamos y calentándonos con el calor de nuestros propios cuerpos, cubiertos con periódicos viejos y pedazos de cartón, al cabo de una charla en la que me daban cuenta de sus aventuras, nos dormimos.

Desperté con mucha hambre. En dos días todo mi alimento había sido un poco de leche, cuatro panes y una coca-cola. Con el hambre se agudizó mi sentimiento de soledad y abandono; y lamenté amargamente haber dejado mi hogar; pero las cosas se habían dado y tenía que afrontarlas. Mis compañeros de miseria despertaron. Dijeron que saldríamos a buscar que comer. Les pregunté cómo lo hacían. “Ya verás”, me contestaron, y salimos a las calles. Ahí me enteré que subsistían robando: abrían los carros estacionados, sustraían objetos y accesorios y los iban a cambiar por comida. Todo el día estuvimos en estas andanzas que a mi me repugnaban y me daban miedo. A la noche volvimos al tugurio en que dormimos. Yo no les había hablado del poco dinero que me quedaba, pues estaba seguro que me lo habrían robado. Esta no era vida para mí. Mientras ellos dormían, sigilosamente salí de la casa en ruinas y volví a mi soledad en las calles quiteñas.

Encuentro con mi tía

Había pasado una semana de hambre y angustia. Casi siempre dormía en el parque del Ejido y vagaba por las calles aledañas, pues tenía miedo de adentrarme en la ciudad desconocida. Estaba sucio y mal oliente, enflaquecido y demacrado. Un día de esa horrible semana, en el parque me metí entre un grupo de gente que miraba a unos payasos. Sentí que alguien me veía y una voz de mujer me llamó por mi nombre, Víctor. Eran mi tía y mis primos. Sentí una gran vergüenza por mi condición tan desastrosa y sin hacer caso al llamado, me escabullí entre la gente; pero, cuando iba a salir del parque, sentí una mano sobre mi hombro. Era mi tía que me había dado alcance; empezaron sus preguntas a las que yo avergonzado, no respondía o evadía; más, ante su cariñosa insistencia le confesé la verdad de porqué había huido de la casa y vagaba en la ciudad desde hace una semana. Insistía en llevarme con ella y con mis primos. Yo avergonzado me negaba, pero al fin, su insistencia cariñosa venció mi recelo.

Desde entonces hallé mi segundo hogar. El amor y la dedicación de mi tía no establecía diferencia entre sus hijos y yo. Me dio casa, alimento y educación. Por dos años viví feliz, en perfecta armonía. Mi tía se atrevió a hablar con mi padre, por ver si había cambiado en sus ac-

titudes violentas contra mí. Le encontró el mismo; rencoroso, no quiso ni oír que yo me reintegrara a mi hogar. Tiempo después nos visitó mi madre. Me rogó que volviera con ellos; ella y mis hermanos me extrañaban, me reclamaban; me aseguró que mi padre había cambiado. No pude creerle y le dije que si bien a mi madre y a mis hermanos les quería más que nunca, estaba decidido a permanecer al abrigo del hogar y del cuidado de mi tía.

Había cumplido trece años. Uno de mis primos, Galo, me igualaba en edad. Hasta entonces fue mi mejor compañero, y de pronto, sin que se diera motivo alguno para ello, se volvió mi enemigo e incitó a mis otros primos contra mí. Les molestaba que mi tía me tratara como un hijo suyo, al igual que ellos. Empezaron a injuriarme llamándome “recogido”.

Otra vez la vida se me mostraba adversa. A tanto llegó la inquina y el mal modo de mis primos, que decidí abandonar el que había sido mi nuevo hogar. Se lo dije a mi tía, pero ella se negó a escuchar mis razones y me ofreció reprender a mis primos para que cambiaran sus procederés. Me convenció y me quedé.

Yo continuaba estudiando. Por mi buen genio me hice de un gran número de amigos. Así, me liberé un tanto de la compañía y la dependencia de mis primos. Mis amigos fumaban, bebían, tenían sus novias y no les faltaba el dinero del que yo carecía, pero ellos a todo me invitaban, diciéndome que algún día les compensaría. Me conseguí una pelada a la cual, por mi pobreza, no podía regalar ni agasajar. Uno de mis amigos, Bolívar, me suplía de dinero diciéndome: “Algún día me pagarás”. Por los amigos y las peladas empecé a fallar en mis estudios, bien o mal asistía al Colegio, y al finalizar 1977 se produjo mi fracaso, había perdido el año. Esto motivó la indignación de mi tía quien me reprendió severamente. En lugar de reconocer mis faltas me insolenté con ella; le respondí groseramente, le grité que si ni a mi padre le había aguantado, peor le aguantaría a ella. De este modo al fin de ese año, abandoné inconsciente y torpe el que había sido un segundo y verdadero hogar. Al tomar esta determinación me decía: “¿Vuelvo a mi casa o a la de mi amigo Bolívar?”. Éste me había ofrecido su hospedaje. Acostumbrado a la vida de jarana e irresponsabilidad que hacían mis amigos, me repugnaba volver a sumirme en la mezquina existencia de mi pueblo,

Yaruquí. Determiné aceptar la invitación de Bolívar, y a su casa me trasladé en Enero de 1978.

Nuevamente fuera de mi hogar, por un pequeño capricho mío al final del año 1977

Les cuento, mis queridos amigos, lo que me aconteció luego de salir del hogar en el cual estaba protegido.

Durante la conversación que sostuve con mi tía, ella me había dicho que si quiero que me vaya. Como sucedió mi pérdida de año, debido a que mucho me dediqué a mis amigos y ya no iba al colegio y comencé a fumar cigarrillo y de vez en cuando unos tragos, con el pasar del tiempo fui conociendo el tipo de vida que yo deseaba seguir, sin ser ultrajado por nadie. Quería hacerme valer por mi mismo.

Bolívar me decía que si no tengo a donde ir, pues, que vaya con él y tendré todo.

Cuando tomé esta decisión le dije a mi tía: “Dios les pague por todo lo que ustedes me han ayudado, pero la verdad es que me voy de esta casa”, al escuchar mis palabras, ella respondió: “tu decides, nadie te manda eres tú el que se va. Yo no puedo detenerte, si tienes a donde irte, pues ándate”, y así fue efectivamente.

Salí de aquella casa llevándome toda la ropa que me regalaron durante el tiempo que permanecí con ellos. Me despedí y los abandoné para seguir en casa de mi amigo, sin imaginar lo que me iba a pasar.

Llegada a casa de Bolívar luego de haber salido de mi segundo hogar

A la casa de Bolívar, a quien le había contado los motivos de mi vida llena de amarguras y sufrimientos, llegué en el mes de Enero de 1978.

Bien, les voy a contar todo y tal como pasó, aclarando que yo mismo quise esta vida.

Ya no me gustaba el estudio, junto con mis amigos y amigas nos tirábamos la pera y comenzamos a irnos a bailes y discotecas, pero me preocupaba el no tener dinero para darle algo a la chica que salía conmigo. Eso motivó que fuera a casa de Bolívar. Ya me había dicho que estando con él no me faltará nada, y así fue efectivamente.

Aquella casa era pequeña y en ella habitábamos Bolívar, Luis, y mi persona, -éramos tres hombres en total- y no niego que de vez en cuando, Bolívar o Luis llegaban con peladas, y se ponían a tomar y como yo también estaba en la casa, pues me daban licor y fumaba. Desde entonces seguí en ese tipo de vida y en vez de estudiar y agradecer a mis familiares el sacrificio y el cariño que me brindaron, me dedique a lo que les acabo de contar.

Yo miraba todo lo que Bolívar y su pelada hacían. Pues tampoco podían ocultarse, ya que eran solamente dos cuartos y en ambos se hacía lo mismo. Yo entre mí decía: “cualquier rato yo voy a tener una pelada para estar así, pero también me ponía a pensar... “sin dinero, ni trabajo cómo le puedo mantener. Tengo que dedicarme a algo”. Así seguía pasando el tiempo. Bolívar me daba todo, pero un día me puse a conversar con él y le pregunté: ¿En qué trabajas? y él, un poco molesto, me dijo que aprendiera a ser callado, reservado y que no sea indiscreto, pero luego se interesó: “Víctor, ¿por qué tú me preguntas eso? Yo le respondí, sabes Bolívar, es que tú y Luis tienen todo y no sé cuál es su trabajo; el caso es que se visten bien y jamás les falta dinero.

Un día, Bolívar y Luis, me dijeron “Víctor, tú ya no eres un niño; eres un joven y no puedes andar chiro”. Entonces les pregunté ¿qué puedo hacer? y me respondieron “dedicarte a lo mismo que nosotros. Tendrás todo y podrás hacer lo que tú quieras”.

Sin saber a ciencia cierta qué era lo que hacían, le dije a Bolívar: está bien, aceptaré todo lo que tú digas, yo quiero trabajar.

Para concluir me dijeron: “sabes, Víctor, tendrás que hablar con nuestro jefe para ver que dice y si te acepta, te ayudaremos, pues, él te pondrá toda clase de condiciones que tú debes aceptar o dejarlas”. Le respondí, está bien.

Sentía ansiedad de conocerle al llamado jefe de ellos y saber a que se dedicaban y así fue que desde que cumplí los 15 años, me dedique a ésta vida llena de diversiones y líos.

Entrevista con el jefe de Bolívar

Pasaron casi tres semanas de permanecer en casa de Bolívar. No me hacía falta nada, puesto que Bolívar y Luis me daban todo y no me

iba de la casa, porque quería conocerle al jefe, eso me tenía intrigado y con duda, pero al fin llegó el momento.

Un día antes, Bolívar me compró buena ropa y me explicó, cómo tengo que estar y tratar de no hablar mucho, responder sólo si me pregunta algo y nada más. Yo le oía con sumo cuidado todo lo que me decía, para no fallar, pues no quería perder el trabajo.

Aquel día me levante temprano, me bañé, me vestí, pues quería estar listo, ya que tenían que ir a llevarnos. Tras esperar una media hora llegó un carro color rojo, la marca no me acuerdo, pero en el vehículo, estaban un hombre, en el volante, y una chica en el asiento trasero. Subimos al carro, saludamos y nos fuimos. Estábamos cuatro personas. La chica que permanecía, en el asiento trasero me amarro los ojos, con una faja color negra, seguramente para que no me enterara de la dirección. Nadie decía una sola palabra, parecía que el carro iba vacío. Más o menos a una media hora de viaje sentí que el carro se detuvo, se abrió una puerta y recién al entrar a dicha casa me quitaron la venda de los ojos. Vi entonces que la puerta del garaje era color negro y de metal.

Estando ya en esa casa, Bolívar me ordenó: “Bájate Víctor”.

Yo le obedecí y comencé a caminar detrás de él. Realmente, no era una casa, era una gran mansión con jardines y árboles ornamentales. Estaba fascinado de verme en aquel lugar. Nos dirigimos hacia la puerta -era de madera y tenía una chapa grande de fierro-, subimos unas seis gradas y llegamos a un descanso. Bolívar timbró y al rato, una señora de edad mediana nos abrió, entramos a una sala totalmente alfombrada y con muchos cuadros en la pared. Bolívar me dijo: “Siéntate Víctor” y se fue atrás de la sala. Permanecí solo por algunos minutos, mirando las cosas de valor, diciéndome hacia mis adentros: ¡Cuándo tendré una casa así!

Mi pensamiento se interrumpió cuando vi entrar a un hombre de aproximadamente unos 35 a 40 años de edad, acompañado de una chica. Por educación me levanté y los saludé, pero ninguno de los dos me contestaron, sólo me quedaron mirando y dijeron: Siéntate chico, ponte cómodo. Él ordenó a la señora que trajera un refresco que me serví de poco en poco, sin que ellos me digan una sola palabra, sólo me miraban.

Al rato llegó Bolívar, se dieron la mano con una sonrisa y: “Este es el chico del cual te hablé. Quiere trabajar con nosotros”, me presentó. Recién entonces comenzó hablar. Con una voz fuerte me preguntó:

- ¿Cómo te llamas?
- Me llamo Víctor, a sus órdenes señor.
- Mira Víctor -me dijo- me gusta tu modo de ser y de actuar, pero quisiera preguntarte algunas cosas y quiero que tú respondas con toda franqueza, ya que el trabajo en el que andamos es de sumo cuidado y se corre el riesgo de ir a parar a la cárcel o al cementerio.

Al oír esto me asuste, pero el jefe continuó: “Pues bien Víctor te voy a dar la oportunidad de que pertenezcas a nuestra banda, pero primero tenemos que hacerte algunas pruebas”.

Hubo unos segundos de silencio... Yo estaba un poco asustado al oír hablar de una banda, pero luego, aunque con miedo, le respondí:

- Está bien señor, haré todo lo que deba de hacer.
- Así me gusta, contestó el jefe y recién ahí, habló la chica que estaba con él: -Mira Víctor, el es John y yo soy Bella y me alegro que tú estés con nosotros y ojalá tú no nos falles en nada. John me preguntó:
- ¿Te gusta el dinero?

Yo le respondí: “sí señor, lo necesito, ya que no tengo nada, me saqué de mi casa”... No me dejó continuar. “No es necesario que nos cuentes, ya sabemos, Bolívar nos contó todo lo acontecido contigo”.

Cuando me preguntó si tengo dinero le respondí:

- Señor no lo tengo, por eso necesito su trabajo.
- Bien. Bella, tráeme el portafolio negro para acá, ordenó.

Al rato puso el portafolio en la mesa de centro de la sala y con voz firme dijo: “Víctor abre el portafolio”. Lo abrí con miedo y me quedé mudo al ver que estaba lleno de billetes. El jefe me preguntó, “¿quisie-

ras tener ese dinero?” Le respondí: Sí señor. Pero tenía ansia de saber que tipo de trabajo me iban a dar y le pregunté qué es lo que debo de hacer. “No te apures, a su debido tiempo lo sabrás. Quiero que te sientas como en tu casa, haz cuenta que soy un nuevo amigo tuyo, puedes contar conmigo en lo que tú quieras”. Gracias, señor, le dije.

- La señora te indicará todo lo de la casa, y cual será tu habitación, dijo antes de marcharse.
Bolívar me dijo:
- Víctor estás de suerte. Y, se fue con ellos.

Al quedarme sólo decía entre mí, “qué tendré que hacer, pero no me importa”. Pues, la ambición por el dinero me obligó a seguir en este tipo de vida y me gustó.

Estando en casa de John, mi jefe

Así fue cómo, en aquella conversación, John me brindó su amistad. Cuando me dijo que me sintiera como en mi casa, me sentí tan halagado, que... ¡ni siquiera podía comparar!, en mi casa todo era dolor y amargura y por eso me salí en busca de un porvenir; pero, ¿cómo iba a imaginar que lo que había encontrado era el camino del mal? y así comenzó todo.

Luego que me quedé solo en aquella sala grande y lujosa, la señora, con palabras suaves me dijo: “señor, por favor, venga conmigo, le mostraré su recámara. Yo jamás esperé que me hubieran atendido de esa forma, la seguí, cruzamos la sala, subimos por una escalera de madera que conducía al segundo piso, llegamos al hall, y a unos 20 pasos estaba la habitación. Entré y me sorprendí, al verla tan grande y alfombrada. “Cualquier cosa que necesite puede pedir señor”, dijo la señora.

Yo le agradecí y ella se fue dejándome en aquella habitación tan grande, confundido por la sorpresa. No creía lo que me estaba pasando en esos momentos. ¡Qué cambio! me decía. Tenía, desde baño privado hasta teléfono. Cuando me acerqué a una de las ventanas, vi a lo lejos, que la propiedad era sumamente grande. Bien, así comencé a tener toda clase de comodidades.

En aquella casa estuve por una semana, disfrutando de todo: piscina, campo de golf, canchas de tenis y de boly, el juego llamado boca de sapo (consiste en apuntar y meter unas fichas en la boca de un sapo, marcando una numeración). Bolívar me trajo mis cosas y yo me sentía tan feliz. Anhelaba ser como ellos y tener dinero.

Pues bien, fui tomando ambiente: hacía lo que quería, si deseaba comer, sólo pedía, tomaba unas copas de licor suave, oía música y caminaba por todo lado, sin preocuparme de que nadie me diga qué hago, ya que en la casa, solamente estábamos la señora y mi persona. Bueno esto es, más o menos, lo que yo pasé durante una semana, me acuerdo tan claramente, no me podré olvidar nada de lo que sucedía conmigo. Así llegue a pertenecer a la banda, o como quiera que se llame, el mes de Febrero de 1978, casi al cumplir 15 años de edad. Entre mí decía, son casi cuatro años que abandoné la casa en que me crié, en unión de mis hermanos y mi madre, rodeado de mis amigos y compañeros de escuela. ¡Tiempos perdidos que nunca volverán!

Luego de permanecer una semana en casa de John, llegaron un día varias personas, saludé con todas, pero lo mismo que me pasó al comienzo, nadie me contestó, pero como ya conocía un poco cómo eran, no hice mucho caso y me fui a mi habitación. Recién ahí comenzó mi vida dentro de la organización, yo iba a saber cual era el trabajo que debo cumplir y así fue primeramente.

Reunión de todos quienes pertenecían a la mafia, para sortear con quien debo trabajar

Recuerdo bien claro la fecha exacta. Yo estaba presente en casa de John cuando llegaron ciertas personas desconocidas para mí. Nos sentamos todos. Hicieron un pequeño brindis indicando que “un chico entra y va a pertenecer a los nuestros”. Luego del brindis se presentaron: John, era el jefe de la organización, la chica, Bella -su nombre era así, más ella no era bonita aunque tenía algo de atractivo, era coqueta y tenía una risa burlona- era la segunda, tercero Bolívar, cuarto Ruth, quinta Mercedes, sexto Humberto y por último yo. Todos tenían sus grados, por ser los primeros o últimos, pero cada quien se respetaba.

Pues bien, estando todos reunidos comenzaron a hablar y cada quien, opinaba acerca de mi. Jhon trataba de hacerles ver que yo sí puedo pertenecer a dicha organización. La discusión era por la razón de que yo no tenía la suficiente edad y jamás he estado en este negocio, pero tomó la palabra Bolívar y dijo “miren yo garantizo a Víctor, él no me hará quedar mal, obedecerá todo y hará lo que se le ordene, al oír todo eso, los demás aceptaron ya que él era el tercero en jerarquía. Así todo quedó en paz. Brindamos por mi aceptación y era ya, un miembro más de la organización.

Sorteo: para ver con quien trabajo

Lo único que a mí no me gustó fue una tradición que ellos tenían, el sorteo, pues me daba la idea de ser un regalo o algo parecido y me iban a rifar. Se trataba de saber, en presencia de todos, con quien debía trabajar. Todos los miembros escribieron sus nombres en unos papeles, yo debía trabajar con las personas cuyos nombres o número les tocara a John y a mi persona. Realizada la rifa John tenía el nombre de Mercedes y a mi me tocó Ruth. Con ellas formamos un grupo de tres.

John me dijo:

- Víctor te felicito, vas a trabajar con mis dos mejores chicas, has tenido mucha suerte, espero que sepas obedecer para no tener quejas de ti.
- Señor, le prometo que trabajaré y cumpliré a satisfacción todo lo que se me ordene, le respondí.
- Así nos gusta, dijeron todos. Pero en mi mente decía, ¿será una trampa o qué?... ¡Trabajar con mujeres! Hasta ese momento no sabía cuál era el trabajo que debía realizar. Luego de aquellas conversas y tragos cada quien se despidió y comenzaron a salir de la casa, felicitándome: “Te deseo suerte” decían todos.

Salimos de aquel lugar y nos dirigimos a casa de Ruth y Mercedes. Me embarcaron en un carro Subaro, color rojo, manejado por Ruth que era la dueña, yo sólo miraba como un extraño y pensaba: “qué me pasará ahora, y todo por salirme de mi casa”, pero era demasiado tarde

para lamentarme. A los 15 minutos estuve en casa de ellas y bien metido en la llamada mafia, donde tenía que cumplir órdenes, nada más.

Estando en casa de Ruth y Mercedes, mis nuevas jefas

En aquella casa también me admiré, pues tenía hasta portero, quién nos abrió la puerta. Primero se bajó Mercedes, luego Ruth y por último yo. Me sentía confundido y algo asustado por todo lo que me estaba pasando, pero mi curiosidad era ver que era a lo que ellos se dedicaban, puesto que sin saberlo acepte trabajar.

Ruth me invitó a pasar, en la sala se encontraban dos mujeres de edad mediana y bonitas; yo las quedé mirando hasta que Ruth me llamó la atención: “Víctor, toma asiento, puedes pedir lo que tú quieras”. Y como estaba un poco mareado, solicité un licor. Al rato me atendieron y, en aquella sala tan grande, amoblada y totalmente alfombrada de rojo, color sangre, que combinaba con los muebles, continuamos tomando.

Era noche: Mercedes se sintió mal y se fue a dormir en el segundo piso después de despedirse con un beso en la mejilla. Quedamos Ruth y mi persona; pero al cabo de una hora más o menos, me pidió que la disculpara un momento y se marchó dejándome solo, tomando unas copas. Estaba mareado pero me levanté y, al mirar por la ventana hacia la calle, entre mi decía: “ojalá me vaya bien en lo que sea”, pero todavía no tenía conciencia de lo que me estaba ocurriendo.

Mientras esperaba la presencia de Ruth, una de las sirvientas me ofreció otro trago y lo acepté. Al rato llegó ella, y al verla me sorprendí, tenía puesta una bata tentadora, color concho de vino y chancletas. - Claro que Mercedes era más joven que Ruth, pero yo estaba obligado a respetarlas ya que eran mis compañeras de trabajo-. Al igual que yo ella también estaba embriagada. Se sentó a mi lado y me preguntó: “¿Víctor, te gusto?” Yo tenía un poco de recelo decirle que estaba muy bonita y me quede callado. Al ver que yo no le decía nada, me dijo: “Víctor no tengas recelo de nada, ya que eres uno de los nuestros y vas a trabajar con nosotros”. Me dio más licor y embriagado me llevó a su alcoba. Veía pero no me daba cuenta de lo que estaba pasando. Ya en la cama comenzó a besarme, pero yo tenía miedo de estar con ella. Se levantó,

llamó a la sirvienta y pidió que le subiera una botella de licor. Recibió y echo llave a la puerta. Seguimos tomando y me besaba y me acariciaba y entonces yo no pude aguantar la tentación: le dije “¡qué lindas tetas tienes, qué lindo cuerpo! Entonces ella me comenzó a desvestirse, me sacó toda la ropa y quedé desnudo y decía: “Vítor, discúlpame pero quiero hacer el amor contigo”. Yo le respondí que nunca había hecho el amor y ella dijo: “no importa mi hijito yo te enseño como tienes que hacer. Y así fue. Me besaba yo también la besaba, le topaba esas tetas grandes y paradas y me pedía que se las chupe y, como me excité, hicimos el amor y esa fue para mí una experiencia que no podré olvidar en mi vida. Tenía 15 años.

Al día siguiente, me desperté como al medio día, me dolía la cabeza y todo el cuerpo; me acordé de Ruth y regresé a verla en la cama, pero ella ya no se encontraba a mi lado. En la puerta me había dejado una nota: “Vítor, no te preocupes, luego vengo”. Me levanté, tomé un baño, aprovechando que había en la misma habitación y, cuando estaba vistiéndome, golpearon la puerta. Creí que era Ruth, pero era Mercedes. Saludó, se sentó en el filo de la cama y con la expresión algo rara dijo: “Que hayas tenido una noche buena, Ruth me ganó”.

Después que se marchó me puse a pensar ¿será que ella también quería dormir conmigo?... Bueno, otro día será. Cuando estuve casi vestido, se abrió la puerta, era la empleada, saludo y me invitó a que me sirviera algo. Le agradecí y a los pocos minutos, bajé a la sala, me senté y, mientras tomaba un jugo recordando lo que pasó al estar ahí, llegó Ruth y me saludó. Yo no quería verle y entonces dijo:

- ¿Qué pasa Vítor, por qué estás así, es por lo que pasó anoche?
- Sí, le respondí.
- No te preocupes, nadie tiene porqué reprocharte, fui yo la que durmió contigo.
- Esta bien, le respondí y me callé. Ella me había comprado ropa nueva y quería verme puesto y así lo hice. ¿Será porque es la primera vez? me preguntaba, pero así siguió siempre.

Mercedes saludaba pero no conversaba conmigo, se lo conté a Ruth, pero su respuesta fue que no le hiciera caso, “lo que pasa es que

quiso que tú fueras de ella y yo le gané, por eso no quiero verte así”. “Está bien”, le dije.

Había pasado una semana en casa de Ruth y yo dormía con ella. Ella me explicaba como tengo que actuar y comportarme en el trabajo y recién ahí comprendí claramente a qué era lo que se dedicaban; pero ya no me importó. Estaba dispuesto a hacer lo que me tocara.

Ruth me recomendaba que lo principal es tener serenidad, ya que uno tiene dos opciones: la muerte o la cárcel. “Pon atención en todo, no quiero que te pase nada malo, ya que tú me gustas”, decía. Está bien, Ruth, le respondía.

El día anterior a la entrega gocé de todos los placeres que uno puede darse cuando se tiene dinero, con gente de toda clase social. La noche fue inolvidable, dormí con Ruth, pero yo creía que ella lo hacía, sólo por ilusionarme, para que no abandone aquel lugar. De todas maneras pasaba de lo mejor; quería tener dinero y todo lo que jamás he tenido y así aquella noche pasé feliz con ella. Era como mi mujer y yo como su esposo. Al día siguiente me bañé y estuve listo para mi primer trabajo y sabiendo en qué consistía, les prometí cumplir a satisfacción porque a pesar de mi corta edad, me aceptaron. No quería fallarles en nada.

Primera entrega de droga que yo debía realizar

Luego de permanecer una semana en casa de Ruth, en compañía también de Mercedes y de haberme enseñado todo y tal como se hace, teniendo mucho cuidado debía realizar mi primera entrega de droga. Para mí era un riesgo y el principio dentro de la delincuencia.

Siendo más o menos las 10 de la mañana, llegaron a casa de Ruth: John -mi jefe- y Bolívar. Lo primero que ellos hicieron, luego de saludar, fue entregarnos un casete en el que se explicaba la misión que el grupo debía cumplir; luego John abrió un portafolio, color negro, lleno de droga, en fundas de polietileno. Al ver eso me sorprendí, fue ahí cuando conocí y probé la droga, era de una sustancia amarga y amargaba la lengua.

Ruth le dijo a Bolívar:

- Como tú sabes, yo no me haré cargo de este negocio, será Víctor el encargado de realizar la entrega. Es mejor así, para que el vaya tomando coraje y conozca a los contactos.

John al oír tal cosa respondió:

- Está bien. Mira Víctor, yo te la entrego en tus manos, tú te encargarás de hacer llegar al sitio indicado, no quiero oír que has fallado, ¿me entiendes?” -”Sí Señor, respondí.

Luego de dejar la droga se despidieron y se marcharon. Cogimos el casete, Ruth lo puso en una grabadora pequeña, escuchamos detenidamente las indicaciones: el sitio al que yo debía llegar y la persona que tenía el contacto Después de escuchar la grabación quemamos el casete y no quedó ninguna evidencia de las órdenes que debíamos cumplir.

Llegado el momento Ruth, Mercedes y mi persona, nos embarcamos en el carro de propiedad de Ruth y el portafolio iba a mi cargo. También llevábamos armas -un 38 especial, magno 7,65 etc.- para cualquier evento que se suscite en la carretera o con la misma persona a quien se lo entregaba, porque muchas veces se producía “el pateo”, quiere decir que a uno lo matan y se llevan la droga.

Todo estaba preparado, el sitio donde teníamos que hacer la entrega estaba alejado de la ciudad, Humberto era el encargado de comunicarnos si todo estaba bien, pues, para eso teníamos los llamados boqui-toqui. Cuando al fin estábamos casi cerca, nos detuvimos y esperamos el último toqueo y orden de Humberto. Así fue: “Está solo con malletín en mano, mucho cuidado”. Al oír eso cogí el portafolio y mi arma y me decidí a caminar 100 metros hacia el sitio del encuentro. Saludamos, nos dimos las claves, y como coincidieron, era el contacto directo. Para recibir se acercaron dos personas, nosotros éramos cuatro. Pues bien, recibí el dinero y entregué la droga. Nos despedimos y cada quien se fue por donde vino.

Luego que mis compañeros y yo entregamos la mercancía de acuerdo con la orden, teníamos que dirigirnos a otro sitio y así lo hicimos. Cuando llegamos al sitio señalado nos detuvimos. Allí encontramos a Bella, la segunda jefa. Me preguntó: “¿cómo te fue?” y yo le respondí que todo salió bien. También Ruth y Mercedes, saludaron con ella, le dejaron el dinero completo y, luego de esa pequeña conversa-

ción, nosotros regresamos a la casa de Ruth, donde nos esperaba nuestro jefe.

John en casa de Ruth

Así fue que luego que nosotros hicimos la primera entrega y todo nos salió bien, regresamos a casa sin ninguna novedad. Al momento asomó John, quien ya sabía que la entrega fue un éxito y que el dinero estaba todo correcto. Pues, Humberto y Bella se lo habían comunicado. Al verme John me dijo:

- Te felicito Víctor y les felicito, especialmente a Ruth y Mercedes, por darte confianza para que sepas hacer las cosas tal como se te ordena; espero que sigas así, que jamás cometas un error y nos haga caer.
- Señor -le respondí- tengo una edad pequeña, pero seré responsable para el bien mío y el de todos. Se despidió diciéndonos: “Chicos, luego hablamos” y se fue. Pero, antes de salir me dijo:
- Víctor, quiero verte mañana en mi casa, te tengo una sorpresa.
- Está bien señor, ahí estaré, fue mi respuesta.

Al día siguiente en casa de John

Esa noche fue inolvidable, Ruth me felicitó se sentía gustosa de que yo pertenezca a la organización. Al amanecer me alisté para la entrevista con mi jefe, John, quien me esperaba con un obsequio.

Me acompañó Mercedes, Ruth nos prestó su vehículo. Ella manejaba, yo iba a su lado. En el trayecto conversamos:

- Víctor tuviste mucha suerte en todo, especialmente en trabajar con nosotros.
- Mira Mercedes no hablemos de esto hoy. Yo quiero preguntarte ¿por qué tú estas enojada conmigo?
- No estoy brava, sino un poco celosa, ya que en verdad, tú me gustas.

Me callé, pues no me decidí a decirle nada. Al fin llegamos a casa de mi jefe, nos comunicamos por el boqui-toqui y abrieron la puerta. Entramos, nos bajamos del vehículo y nos dirigimos a la sala, donde nos recibió Bella. -Esperen, -dijo- John vendrá luego.

Así, estuvimos conversando unos chistes y tomando una copa hasta que mi jefe llegó al cabo de unas dos horas. En el momento que entró John, yo, como siempre, saludé y lo primero que él dijo fue:

- Víctor te felicito, me gusta que mi gente obedezca las órdenes que les doy; hoy he comprobado que vales y confío en ti. Luego añadió: “pensé que te hubieras ido con el dinero”. Yo le respondí:
- Señor, aunque sea pequeño tengo que ser responsable en mi trabajo.

Al oír mis palabras me quedó mirando y le dijo a Bella y Mercedes “¿Ven que sí puedo confiarle todo?”

- “Muy bien, Víctor, por ser bueno y obediente, toma. Me dio un sobre, lo tomé y pregunté:
- “¿Qué hago con esto?”
- “¡Ábrelo!. Lo abrí y vi un poco de dinero. Bella dijo “Víctor te lo has ganado y puedes hacer lo que tú desees con él”.
- Gracias señor, gracias Bella, por su voluntad.
- No es voluntad Víctor, te lo ganaste con tu trabajo. Pues bien, te llamé para eso. Quiero que vivas en casa de Ruth y Mercedes, pero ya me contaron que Ruth anda seduciéndote, ¡cuidado Víctor!, es peligroso confiar en las mujeres.
- Lo tendré, señor, respondí.”

Bolívar me llamó, me felicitó y me dijo: “sigue así y te ira bien” luego de eso me despedí, aunque quería pedirle un favor a John. quien ya no me atendió; se marchó.

Mercedes y mi persona regresamos a casa a esperar las segundas órdenes. Cuando llegué Ruth me felicitó y fuimos felices ella y yo. Yo me sentía como marido de ella y así siguió pasando el tiempo, entregando droga en compañía de todos y día a día conocí muchas cosas y

toda clase de diversiones, porque se tiene dinero. Pero yo me acordaba de mi madre, por eso hablé con John y le pedí permiso para visitarla ya que no la veía desde hace mucho tiempo.

Conversando con Ruth y Mercedes acerca de mi madre.

Al siguiente día yo hablé con Ruth y Mercedes sobre el asunto de mi querida madre, les dije:

- “Miren, yo quisiera que ustedes me ayuden.
- “¿En que Víctor?
- Ustedes ya saben cómo fue mi niñez ¿verdad?
- ¡Claro!... ¿y en qué es lo que quieres que te ayudemos?
- Yo quiero ir a visitar a mi madre”.

Al oír esto, Mercedes se ofreció primero para hablar con John; así fue que comenzó una conversación entre nosotros, y no pasó mucho tiempo, serían cuatro días, cuando Ruth, Mercedes y mi persona, fuimos a ver a nuestro jefe en su propia casa.

Conversando con mi jefe sobre un permiso para verle a mi madre

Es así que pedí una pequeña entrevista y John me la concedió.

Bien, casi al permanecer por el tiempo de cuatro años fuera de mi casa, solicito un permiso, pues en verdad quería verles a mi madre y a mis hermanos.

John me ayudó. “Tú puedes ir a pasar unos días en unión de tu madre”, me dijo. En esa ocasión se encontraban John, Bella, Ruth, Mercedes Humberto y Luis. Me sorprendió verle a éste a los tiempos, saludamos y le pregunté que en dónde estaba, “en una misión”, dijo y dejamos de conversar. Mercedes le pidió de favor si puede ir conmigo y él asintió “esta bien, no hay problema”, pero yo pensaba que no era por irse conmigo, sino por cuidarme a que yo no me vaya o porque tenían miedo que yo diga algo. En fin, yo tenía el permiso. Me despedí de todos y nos retiramos nuevamente a nuestra casa. Al día siguiente, Ruth y Mercedes me ayudaron a hacer unas compras para llevarle a mi madre. Me tocó pedirle prestado el carro a Ruth y ella enseguida me dio

las llaves y así fue como pude visitar, por una semana, a mi madre, mis familiares y amigos que dejé hace mucho tiempo atrás.

Yo anhelaba ver y tener la dicha de permanecer con todos quienes fueron mis compañeros de estudio; por eso, en aquel momento, no me importó nada y peor lo que una vez me dijo el señor que es mi padre, -que jamás regrese a esa casa- pero yo fui sólo por mi madre y ver como estaban ella y mis hermanos.

Durante el trayecto iba conversando con Mercedes y le decía, que alegría poder venir a ver a mi madre y darle un dinero, espero que me reciban bien.

-Nuestra madre, jamás se olvida de sus hijos y me gusta que haya tomado esta buena decisión, comentó Mercedes.

-Sabes, le dije, tú me gustas y conseguiste estar conmigo.

-Aprovecho, ya que Ruth, Bolívar y Luis se van de aquí a realizar un trabajo, fue por eso que pedí acompañarte, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!

-Está bien, entonces pasaré contigo unos momentos agradables. Te agradezco Mercedes por tu compañía y ojalá te guste mi pueblo.

Llegada a casa de mi madre luego de permanecer casi cuatro años fuera del hogar donde me crié

Era el año de 1978, Abril. El 27 de ese mes mi madre cumplía años y gracias al jefe mío, pude llevar una pocas cosas a mi casa.

Luego de una hora y media de viaje llegamos al pueblito del que me alejé hace cuatro años, dejando a mi madre, hermanos, compañeros de estudio y amigos. Nos detuvimos, en una pequeña plazoleta, donde unos niños jugaban. Al vernos llegar, se nos acercaron, me acuerdo que estaba presente la profesora, que fue mi maestra en el cuarto grado. La saludé con un abrazo y ella respondió igual: "Víctor, ¡cómo ha crecido y que bien se le ve!" me dijo. ¡No es para tanto! le respondí y me despedí.

Le pedí a Mercedes que me acompañe a entrar y al rato que cerrábamos las puertas del carro mi madre se asomó a ver quién había llegado y familia de cual era. Estaba en el patio de la casa, pero yo al verle no me pude aguantar, ni un solo instante y corrí hacia ella. La abracé y la besé y ella me dio la bendición y se puso a llorar.

- Bienvenido hijito mío, así te has de acordar de tu madre.
- Madre, jamás me olvido de usted, le dije.

Mercedes nos miraba. Luego de un rato le pedí de favor que se acercara y la presenté a mi madre. Saludaron, y lo primero que le preguntó fue si era mi mujer. Mercedes le respondió: “no señora, hacemos el mismo trabajo, somos compañeros”. Mi madre nos invitó a pasar a la casa, era pequeña, pero con el corazón bien grande. Cuando entré, mis hermanos se me lanzaron a saludarme. Fue una coincidencia que se encontraran todos reunidos, pues era el cumpleaños de mi madre. Les presenté a Mercedes y salí a bajar todas las cosas que le traje a mi madre. Al recibirme me decía:

- Hijo no era de que te molestes tanto”.
- Madre esto no es nada, me falta mucho que dar. Gracias a ti.

Así poco a poco fuimos entablando la conversación.

- Vamos, apuren. Hagamos algo para que coman ya que se han de ir, decía mi madre. Pero Mercedes la tranquilizó:
- No, señora.

Entonces mi madre se alegró pero no dudo en matar una gallina. Mercedes la ayudó y le gustó que sea a todo dar. Mientras ellas cocinaban y conversaban, también yo charlaba con mis hermanos.

Mis hermanos Querían saber en dónde vivo y qué hago

Fue así que estando en casa de mi madre, mis hermanos decían:

- ¿Qué has hecho, hermano, dónde te conseguiste esa pelada?,
- Es una compañera de trabajo.
- Pero creo que te gusta esa man.
- Bueno verán, sí me gusta y es más, creo que me voy a casar con ella.
- Se ve que tiene dinero. Tiene carro.

Yo no les dije que el carro no es de ella, sino que me prestaron y entre todas estas conversas paso el tiempo. Mi madre me llamó. Al rato estuve a su lado.

- Ven hijito mío, vas a comer una pobreza, que ha preparado tu madre.
- Dios le pague, madre, repliqué.

Me dijo además que Mercedes le gustaba como para mi mujer ya que “sabe hacer las cosas”. Al fin, mi madre, Mercedes y los cuatro hermanos nos sentamos a la mesa y comimos un caldo y un seco de gallina y me sentía tan feliz al verme en unión de todos ellos, mi padre no estaba, puesto que se ha ido de la casa, peleado.

Luego de comer, nos pusimos a dialogar de muchas cosas pero no les conté a mi madre en qué estaba metido, sólo le dije que trabajamos en Guayaquil, en varios negocios. Le mentí, para que ella no se preocupe y sufra más por mí. Al llegar la noche mi madre nos preparó dos camas más, pero Mercedes le dijo “no se preocupe Señora yo me acomodo con Víctor”, y así fue que pusimos un colchón en el suelo, ya que sólo habían dos camas grandes y una pequeña.

Antes de dormir, Mercedes guardó el carro en el garaje y le anunciamos a mi madre, que al otro día iremos a pasearnos un poco, a lo cual, con tal dulzura me contestó: “como quieras hijo, yo me siento la madre más feliz al saber que estás a mi lado, pensé que no volvería a verte nunca más”. Así pasé el primer día en casa de mi madre, en unión de mis hermanos como hace cuatro años.

Segundo día en casa de mi madre, en Yaruquí

Amaneció y..., no sé, sentí algo... Bueno, me encontraba en casa de mi madre y estaba feliz. Salí al campo y Mercedes me siguió. Le pregunté si quería conocer las propiedades de mi madre y ella dijo: “quiero conocer más de ti y así fue. Salimos y nos alejamos. En el fondo de un terreno existe una chocita que sirve para guardar los granos mientras se cosecha y esta vez, había un poco de paja, es decir, hojas secas de maíz, y unos costales.

Mercedes me abrazó y me besó. ¡Claro! no lo niego, me gustaba y esa vez no pude resistirme a la tentación. La situación se ponía un poco rara, pero no me tocó otra cosa que actuar como hombre, ya que ella me retaba:

- Víctor, has cuenta que estás con Ruth, ¿o yo no valgo para ti?
- No, no es eso. Es que... bueno, sólo espero que jamás salga de tu boca lo que vamos hacer.
- Eso jamás -respondió- y así fue que hicimos el amor por vez primera, ya que ella primero tenía ganas y me gustó desde el primer momento que la conocí. Luego de un largo rato volvimos a casa. El desayuno estaba listo. Mientras desayunábamos, Mercedes le dijo a mi madre:
- Señora Clemencia vístase que le voy a llevar a una piscina y es en Papallacta. Pero mi madre, le contestó:
- No, no se molesten.
- No es molestia, es un gusto que usted esté con Víctor.
- Gracias, dijo.

Pues bien, ese día le llevamos a mi madre, sola, pues mis hermanos, tenían que ir, cada quien, a sus diferentes trabajos. Yo me sentía el joven más feliz al ver a mi madre pasar unos momentos felices, con su hijo que regresa a los cuatro años de salir de la casa.

Cuando Mercedes prendió el vehículo y comenzó a calentarlo subió mi madre y emprendimos el viaje a Papallacta. En el trayecto oíamos música y cantábamos felices. Así, en aquella ocasión me dediqué sólo a mi madre, pero como estaba cansado por lo que se suscitó con Mercedes, me dormí y me desperté casi al llegar. Mi madre me dijo:

- Así te dormías cuando eras pequeño.
- Si todavía es como un niño, por todo se reciente, replicó entre risas, Mercedes
- Eso es mentira, me defendí.
- ¿No ve Doña Clamen, ve como se pone?

Bueno, entre conversas y chistes llegamos al sitio. Quería que mi madre pase de lo mejor, ya que sólo tenía una semana para estar con ella, quería darle un poco de felicidad, a los años.

Estando en las Piscinas de Papallacta con mi madre

Así fue como la hicimos pasar de lo mejor, a mi madre, en aquellas piscinas, donde había gente de toda clase. A lado de las piscinas habían los llamados chorros de agua termal y una represa de agua amarilla que curaba cualquier enfermedad. En aquel lugar descansamos unas cuatro horas y luego fuimos a comer en un pequeño restaurante, junto a la piscina. Pedimos un plato típico: fritada con mote y el choclo cocinado con una taja de queso. Mercedes solicitó unas cervezas, nos tomamos doce entre los tres y decidimos, regresar a casa. Pagamos la cuenta y emprendimos el viaje de regreso. En casa estaban todos mis hermanos y como nosotros llegamos un poco picados, tomamos en unión de todos.

Brindis con mi madre y mis hermanos

Al llegar a la casa nos pusimos a tomar y bailar en compañía de mis hermanos y no faltaron amigas y comadres que mi madre invitó. Ella les decía: “estoy feliz y contenta por la venida de mi hijo, que hace tiempo se alejó de mi lado”. Así pasamos muy felices; y, siendo casi media noche cuando todos estábamos borrachos, la gente comenzó a despedirse, y quedamos sólo los de casa.

Alguien nos avisó que el carro había quedado con las ventanas abiertas y salí a cerrarlas. Nosotros seguimos, tomando y bailando hasta que mis hermanos no aguantaron más y mi madre también quería dormir. La mezcla de licor, nos había chumado y no sabíamos que hacer. Yo no me acuerdo bien, pero al día siguiente, desperté junto a Mercedes. No sé qué pasaría, pero en fin de cuentas pasamos bien.

Amanecemos con un fuerte chuchaqui

Al otro día todos estábamos mal. Mi madre vio que sobraba licor en una botella y dijo muy alegre: “¿quien quiere tomar? Mi hijo ha vuelto, sé que está vivo. Y así todos comenzamos a tomar nuevamente y mis

hermanos no se fueron a sus trabajos. Entre licor, baile y cocina, todo ese día fue de lo mejor, yo me sentía el muchacho más alegre con mis familiares. Mas tarde comenzaron a venir mis amigos y compañeros y también pasaron bien aunque no tomaron, con su compañía y conversación me sentía feliz.

Todos fueron invitados a comer y siendo nuevamente noche se me despidieron. Nosotros tampoco queríamos más licor.

Mercedes se aprovechó de mi persona y dormía a mi lado, pero en un cuarto separado de mi madre. Al fin llegó el caso de no seguir tomando, aunque todo fue por la alegría y felicidad de mi llegada y, aprovechando que el señor que era mi Padre no estaba. Pero si el hubiera estado, hubiéramos hecho lo mismo ya que yo era más grande y no hubiera querido tener líos con él. Así pasamos bien y alegres.

Al cuarto día conversando a solas con mi madre

Luego de divertirnos un poco y a los años, tuve una pequeña charla con mi madre. Ella quería saber en dónde he permanecido después que me salí de la casa de mi tía. Yo le conté que en verdad, me salí de aquella casa porque discutía con mis primos y también, porque perdí el año y me reclamaron y no me gustó; pero pude conseguir este pequeño trabajo en el que ando. Ella me me interrogó:

- ¿y qué es hijo?

Pues, me toco mentirle, ya que no le podía decir la verdad, pues se hubiera puesto a llorar y sufrir más. Le dije que trabajaba en una compañía de cobranzas y entrega de mercadería que llega del exterior, venta de accesorios, de carros...

- ¿y esa chica qué es para ti?

- Mire -respondí- ella es solamente una comprometida que quiere casarse conmigo nada más.

Tampoco le conté que tengo otra mujer y Mercedes solo me gustaba. Bueno, así en muchas cosas creo que la convencí pero a mí me do-

lía mucho no poderle decir la verdad. Salí del cuarto de mi madre porque me llamó Mercedes un poco preocupada:

- Víctor, ¿qué pasa? No creo que le hayas dicho a tu madre a qué nos dedicamos.
- ¡Qué te pasa!, le conteste y me retiré.

Siguieron pasando los días, conociendo con ella las propiedades de mi madre. Salíamos al campo, y lejos de mi casa, en el carro, conversábamos y hacíamos el amor, en verdad me gustaba Mercedes. En una de esas salidas le pedí que me enseñe a manejar y sin dudarle, comenzó a indicarme tal como se hace y aprendí a conducir un vehículo.

Se aproximaba la despedida. Yo me sentía el chico más feliz por haber logrado estar con la persona que me dio el ser, mi madre. Pero al despedirme mi querida madre y mis hermanos se pusieron mal y querían que me quede con ellos, mas me era difícil por las obligaciones que debía cumplir luego del permiso que me otorgó John, mi jefe, y con mucho dolor abandoné mi hogar.

Despedida de todos mis seres queridos y amigos, en el pueblo que nací

Pues bien, como dice un dicho: “primero la alegría, luego el dolor”, así fue mi despedida. En primer lugar, mi Madre se enseñó conmigo y se puso a llorar diciéndome: “Hijo, te vas como hace cuatro años, ¿cuándo te volveré a ver?, Yo al oír esas palabras, le respondí, no tienes por qué llorar, tampoco me voy para siempre, es el trabajo el que me obliga y tengo que irme. Fue así que comprendió y le prometí que volvería otra vez. Mis hermanos también se sintieron mal. Nos abrazamos, y como es normal, también yo me puse mal pero no tenía más que separarme de ellos. Mercedes se despidió de mi madre, le decía que “muy pronto nos veremos”. Le agradeció por todo, le pidió disculpas y mi madre le respondió: “ustedes más bien disculparán por la pobreza mía”. Se despidió también de mis hermanos quienes le pedían que vuelva pronto, que no se olvide.

Así fue todo, pero antes de alejarnos de mi casa yo le entregué un sobre a mi madre con una pequeña cantidad de dinero y una carta en la que decía que lo ocupe en lo que desee. Salimos, prendí el carro, nos despedimos de los vecinos y... nuevamente ¡rumbo a Quito!

Al cabo de unas dos horas estábamos en Quito. En el trayecto Mercedes me recomendaba:

- Víctor, no cometes el error de decirle a Ruth que dormimos juntos
- ¡Qué te pasa! -le conteste-, en verdad tú lograste lo que querías, fuiste mía y yo te lo agradezco, pero en Quito seguiremos como que no ha pasado nada entre nosotros.
- Está bien, Víctor, pero yo no podré olvidar los momentos felices que pasé a tu lado, amor”.

Llegamos y nos dirigimos a casa de John, teníamos algunas cosas que contarle, ya que él no sabía de nosotros, allá.

Llegada a casa de mi Jefe, en Quito, luego de una semana de permanecer ausente

Cuando llegamos a la casa de mi jefe pitamos y nos espieron por una ventana pequeña que existía en la puerta. Al ver que somos nosotros abrieron el portón de la entrada, nos bajamos del carro y nos dirigimos hacia la puerta, golpeamos y luego de un rato salió John. Yo me sorprendí al verlo a los tiempos. Como de costumbre, saludé y él nos invitó a pasar.

- Bienvenidos sean, espero que hayan gozado de lo mejor y principalmente tú Víctor. Cuéntame cómo te fue.
- Señor le agradezco por haberme permitido ir a mi casa, en estos pocos días, he tenido un pequeño descanso y me sentí feliz de estar al lado de mis seres queridos que hace tanto tiempo no los veía
- Y tú, Mercedes, cuéntame ¿cómo pasaste tú?.

- Pues, mire Señor, como cuenta Víctor, conocí a su madre y sus hermanos, en lugares que yo jamás he estado, pasé en armonía en casa de Víctor, ya que su madre ha sido una señora que aprecia a las personas y sabe conversar. La llevamos a Papallacta, nos embriagamos con todos en casa, conocí a sus amistades y es más, me gustó el pueblito de donde es Víctor. John, un poco pícaro decía:
- Mira, tú dices que te gusta el pueblito y Víctor, ¿no te gusta?
- Mire lo que usted está diciendo, contestó Mercedes.
Luego de esa conversa, mi jefe dijo:
- Creo que se han divertido mucho y hoy tienen que trabajar y recompensar el tiempo perdido.
- Está bien, le respondimos
Ese día pasé en su casa y le pregunté quién más estaba ahí.
- Todos están en misiones, Víctor, y tú también tienes una orden que cumplir -dijo- se despidió y se marchó, sólo estaba esperando nuestra llegada. Mercedes y mi persona nos alistamos para comenzar nuestro trabajo, al día siguiente debíamos de cumplir una orden.

Orden de trabajo que debíamos que realizar, entrega grande de droga a ciertas personas

Para esta misión estábamos tres personas: Mercedes, Humberto y yo.

Ese día nos levantamos y esperábamos las órdenes. El momento llegó más o menos a medio día de un día de mayo de 1978, la fecha exacta no me acuerdo.

Llegó mi jefe John y otros tipos mal encarados, nos presentó y saludamos. Ellos traían dos maletas que contenían gran cantidad de droga en fundas de polietileno forradas con otro papel. Estando en la sala, primero habló mi jefe: “Miren, ustedes tendrán que cumplir a satisfacción y sin fallar esta entrega, se trata de un valor muy grande y no es un juego, en la misión va Humberto, él es quien ya conoce el contacto, tú, Mercedes, eres la encargada de entregar el primer maletero, y espero lo hagas como siempre, Víctor entregará el otro. ¿Está claro?”. “Sí, señor”, le respondimos.

Como todas las órdenes, ésta estaba grabada en un casete que debíamos destruir después de recibir el mensaje. Pues bien, luego que se marcharon, nosotros nos dirigimos al vehículo de Ruth que sirvió para esta misión y ya estando en camino oímos el casete en el cual estaba explicado todo lo que teníamos que hacer.

La entrega se realizaba siempre fuera de la ciudad. Yo desconocía de dónde venía y quién la traía; pero bueno, luego de dos horas de camino, se logró hacer el primer contacto. Humberto era el encargado de hacer llegar bien el cargamento. Todos íbamos bien armados por cualquier cosa que nos pudiera pasar.

La entrega que realizó Mercedes, salió bien. Me tocaba a mí.

Yo, lamentablemente, no conocía al contacto y resulta que, estaría de mala suerte o que, pero... cuando llegamos al punto de entrega nos bajamos Humberto y yo. En mi poder tenía mi arma y el maletero, Humberto se adelantó y yo quedé esperando un rato hasta recibir órdenes, pero resulta que Humberto me ordena que vaya a donde él estaba conversando con unos tipos que no habían sido el contacto sino la ley. Cuando me dijeron: “¡quieto!” se me fue un tiro de mi arma y ellos dispararon también. Al rato se oyó el sonido del carro, Mercedes se marchó. Como yo no soltaba el maletero y quise correr, me siguieron y me capturaron con toda esa droga en mi poder. Humberto se les fue y me quedé solo en esa situación tan dura y fea.

Luego de eso, me cogieron como ocho tipos y me estropeaban, me pateaban y con la cachá de mi misma arma me golpeaban la cabeza y fui conducido hasta un vehículo tipo Bleizer 4 x 4 y me esposaron. Mercedes y Humberto se les escaparon por seguirme a mí. Así terminó aquel día de triste decepción, cuando perdí mi preciada libertad.

En aquellas circunstancias -que me parecía un sueño- me acuerdo tan claramente todo lo que me aconteció: perdí mi libertad acusado de tener droga, durante el trayecto, los agentes me decían: “dirás todo y pasarás bien, hijo de puta, tú nos vas a entregar al propio”. Yo solamente oía. Me pegaban en la cara, me daban con el revólver, me decían que me coma la droga, en fin... se burlaban de mí.

“Se nos fueron los otros”, dijo uno. “Esos no importa -respondió el otro- éste nos tiene que decir todo y los capturaremos, ¿sí o no?” me preguntaban. Pero yo no decía nada. Ellos me amenazaban: “ya vamos

a ver si no hablas o sino te mueres, ¡hombres han hablado!” Y seguían pegándome. Uno de ellos dijo: “ya no le peguen, el va a hablar ¿verdad? Tampoco respondía. Al fin oí que comentaban ¡qué buena captura!... y es de la pura, ¿verdad? El tipo no mintió, nos dijo la verdad, hay que darle un premio por su ayuda. Al oír eso pensé “o sea que Humberto me sapeó o será que trabaja con la ley” Todo eso se me metió en la cabeza y me alegré que Mercedes se les haya ido. Ella avisará en casa de mi jefe que fui detenido”. Bueno, así venía pensando y acordándome, me decía: “¡qué mala suerte tengo!, luego de pasar tan hermoso en unión de mi madre y mis hermanos, tengo que encontrarme detenido” y no creía lo que me estaba pasando en esos momentos; pero, era verdad y tenía que saber soportar todo... todo lo que me venga. Pero eso sí, aunque estos tipos me maten a palos, yo jamás delataré a mi jefe, ya que ellos me supieron ayudar en el momento que más necesité, me aguantaré como un varón, aunque me cueste mi propia vida. Me acordaba que Ruth me dijo: “hay dos opciones: bien se muere o se va a la cárcel” y esta vez yo voy rumbo a prisión. Pensaba: “ahora qué hago, que digo. Bueno, esperaré lo que sea y confiaré en Dios”. Recién cuando estaba en apuros me acordaba que Dios existe, pero era demasiado tarde para arrepentirme. A fin llegamos al cuartel llamado Interpol, de Quito. En mi corta edad estaba acusado de tráfico de drogas.

Luego de estar entregando droga por el tiempo de un año y más soy capturado por primera vez, el 29 de diciembre de 1979

Bien. Les voy a contar lo que me pasó luego de permanecer por mucho tiempo dedicado al trabajo dentro de la banda a la que pertenecía.

Lamentablemente, después que vine de mi casa, donde pasé una semana en unión de toda mi familia caí preso.

Por mala suerte y por los malos tratos que me proporcionaba el señor que es mi padre, salí del hogar donde me crié. Eso me obligó a que tomara este rumbo. Dentro de la banda tuve un hogar pero envuelto en el delito y la mala vida, pero esto lo escribo no para lamentarme y tampoco tan arrepentido.

Jamás pensé estar preso y después de tener dinero, diversiones, placeres, pues, me llegó el momento de mala suerte.

Luego de llegar a casa de mi jefe, él nos dio órdenes para hacer una entrega de droga a Mercedes, Humberto y mi persona, pero no comprendo qué fue lo que sucedió que todo salió mal. La primera entrega resultó un éxito y la mía... lamentablemente fui detenido y hoy me encuentro preso.

Durante el trayecto a la cárcel pensaba en el destino tan fatal que tenía que soportar, me ponía a pensar y decía entre mi ¿por qué debo estar en esta circunstancia solo, ya que Humberto se les fue, o será por envidia... no sé, pero yo creo que él me hizo coger para librarse de mí, tal vez estaba interesado en Ruth. Lo cierto es que hoy me encuentro preso.

Estando en el calabozo de Interpol

A la Interpol llegué acompañado de varios agentes de esa institución, con droga en mi poder. Todos me atormentaban con golpes e insultos, diciéndome que tengo que entregarles “al propio”, con quién trabajaba. Pero en mi corta edad, jamás delaté a nadie sino que tuve que aguantar todos los malos tratos que me daban. Así pasé ese día, ya que me dijeron: “mañana hablarás todo y nos dirás lo que queremos saber”. Yo no podía estar tranquilo esa noche, quería que de una vez me investiguen y ver que mismo me pasa. Yo sólo tenía en mente lo que una vez me dijeron: “bien vas a la cárcel o te mueres”; pero jamás uno se tenía que decir con quien se trabaja. Todo eso me tenía mal. En un cuarto oscuro, frío y lúgubre reflexionaba: “que me irá a pasar, me matarán o que será...” A pesar de mi corta edad, estaba acusado de entregar droga y en gran cantidad.

Bueno, así pasé esa noche, lleno de zozobras y muchos pensamientos, pero me decía: “jamás hablaré porque me pueden matar mis jefes; tendré que soportar todo aunque me cueste la prisión”. Bueno, estando ahí preso se me acabaron, mis ilusiones y toda clase de diversiones y me preguntaba: ¿qué será de mi jefe, de Mercedes, de Humberto?; me acordaba de Ruth, principalmente de todos los momentos felices que pase a su lado. ¿Jamás les volveré a ver?, ¿se olvidarán de mí? Todo

eso pensaba en ese calabozo y esperaba ver qué me pasa al día siguiente. Al fin me había quedado un poco dormido hasta que... “¡Despierta, hijo de puta! Hoy tendrás que decir todo o sino... ¡te mueres!” Eran como seis hombres, o sea, los mismos que me cogieron el momento de la entrega que yo iba a realizar aquel día. “¿Me sapeó aquel al que yo le vendí...?”

Investigación al siguiente día

Les voy a relatar cómo es el trato cuando uno es cogido preso por los señores, llamados agentes.

Cuando amaneció fui llevado del calabozo, permanentemente, ante el superior. Los agentes, le dijeron que fui detenido con una fuerte cantidad de droga. Entonces ordenó a los dos señores que me tenían a cargo: “investiguen el caso”.

Luego de salir de ese Departamento me llevaron a un sitio donde había unas piedras de lavar y un tanque grande. Uno de ellos me pegaba en el cuerpo y comenzaron a interrogarme:

- ¿Cómo te llamas?

Yo les respondí, pero con un nombre cambiado. Luego de eso me decían:

- Mira chico, no queremos estropearle, habla de buenas.
- Pero ¿qué quieren saber, si me cogieron con todo?, les contestaba.
- Te digo: ¿quien tiene la droga y cómo se llama el que estuvo contigo?
- No sé señor, le respondí.

Al oír eso, ellos se enfurecieron y me pegaron con un palo y dijeron: “este hijo de Perra no va hablar de buenas” y comenzaron a meterme en un tanque de agua con gas, varias veces. “¿Vas a hablar o qué?”, me decían, y nuevamente me metían. Yo sentía como que se me reventaban los pulmones, pero ni así hablé. Entonces los agentes se murieron de iras y dijeron: “A este hay que colgarlo”. Y así fue.

Este es otro tipo de castigo que me daban, sin compasión, pero yo estaba decidido a soportar todo, pero todo.

Colgado de los pulgares

Como yo no quise hablar nada, ellos se enfurecieron conmigo. Me subieron a un cuarto oscuro, en el cual había un palo cruzado de lado a lado y era preciso para las investigaciones. Fue entonces que me hicieron subir en una silla, colgaron una cuerda, me amarraron los pulgares con un trapo y enseguida procedieron a atarme a la soga. Yo me quedé colgado como si fuera un puerco y ellos se me reían y decían: “tú tienes que hablar o sino te mueres, ¿oíste?”. Me comenzaron a balancear y me daban con un palo en el estómago, pero sin compasión. Ellos querían saber con quien trabajo y que les avise todo, pero yo jamás dije nada. Eso pasó el 30 de Diciembre de 1979 y no pude hacer nada más que esperar lo que me venga.

Les cuento esto para que se den cuenta cómo a uno lo tratan cuando se encuentra detenido y acusado de un delito. La llamada ley no tiene compasión con nadie.

Luego de terminar las investigaciones, me llevaron nuevamente al calabozo en que estuve primero, y ahí permanecí dos días sin comer y tratado como les dio la gana, como si uno no fuera humano. Yo ni creía todo lo que me estaba pasando.

Bueno, al fin pidieron que se haga los informes. Ellos decían que me van a mandar “tragado” y que no saldré de prisión. Efectivamente yo soporté todo y no pudieron sacarme la verdad. Jamás delaté a la gente con quien trabajaba.

Luego de realizar los informes, como era menor de edad, fui a ordenes del Tribunal de Menores de Quito.

Señores lectores espero que me sepan perdonar por decir esta verdad, tal como sucedió con mi persona, y todo por falla de Humberto, estoy seguro que él nos traicionó, yo no podía fallar en nada, ya que Bolívar me garantizó en el trabajo y jamás podía delatar a nadie.

Pasé el año viejo encerrado y bien apaleado. Entonces me acordaba y decía entre mis pensamientos: “qué feliz pasaba en unión de todos y principalmente con Ruth”. La extrañaba y me decía: “¿que será de

ella, qué dirán de mi, les volveré a ver?” Todo eso pensaba en mi soledad, pues sólo tenía los recuerdos, nada más. Al fin, tenía que soportar y pensar que me quedé solo y botado.

Me trasladaron a la Casa de Observación.

Estando en Hogar de Tránsito o Casa de Observación detenido el 2 de Enero de 1980 a mis 16 años

Pues bien, luego de las investigaciones que me realizaron tratando de cogerle a la persona que se les fue y no fue posible, ya que de miedo que me manden a matar por delatar, yo no dije nada, salí de aquel lugar y fui trasladado hasta este centro de reeducación, por la razón de que era menor de edad.

Cuando llegué, me recibieron y a los agentes les dieron un comprobante. yo ya no tenía el temor de que me sigan ultrajando; luego me llevaron al departamento médico para examinar en que condiciones llego. En verdad, todo mi cuerpo estaba morado por los malos tratos. Al fin me tomaron los datos correspondientes, ya que tenía que permanecer ahí, para cumplir la condena por mi delito, bajo la responsabilidad del Tribunal de Menores.

Aquí les cuento lo sucedido en aquel reformatorio:

Primer día en ese lugar

Claro, no niego. Fue una impresión muy desastrosa porque en aquel lugar, había niños de toda clase, y todos estaban acusados por diferentes motivos y cumpliendo una pena.

Luego de tomarme los datos me ingresaron al patio donde estaban todos, o sea, unas 80 personas. Todos se me acercaron, y me acuerdo bien, que un negro me dijo: “Sácate los zapatos que me gustan” Al oír esa petición yo le respondí: ¿sabes?, yo no te los voy a dar y él me sacó un cuchillo, pero yo he estado en otros tropieles y jamás me he dejado ver las huevas de nadie. Como yo no se los di, le dio el cuchillo a otro y me arrinconaron en el servicio higiénico para robarme, pero yo reaccioné y le pegué un puñete y comenzamos a pelear. Yo tenía el cuerpo estropeado, me dolía pero no me tocó otra cosa que pelear. Al ver eso vinieron dos señores que cuidan ahí. -¿Qué pasa?, preguntaron

- Nada, señores, les respondí
- Entonces ¿por qué pelean?
- Este tipo quiso mis zapatos y por no darle nos pusimos a pelear, eso es todo.

A él le llevaron al calabozo y luego que él se fue, sus amigos me dijeron: “ahora vas a ver lo que te pasa”. Yo no les hice caso y me alejé de ellos; comencé a caminar en el patio y se me acercó un tipo de unos 16 años, flaco y alto.

- ¡Hola! me dijo.
- ¡Hola! le respondí.
- Me gusto que no te dejes ver las huevas del negro. ¿Sabes?, ya no te molestará porque te paraste.

Así sucedió la pequeña conversa y nos hicimos amigos.

- Luis me llamo.
- Mi nombre es Víctor. Nos dimos las manos, y desde ahí, en cualquier problema nos defendíamos. Así pasó ese día. Él se alejó a otro lugar y yo comencé a caminar por el patio, solo. En mi pensamiento tenía presente los momentos felices y alegres que pasaba en casa de Ruth. La extrañaba mucho y me decía: “¿qué dirán de mí?, ¿ya sabrá mi jefe lo que me pasó?, ¿le avisaría Mercedes lo suscitado y los tiros que hubo en el momento que me cogieron?” y analizaba: ¿de qué me valió tener mucho dinero, casa, placeres? Jamás pensé estar preso”. Me arrepentía de todo, pero me animaba: “a mí me tienen que sacar de aquí, yo no dije nada, no delaté a nadie. Esperaré para ver qué pasa conmigo...” y así pasaron muchas cosas por mi pensamiento. Llegó la noche y nos subieron a los dormitorios. Ahí había una orden: que a las ocho de la noche se apagaba la luz y no se tenía que hacer nada de bulla.

Segundo día de permanecer detenido

Amaneció y había, en primer lugar, que tender la cama “tipo militar”, o sea: que brinque un sucre en el cubrecama. Bajamos a lavarnos

las manos y la cara para luego pasar lista para ver si estábamos todos y tomar café. Cada quien después de desayunar tenía que lavar su taza y salir al patio a seguir la misma vida monótona y fea, ya que ahí no había nada que realizar, ningún tipo de trabajo, sólo vernos las caras todos los días. Bueno, así es cómo uno pasa en este lugar y tenía que soportar todo.

Así es la vida, señores lectores.

Discusiones y peleas

Allí existen muchas discusiones por la razón de que es estrecho y hay, no solamente chicos que por primera vez están en aquel lugar, sino también muchachos con ficha preventiva, y son dañados. Ellos, pues, les quitan a los otros las cosas que su familia les trae. Así es a diario.

Mi vida siguió pasando en aquel lugar, donde sufría y siempre pensaba en Ruth y en todos los que estuvieron a mi lado en los momentos que más necesité. Pasaron: una, dos semanas, un mes, y todo era monótono, no se tenía nada que hacer. Luis comenzó a decirme las posibilidades por donde fugarme y que él me puede ayudar, y así nos dedicamos a ver todo para realizar la fuga. Yo no me llevaba con nadie más, ya que de entrada me pegué con ese negro, desde ahí me respetaban y yo tampoco jodía a nadie para tratar de pasar bien aunque me encontrara preso.

Un día me resultó una sorpresa.

Visita de Ruth y Mercedes al Centro de Reformación a los dos meses de estar ahí.

Casi a los dos meses de permanecer detenido llegaron dos personas a visitarme. Qué alegría sentí, pues ni esperaba tal llegada. Yo me encontraba sentado en un costado del patio, con Luis -mi amigo- fui llamado y al oír me acerqué muy lentamente y espí por una ventana para ver quién era y no pude aguantarme la emoción y la alegría, eran Ruth y Mercedes. Las besé a ambas y se me fueron las lágrimas.

- Sabes Ruth, pensé que tú no vendrías nunca acá y me contento tanto, tú sabes que te quiero y eres de las nuestras. Luego me comenzaron a preguntar ¿qué pasó?
- Mira todo iba bien, la entrega que izo Mercedes salió todo super bien, pero en la mía, nos falló, y me detuvieron, pero yo no comprendo cual fue el fallo, ya que Humberto conocía el contacto. Me detuvieron y Humberto se les fue.
- Sí, contestó Mercedes, ya sabemos más o menos cómo fue tu detención, pero dice John que no te preocupes, que muy pronto te sacará de este lugar y el está tan contento de saber que tú jamás dijiste una sola cosa de todos nosotros; pues, te cuento una cosa:
- Dime por favor, le rogué.
- Nosotros nos cambiamos de casas, pues temíamos que talvez tú nos delates. Hoy hemos comprobado que eres fiel a todos nosotros y te queremos mucho.

Pasé un poco alegre, pero ellas se tenían que ir y se despidieron. Me dejaron unos billetes para comprar cualquier cosa y nuevamente me quedé solo en aquel lugar tan feo.

Luego de despedirme de Ruth y Mercedes, regresé a lado de Luis y le conversé que ya saben que estoy preso, pero Luis me dijo:

- Tú tienes quien te ayude, yo no tengo a nadie. ¿Sabes, Víctor?
- Qué, le respondo.
- ¿Quieres fugarte?, ¿qué dices?...
- Pero, ¿por dónde? le decía yo y él comenzó a incentivarme:
- Mira, en estos días nos vamos de aquí, ya verás; espero que confíes en mi. -Está bien le respondí.

Pasó el tiempo y planeamos dicha fuga ya que teníamos todo bien controlado y no nos podía fallar. Yo tenía que esperar otra visita, contarles lo que queremos hacer y así fue al fin. Cansado de esperar como cinco meses y como nadie vino, pues, Luis y mi persona planificamos la fuga. Observamos todos los movimientos, tanto de los compañeros como de las personas que nos cuidaban y asegurarnos a que ho-

ra uno podía realizar la pequeña operación. Todo nos salió bien, así que logramos salir de ahí.

Primera fuga del Centro de Reformación luego de permanecer cinco meses detenido

Luis se encontraba allí por un delito grave, le acusaron por muerte. Aquel muchacho no tenía a nadie quien le vaya a ver, y como se hizo mi amigo, ambos planificamos e hicimos lo que pudimos para lograr fugarnos. Les cuento más o menos como fue:

En primer lugar, nosotros nos dedicamos a observar, todos los movimientos, tanto de los que nos cuidaban y de nuestros compañeros para que nadie se de cuenta de lo que estábamos haciendo nosotros.

Bien, llegó el día. Nos anotamos para salir a trabajar en un pequeño terreno que había y le llamaban granja; todos salieron, menos nosotros que nos escondimos, era el momento que teníamos planeado para irnos de aquel lugar. Si nos hallaban, nos daban una pisa y al calabozo; pero todo nos salió bien y logramos fugarnos de la llamada Casa de Reformación a los cinco meses de yo permanecer ahí, acusado por droga.

Estando fuera pero prófugo

Luego que logramos salir cada uno cogía rumbo desconocido - así era como quedamos-. Pero ya estando fuera de aquel lugar, yo no sabía a donde ir, ya que cuando vinieron Ruth y Mercedes, me contaron, que ya no vivían en el mismo lugar, por la razón de que tenían miedo de que yo les delatara, e indicara las casa de quienes trabajaban conmigo.

Tratando de ver a donde mismo me voy, me acordé y me dirigí a casa de Bolívar, para preguntar y por medio de él llegar a donde John o Ruth, ya que necesitaba ayuda urgente, por la gran razón de que me fugué del lugar en el que estaba acusado por droga. Así fue y logré comunicarme con Bolívar, gracias al compañero con quien vivía cuando le conocí por primera vez. Al verme se sorprendió y me preguntó:

- ¿Qué haces?"

- Sabes, me fugué y necesito verles a John o Ruth, si tú conoces la casa, por favor llévame.
- Está bien porque tú no delataste a nadie.

Así fue que efectivamente logré llegar hasta ellos.

Tenía alegría y miedo a la vez, ya que cometí una fuga, pero necesitaba salir pronto de ese lugar, donde permanecí por el tiempo de cinco meses, tan sólo por la falla de un tipo que no valía la pena; pero yo me supe aguantar, como varón, aunque tenía una edad corta, hasta que logré reunirme con las personas que eran mis jefes.

Agradezco a Dios por tenerme todavía con vida, pues tuve suerte y me llegó el momento, que gracias a un chico pude fugarme.

Bien, como el amigo de Bolívar conocía a qué uno se dedicaba, me ayudó y me llevó a casa de Ruth. Él no dudó ni un momento y yo sentía una alegría y unas ansias de verlos a todos y que me vean y me ayuden. Así llegué a casa de ellos, pero en otra dirección.

Llegada a casa de Ruth y Mercedes luego de haberme fugado de aquel lugar donde estuve detenido por el tiempo de cinco meses

Bien, al fin llegué a casa de mi ser amado, pero cuando toqué la puerta me contestó una chica que yo no conocía.

- ¿A quién busca? me preguntó, pero el amigo de Bolívar le dijo una clave y abrió la puerta y pude entrar. La chica me invitó a pasar y me senté en un sillón y pregunté por Ruth
- Sabe señor, ella no está, salió, pero más tarde llegará.
- Está bien, le esperaré. Ella me dijo como con miedo
- ¿Quién es usted?
- Soy el marido de ella. Se calló. Al rato, el amigo de Bolívar se despidió y yo me quedé en casa. Fue por el mes de mayo del año 1980.

Le pedí a la chica, que por favor me indique el baño, me bañé y me sentía feliz en aquella casa. Entre mí decía: “desde hoy todo, pero todo va a cambiar en mi vida”. Luego de bañarme me quedé con una sa-

lida de baño y me dirigí nuevamente al sillón, puse música, pedí una botella y me puse a tomar. Mientras tomaba, pensaba en todo, especialmente, en qué dirá mi jefe al verme a los tiempos.

Pasó el tiempo y era muy noche cuando llegó Ruth. Yo me escondí tras la puerta. La chica saludó y Ruth preguntó:

- ¿Qué te pasa?, ¿por que estás nerviosa?, ¿quién estuvo aquí? ...¿y esa botella?, ¡dímelo!. Al oír tal cosa, yo la saludé:
- Buenas noches Ruth. Ella se asustó y preguntó:
- ¿¡Qué haces!?
- No te gusta acaso que esté en casa, respondí.
- ¡Claro mi amor!... Pero, ¿qué paso?... Se sentó a mi lado y le conté tal como sucedieron las cosas:
- Te cuento Ruth que me fugué.
- Tengo que avisar a John, él sabía qué hacer contigo, dijo.
- Está bien -le respondí- y seguidos conversando, pero como yo estaba un poco mareado, subí a una habitación, pero no pasó mucho tiempo y Mercedes se enteró que estaba en casa. Se alegraron todos y me dediqué a dormir ya que estaba cansado y asustado por todo. Al fin amaneció y, en mi casa, me vestí para esperar a mi jefe:

Al siguiente día de mi fuga, conversando con mi jefe en casa de Ruth y Mercedes

En primer lugar John supo que me encontraba en casa de Ruth, por la razón que fue comunicado de mi fuga. Cuando él llegó, lo primero que me dijo fue:

- Mira, ¿te das cuenta de lo que pasó contigo? En el supuesto de que tú hubieras avisado, ¿sabes lo que hubiera pasado?
- Sí, señor, le respondí y él enojado, dijo:
- No me digas así, estúpido. ¿por qué te detuvieron? ¿qué error cometieron? -Señor, yo no tuve la culpa sino Humberto, le contesté
- ¿¡Cómo que Humberto!?

- Sí señor. Él me ordenó que yo saliera del auto y fuera a entregar la mercadería sin conocer el contacto, y resultó ser la policía que me esperaba ahí. John enfurecido respondió:
- ¡¿Qué dices?!
- Señor, lo que yo le digo es la pura verdad. Por lo tanto me cogieron con toda la mercancía. Al oír mi relato él se calló y luego de un momento, marcó el teléfono y solicitó -de urgencia- la venida de Humberto, colgó el teléfono y se despidió. Después que se fue se me acercaron Ruth y Mercedes y me dijeron, -No era que digas tal cosa, si no es verdad.
- ¡¿Qué!?, les contesté. ¿Ustedes creen que si no fuera así, lo diría?, Ruth, tú eres mi mujer y no puedo mentirte.
- ¿Sabes lo que acabas de decir y lo que puede suceder?, respondió ella:
- No me importa, ya que también estuve preso por culpa de él, dije yo.

En tales conversaciones el tiempo pasó y seguí esperando a ver que mismo ocurre. Ya de noche comenzaron a llegar Bolívar, Bella, ahí también estaban Ruth, Mercedes y mi persona. Esperábamos la llegada de Humberto. John había ordenado la reunión en casa de Ruth y recuerdo, más o menos las palabras que Bolívar me dijo:

- Víctor, recuerda que yo te recomendé y no quiero que tú me mientas. Yo le respondí:
- Mira, Bolívar, no tengo el porqué mentirles y menos a ti, ya que serías el único que queda mal, todo lo dicho es verdad. Lo único que él dijo fue:
- Esperemos que llegue Humberto, verás que todo se sabe.
- Está bien, dijeron todos, y si es verdad ya verás lo que va a pasar.
- Si tú dices la verdad y Humberto también, tal como pasó, pues les costará la vida, advirtió Bella
- ¿Por qué -pregunté- si yo fui quien estuvo preso y jamás delaté a nadie y peor decir a qué me dedicaba.

Era ya muy tarde y Humberto no llegaba y comenzaron a preocuparse. Siendo las 10 de la noche, sonó el teléfono y contestó Merce-

des. La llamada era para Bolívar. Habló y tuvo una expresión bien rara. Le habían ordenado que de inmediato abandonara aquel lugar. Nos pidió: “vayan a sus casas, mañana hablaremos” y salió con rumbo desconocido. Jamás supimos qué órdenes dio John a Bolívar para que saliera de esa forma. Toda esa noche no pude dormir, pensando en que iría a suceder con todo lo que dije aquella noche.

Cansado y preocupado por todo lo que me estaba pasando, -por mi fuga y por lo de Humberto- dormí con Ruth, y como es normal y me hacía mucha falta, esa noche hicimos el amor como que se acabara el mundo ya que también ella era un poco sádica.

Me puse a conversar con ella y le dije:

- ¿Cuál sería la razón para que Bolívar se fuera de esa manera? Ella lo único que me dijo fue:
- No te preocupes, ya se sabrá todo, ten calma. Tú no tienes la culpa de nada. Me dormí y, apenas amaneció, me levanté en espera de ver qué mismo pasa conmigo y con Humberto, pero siendo como las 09h00 llegó John y dos tipos -uno tenía un corte en la cara-. Nos llamó a Mercedes, a Ruth y a mi persona y dijo estas palabras:
- Quiero que sepan que lo dicho por Víctor es verdad, Humberto nos traicionó y no solo a nosotros sino también al otro grupo. Aunque me duela mucho, tengo el honor de decirles, que ya no habrá más quien nos traicione. Bella le cortó la palabra:
- Pero dínos de una vez. El respondió:
- Pregúntale a Bolívar. Éste tomó la palabra y dijo cabizbajo:
- Me ordenaron que lo mate. Al oír sus palabras me asusté y agaché la cabeza pero Bolívar me dijo:
- Jamás agaches la cabeza, sólo te pido que sigas así y pórtate bien, ya hemos borrado del mapa al tipo que nos traicionó y tú tendrás que irte de aquí, por un tiempo ya que no queremos que te pase nada malo y es mejor que te cuides por la razón que tú sí sirves para nosotros: jamás nos delataste cuando te cogieron preso.
- Así fue señor.

Se despidieron diciéndome:

- Quédate en casa, luego te diremos lo que tienes que hacer.
- Está bien señor.
Se marcharon y yo seguí pasando en casa de Ruth. Yo le decía:
- A dónde y con quien me mandarán, ya no podré estar a tu lado.
Ella me consolaba:
- Todo lo hacen para que no te culpen de la muerte de Humberto y como estás prófugo es mejor eso, además él mismo tuvo la culpa.

Yo pensaba y me decía: “¿en qué líos me metí, que me pasará ahora?” y me arrepentía de todo. Al fin llegó el momento de abandonar Quito.

Órdenes de John, mi jefe, que debía cumplir y obedecer

Efectivamente, John llegó con dos hombres sumamente mal encarados, colombianos. Bolívar, me explicó lo que tenía que hacer, me ordenaron ir a Colombia. Les pregunté cuál es la razón y ellos me dijeron “no queremos que te pase nada malo” Me presentaron a los dos tipos -el cara cortada se llamaba Carlos y el otro Jorge-, saludé, les di mi nombre y dijeron que tengo que trabajar con ellos. Yo lo único que les pude decir es “esta bien, haré lo que ustedes me digan.

Al día siguiente tenía que alejarme de aquel lugar en el cual viví por algún tiempo. John, Carlos Jorge se marcharon y en casa sólo quedamos Bolívar, Ruth, Mercedes y mi persona. Yo tenía mucha pena de alejarme de ellos y lamentaba separarme de Ruth, quien me supo ayudar y comprender en todo y cuando más lo necesito. Pues así, nos pusimos a tomar unas copas de despedida. Todos me decían que adonde me manden yo estaré bien y que me tratarán como a un buen miembro de la organización. Bueno entre copa y copa me mareé un poco, me despedí y fui a dormir. Subió Ruth y claro, era visto, me prometía: “te escribiré a donde estés o te llamaré, quiero que recuerdes que te amo mucho”. Yo también le decía lo mismo y así, esa noche, hicimos el amor y me dormí, para estar listo al siguiente día.

Despedida y viaje a Colombia donde mis nuevos jefes con quienes debía de trabajar

Aquel día, luego de estar prófugo unos cuantos días en casa de Ruth, llegaron a verme Carlos, Bolívar, Bella, y los dos señores, es decir, Jorge y Carlos, también en aquel lugar se encontraban Ruth y Mercedes y entre todos comenzamos a dialogar:

-Mira Víctor, nosotros queremos lo mejor para ti, ya que desgraciadamente, tú estás prófugo y por lo que aconteció con Humberto debes márchate a otro lado, allá vas a estar bien y sin problemas.

Al oír tal cosa, yo lo único que podía hacer era obedecer y acatar todas las órdenes que me daban en aquellos momentos. Así fue que John me mandó a Colombia, en compañía de Mercedes, talvez por miedo o por seguridad. Luego que ellos nos indicaron la dirección exacta y con quien teníamos que hablar, nos despedimos de todos. Lo más triste fue, cuando me despedí de Ruth, pues se me fueron las lágrimas y me dolía mucho alejarme, ya que con ella pasé momentos que jamás podía olvidar.

Salimos de la casa y nos dirigimos al terminal, compramos los boletos. Ella iba separada de mí, por si acaso pasara alguna cosa. Después de unas seis horas de viaje llegamos al sitio indicado -el terminal de Tulcán-, luego cogimos un taxi con rumbo a Rumichaca -frontera con Colombia-. Ya estando en Rumichaca, recuerdo muy bien las palabras de Mercedes:

- ¿Ves Víctor?, tú tenías que ser sólo mío,
- ¿Por qué tú me dices eso?
- Tú sabes que los dos venimos a trabajar y ya no serás más de Ruth, serás sólo para mí. Todo eso aconteció en el año de 1980, en Julio.

Durante todo el trayecto pensaba qué será lo que puede pasarme, moriré en un lugar extraño, cuál será el nuevo trabajo que debía de realizar y... después de mucho meditar, saqué muchas, pero muchas conclusiones: logre, lo que yo quise, o sea, otro tipo de vida, lejos de mi ho-

gar y en compañía de muchas personas extrañas. Bueno les cuento a continuación lo que me pasó estando en Colombia.

Llegada a Colombia para trabajar con otros jefes

Apenas llegamos cogimos un taxi y nos dirigimos a la dirección indicada, cuando estábamos cerca nos bajamos del taxi y caminamos, cargados nuestras maletas. Ya en la casa timbramos, nos contestaron por un teléfono de comunicación que existía en la puerta, dimos nuestros nombres y una clave y nos abrieron, sabían que nosotros íbamos a llegar. Nos recibió una señorita, nos invitó a pasar a la sala y dijo:

-Por favor, tomen asiento, ya vendrán las personas indicadas a hablar con ustedes. Nos dio una copa y con palabras amables dijo, “síntanse como en su casa”. Le agradecemos. Yo la miré. Era bonita y de poca edad, pero yo no podía hacer nada, sólo le miraba el cuerpo hermoso que tenía, y entre mi decía: cuándo la tendré en mis brazos, ya que su hermosura y lo joven que era, enloquecía a cualquier hombre. Llegó la noche y no aparecieron las personas con quienes teníamos que hablar para recibir nuevas órdenes. Nos dieron de cenar y nos indicaron la habitación que podíamos ocupar para dormir.

Yo me sentía feliz por la razón de que estaba libre aunque sea prófugo y lejos. Pensaba en Ruth, pero no tenía que hacer sino acostumbrarme a vivir con Mercedes.

Aquella noche dormí con ella y como una vez ya hicimos el amor, volvimos a hacerlo. No miento, también me gustaba, ya que tenía un cuerpecito hermoso y unas piernas redonditas y rosaditas. Pues así fue el recibimiento a nosotros en aquellas tierras lejanas de las nuestras.

Al fin amaneció y mi anhelo era saber quienes son mis nuevos jefes.

El primer día en Colombia y en espera de mis nuevos jefes

Al siguiente día llegaron las personas con las cuales teníamos que hablar: Carlos, a quien conocí cuando estábamos en Quito, Salomón, Juan y Alberto, ellos eran los que organizaban y planeaban las cosas.

Ellos nos dijeron que nos sintiéramos como en nuestra casa y que no nos preocupemos, que luego nos indicaran lo que tenemos que ha-

cer. Luego de ese pequeño saludo de bienvenida, nos invitaron a tomar unas copas, como era costumbre. Entre conversa y conversa, nos pusimos de acuerdo. A Salomón le gustó que fuéramos una pareja:

- ¡Qué bien!, espero que ustedes se entiendan y no comentan ningún error, porque yo no perdono eso y peormente que desobedezcan las órdenes, ¿entendido?
- Está bien, señor, le respondimos.
- John me contó, que tú, Víctor, eres un chico de poca edad, pero te felicito ya que hiciste lo que te ordenaron y por falla de Humberto, en paz descansé, caíste preso.
- Sí, es verdad señor. Alberto dijo:
- Bueno, pero éste no es el momento de reclamos sino de conocernos mejor y espero que ustedes disfruten de la estadía aquí, en unión de todos nosotros. Pues bien, así pasamos un momento alegres, ellos se despidieron y quedamos en casa: Mercedes, la chica que nos recibió y mi persona.

Allí había toda clase de comodidades. Yo miraba y pensaba que será lo que nos puede pasar en aquellas tierras lejanas. Así pasó el día, pero siendo casi de noche, llegó Carlos y comenzó a tomar y nos invitó, aceptamos y seguimos tomando, casi nos embriagamos por mucho licor y nos retiramos a nuestra recámara en la cual ya dormimos la noche anterior.

La habitación estaba en el segundo piso, subimos, acompañados por la empleada, se llamaba, Laura. en verdad era bonita aquella chiquilla. Entró Mercedes y yo me quedé en la puerta.

- Qué hermosa eres, quisiera conversar contigo. Ella me respondió:
- Cuando esté bien señor. Tenía unas piernas torneaditas, unas tetas bien puestas y siempre se ponía minifalda y en verdad que enloquecía a cualquier hombre. La vi hasta que se perdió en la sala y decidí entrar. Al acercarme a Mercedes, ella me dijo:

- ¿Te gusta esa puta, verdad? ¡Claro, si le quedas viendo el culo que tiene, ¿qué tiene ella que no tenga yo, o es que no te gusto como mujer?.
- Mira eso no quiere decir que tú no me gustes, sino que esa muchacha es atenta, nada más.
- Está bien y disculpa, fue su respuesta.

Ya estando en la misma habitación se comenzó a desvestir y yo también. No miento, tenía un bonito cuerpo y en especial sus nalgas, eran bien redonditas, sus piernas eran gorditas. Al verle desnuda, como es normal en un hombre, lo primero que hice fue cogerla por el cuello y besarla, luego topaba sus tetas y pasaba mi mano por entre las piernas y topaba sus partes íntimas, para excitarme. Ella también me besaba locamente y continuamos a hacer el amor, Recuerdo, era un poco sádica, quería que esté sólo encima de ella y como estaba mareado me cansé, pero la satisfacía en todo y no quedaba mal como hombre. Nos dimos un beso, se viró de lado y se quedó dormida, también yo me dormí. pero antes pensaba en todo lo que nos podía ocurrir a mí y a Mercedes, pero no me importaba, quería conocer las nuevas órdenes.

Pasamos algunos días en aquella casa, hasta conocer a todos y adaptarnos. Lo que les cuento sucedió en el mes de Enero de 1981, estando en Colombia, por el lío que tuve, a raíz de mi detención y muerte del socio de Jhon, o sea Humberto.

Todo lo que les cuento es verdad, no lo he copiado de nada, son mis experiencias de vida. Uno comete grandes errores sin saber las consecuencias y viene a estar preso y se arrepiente cuando es demasiado tarde.

A ésta organización pertencí teniendo casi 17 años, o sea seis años después de abandonar mi hogar a causa de los malos tratos que recibía. En fin, de experiencias malas y buenas fui aprendiendo, lo que uno tiene que aprender cuando sale del hogar. Mi triste vida me ha conducido a malos pasos, teniendo que hoy lamentarlo todo.

Conversaciones serias y complicadas con mi nuevo jefe

Aquel día, después de bañarnos bajamos a la sala, la sirvienta de nombre Laura, nos invitó a pasar al comedor y desayunamos huevos a

la cacerola, un pintado, unas arepas y un seco de carne. Luego de desayunar, estando en la sala conversando con Mercedes y Laura, asomé Salomón; lo saludamos y nos preguntó que cómo nos sentíamos y le respondimos, muy bien, señor.

- Me alegro mucho. Se sentó junto a nosotros, y en palabras humildes dijo:
- Mira Víctor, esto va principalmente para ti y no quiero que te sientas mal; yo comencé como tú: me salí de mi hogar, no tenía qué hacer, peor qué comer y bagaba por las calles; jamás tuve la suerte que tú tuviste -te ayudaron-; pero tú vez que aunque estuve metido en la delincuencia, con mucho esfuerzo y sacrificio, pensando bien, llegué a tener esta humilde casa y quiero que tú me oigas y aproveches todo el dinero.
- Está bien señor, así lo haré, le respondí.
- No es que así lo haré, tienes que hacerlo.
- Gracias, le contesté. Luego que acabó de conversar conmigo, siguió con Mercedes, pero ella ya tenía experiencia en los negocios y no le aconsejó mucho. Luego de un rato se levantó y dijo:
- Saben, tienen que estar aquí unos días, luego vendrán otras personas y conocerán lo que ustedes tienen que hacer, por ahora pueden estar tranquilos. Carlos les indicará un poco la ciudad para que no estén sólo en casa y se marchó. Quedamos en la sala Mercedes y yo.
- Sabes, yo tengo un poco de miedo, le conté.
- Yo lo mismo y, lo peor, es que no sé que nos puede pasar y... ¿por qué nos trajeron aquí?, respondió Mercedes.
- Mira, si yo veo algo raro me largo.
- No seas tonto, te matarán y no te dejarán ir, tú ya sabes muchas cosas y conoces a muchas personas, es mejor que ni por idea se te meta en la cabeza tal cosa. Luego que ella me respondió así, pues, yo pensé y recapacité y dije:
- Es cierto, no quisiera acabar como el difunto Humberto. Invadido por este pensamiento me quedé como un tonto, encendí un cigarrillo y comencé a fumar, sin entender qué me estaba pasan-

do y preocupado por todo, en especial, por mi fuga. En eso llegó Carlos.

- ¿Cómo están?, saludó.
- Un poco aburrido por no poder salir-respondí yo.
- Eso no es nada, pues si quieres salir vamos a dar un paseo. Efectivamente logré salir en compañía de Mercedes. Carlos nos contaba todas sus historias y nos enseñaba cómo tenemos que comportarnos allá, nos indicaba los lugares que se puede frecuentar con tranquilidad -siempre con los papeles en regla-. Nos indicó también las principales instituciones como la policía, los cuarteles, los de la cárcel; sitios de diversión, etc. Comimos y regresamos a casa. En el trayecto le pedí de favor, que me deje manejar y el con gusto aceptó. Conduje hasta la casa. Cuando entramos estaban en la puerta a Salomón, Juan y Alberto y me quedaron mirando.

Al bajar del carro me dijeron:

- ¡Miren, tenemos otro chofer en casa!
- Sí señor, respondí. Y entramos todos en la sala
- No se preocupen -nos decía- que para ustedes tenemos un buen trabajo. Ellos nunca se quedaban con nosotros; se marchaban. Así nos quedamos nuevamente solos Laura, Mercedes y mi persona ya que Carlos también iba con ellos.

Mercedes se fue a la habitación y yo me quedé solo con Laura y resultó que me equivoqué tan feo con ella. Le pregunté a que se dedica y me respondió lo siguiente:

- Mira Víctor la pregunta que te hago ¿que es Mercedes para ti?
- Pues nada, ¿por qué; le contesté.
- Por nada, dijo ella, y continuó: yo también me dedico a este tipo de trabajo y se todo acerca de la banda
- Pero, ¿cómo sabes tú muchas cosas?
- Mira Víctor, yo no soy una empleada como ustedes creen, soy la hija de Salomón, tu jefe. Yo, al oír tal cosa, pues, me quede callado y le pedí disculpas por todo.

- No te preocupes -dijo- luego me irás conociendo como soy, me gusta estar a tu lado.

Le quedé mirando, en verdad era bonita y me gustaba. Se despidió y se fue. Me quedé en la sala un momento más y luego decidí subir a la habitación que ocupábamos Mercedes y yo, en el segundo piso. Cuando entré, ella celosa dijo:

- ¿Ya terminaste de hablar con esa puta?
- Mira, no es ninguna puta, le respondí.
- O sea que todavía sacas la cara por ella, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!
- No es eso, sino... Ya te voy a contar lo que me dijo Laura... que yo me quedé loco.
- Pues, ¡habla de una vez!
- Pues mira, lo que parece Laura una empleada, no lo es, es hija de nuestro jefe.
- ¿Qué?, respondió Mercedes.
- Sí, como lo oyes, me contó todo. Esa es la verdad. ¿Ves cómo uno se equivoca?... y tú la llamas puta, y tú la catalogas de esa forma; resulta ser nada menos que la hija de nuestro jefe. Pero ella no se quedó callada, me dijo:
- Pero no dudo que te gusta esa tipa.
- ¿Ves con lo que sales? le respondí.
- ¿Es que yo no te hago feliz en el sexo o, qué te pasa, Víctor?

Yo, en verdad no le dije nada, me callé, pero, en el fondo, sí me gustaba mucho su cuerpo, tenía unos senos grandes y paraditos, pero Laura tenía el mismo tipo de cuerpo que Ruth y viéndola a ella me acordaba de Ruth. Bueno así pasó y decidí dormir en compañía de Mercedes. Como siempre, ella me besaba y me abrazaba. Yo le topaba su hermoso cuerpo ya que tenía unas piernas torneadas y bien puestas y hacíamos el amor con gusto y poco a poco me gustaba mucho más. Al fin amaneció. Yo quería ver que mismo nos iba a pasar.

Estando en casa de Salmón, en Colombia, teníamos que recibir órdenes que cumplir

Al fin llegó el momento. Ese día amaneció, me levanté, me lavé y me vestí, lo mismo hizo Mercedes, mi mujer y compañera de trabajo. Ya preparados decidimos bajar y estando en la sala se nos apareció Laura, la hija de Salomón. Saludó muy atenta y se sentó frente a nosotros, conversó un momento y nos invitó a pasar al comedor. Nos sirvieron el desayuno -ahora estaban dos empleadas que llegaron de vacaciones, Laura las había reemplazado-. Daban tantas cosas, que sólo comimos un poco de todo y quedaba el resto en el plato. En ese momento yo pensaba: “aquí se desperdicia la comida mientras tanto, hay niños que no tienen que comer” y me acordaba, de mis hermanos y mi madre.

Al salir de aquella pieza tan grande, que era el comedor, nos sentamos en la sala a esperar a ver que mismo pasa. Miraba a Laura, era muy bonita y no lo niego, su cuerpo me tenía loco y sólo con mirarla la amaba.

Cuando serían más o menos de 10 a 11 de la mañana, llegaron Salomón, Carlos, Juan y Alberto, entraron y nos pusimos de pie y saludamos. Salomón dijo:

- Sigán sentados.
- Gracias”, respondimos.

Recuerdo, más o menos, las palabras de él y sus acompañantes. En primer lugar habló Salomón con palabras fuertes y claras:

- Miren, Mercedes y Víctor, yo les he traído a ustedes, porque deseo que me ayuden algún tiempo, no crean que se van a quedar todo un siempre aquí. Luego regresarán a lado de John, por eso, pues, no se preocupen que no pasa nada. En segundo lugar habló Carlos, casi nos dijo lo mismo pero una cosa más: advirtió, quiero que sean francos, sinceros y no queremos que nos traicionen. Nosotros sólo oíamos lo que nos decían ellos. En tercer lugar habló Juan y todo era casi lo mismo, pero siempre en advertencia: “no cometer errores en el trabajo”. Por último habló Alberto y él concluyó todo lo referente a indicaciones:

- Miren chicos, lo que quiero es que ustedes sean las personas indicadas, para realizar diferentes entregas. Tú Mercedes, ya conoces y tienes más experiencia en esto, ¿verdad?
- Sí, respondió y se calló.
- Tú serás la principal, y espero que jamás me falles en nada.
- Bien señor, le prometo que jamás fallaré.
- Hoy solo tengo que decir esto, y quiero que me entiendan. Laura, Juan y Mercedes, ustedes tendrían que realizar un trabajo especial, ya que Víctor seguirá aquí, hasta que pase algún tiempo de su fuga, en Quito. Tras recibir la orden se alejaron hacia el segundo piso, donde debían empacar y luego marcharse. Alberto siguió conmigo:
- Mira Víctor, en primer lugar tú eres el recomendado de Bolívar -o sea, el que trabaja con John-. Tengo para ti un buen trabajo.
- Gracias, señor, le respondí, aunque no sabía de qué se trataba
- He conversado con todos y hemos decidido que tú no sigas en la droga y mejor nos ayudes en el otro trabajo que tenemos. Yo me quedé como con miedo y continuó:
- No tengas miedo, Víctor, te gustará mucho. Quiero que lo tomes con calma.

Mira, me gusta que tú sepas manejar, eso es lo que nos conviene a todos. Trabajarás en compañía de Carlos, en el negocio de vehículos, pero quiero que tu entiendas, no son carros comprados sino robados. Al oír eso me quedé un rato pensativo, pero Salomón que notó mi temor, dijo:

- Víctor, no te asustes, es menos peligroso que cuando se anda en la droga y espero no tengas miedo. Dime: ¿qué te pasa?
- Nada señor, le respondí. Acepto con gusto el trabajo y las órdenes que me den ustedes.
- Bueno Víctor, tú tienes que trabajar en compañía de Carlos, ya que él es experto en esto y te indicará todo.

Cuando quedé solo me puse a pensar en todo lo que me estaba pasando en esos momentos y es más, nos separaban a nosotros, o sea,

Mercedes por un lado y yo, por otro. Pero lo único que me decía era: “el tiempo lo dirá y algún día cambiará mi vida”.

Pues bien, sigo contándoles lo que me pasaba:

Despedida de Mercedes, Laura y Juan ya que ellos tenían otro tipo de trabajo

Luego de recibir las órdenes, cada quien tenía que cumplir lo dicho. Entonces, Mercedes, Laura -la hija de Salomón que también tenía que obedecer lo que le ordenaban- y Juan cogieron sus pertenencias, bajaron y se despidieron. Claro, no niego, se me fueron las lágrimas por Mercedes, ya que con ella pasé momentos inolvidables -buenos y también malos- y nos teníamos que separar, ya que ocuparíamos trabajos diferentes.

Bueno, en la sala, abracé a Laura, a Mercedes y a Juan, les deseé buena suerte en su trabajo y se alejaron de mi vista. Yo me quedé tan solo con el recuerdo, como lo con fue Ruth.

Yo tenía que cumplir otro tipo de órdenes en compañía de Carlos, pero no comprendía qué me podía pasar, ya que me separaban de todos los que yo conocía. Solo, pensaba que jamás les volveré a ver a ellos, tampoco sabía a dónde les mandaban, pero en mi pensamiento revivía lo hermoso que pasé con Mercedes y me decía: ya no le podré tocar sus lindas tetas y sus piernas gorditas y lo sádica que era para hacer el amor. Todo eso pensaba en mi triste soledad. Pasó el tiempo y yo continué en el otro trabajo, en Colombia.

Carlos enseñándome a dominar el volante y como es el negocio de los carros

Carlos, con toda la paciencia que tenía, primero, me explicó que no debía tener miedo de nada ni estar nervioso. En segundo lugar, me ayudó a sacar “el pase”, como dicen allá (en Colombia) o sea, la licencia de conducir vehículos, para no tener ningún tipo de problemas con la policía. Así pasé con Carlos, aprendiendo el tipo de trabajo que tenía que realizar, es decir, todo lo referente a vehículos, o sea: robo de vehículos, o tráfico de carros.

En Colombia, desde mi llegada vivía en casa de Salomón, una casa grande y llena de muchas cosas de valor, dos sirvientas nos atendían en todo.

Carlos y mi persona salíamos en carro propio, de él, para el preparativo. Me enseñaba como se hace para coger a las víctimas, y a realizar ese tipo de operación. Nos íbamos a partes alejadas, adonde no había gente. Llevábamos armas. Hasta entonces, jamás en mi vida había utilizado un arma de fuego (y peor acariciarla). Hacíamos como un asalto de preparatoria. Carlos me ordenaba que actúe como dueño del vehículo y él hacía como si me estaba robando el carro. Me decía que a veces van dos o tres personas que defienden su integridad física y moral. Las armas, para este tipo de actuación llevaban balas de salva. Así realizábamos la operación: Yo manejaba un carro de lujo, bien vestido -para que nadie sospechara lo que íbamos a hacer-. Un día me enseñó, cómo se hace para ejecutar el robo para que todo salga bien. Primeramente salíamos en el carro y, a propósito, nos parábamos y esperábamos que pasen otros vehículos, de favor les pedíamos que nos ayuden y, al vernos en la calle, se detenían y nos preguntaban ¿que les pasa? Entonces, nosotros actuábamos: “Esto es un asalto, nadie se mueva” y con el arma en la mano. Yo, al ver todo eso, iba aprendiendo todo lo relacionado al robo: al dueño del carro robado se lo amarraba y se lo metía en la cajuela, entre los dos nos llevábamos el carro robado a un lugar que teníamos y lo entregábamos a la persona indicada.

Ese era el trabajo que debía que realizar y esas las prácticas, en Colombia, donde permanecí por mucho tiempo, en casa de Salomón.

Enseñanza y robo de carros estando en Colombia

Había que hacerlo tal cual es el trabajo y fue así que actué en calidad de asaltador de vehículos. Esta vez me fue un poco mal: no pude actuar y tenía miedo.

Ese día nos dirigimos, como siempre, a un lugar alejado. Yo tenía que aprender muy bien y estar seguro de lo que tenía que hacer en el momento preciso, sin fallar, pero no pude hacer nada.

Carlos no me recriminó, a pesar de esa falla. No pude quitarle el carro, por la razón de que él primero, sacó el revólver y me disparó -co-

mo eran balas de salva sólo me votó lejos y me dolía el cuerpo por el impacto, pero no estaba herido-. Luego de eso, Carlos sólo me dijo: “tienes que estar seguro y no dejar que te maten, ni siquiera en las prácticas. No puedes fallar”.

Regresamos a casa y allí nos encontramos con Salomón y Alberto, los saludamos como siempre y se sentaron a nuestro lado en aquella sala tan grande y comenzamos a conversar muchas cosas: como se pasa en la vida, los placeres que se tienen con el dinero, cachos...

Al fin, luego de conversar y tomar unas copas Salomón preguntó a Carlos cómo iba yo en el trabajo y él contestó “un poco bien”. Yo me atreví a preguntarle acerca de Mercedes:

- Señor, ¿cuándo regresa ella? y su respuesta fue:
 - ¡Caramba!, me gusta que te preocupas por ella, me había olvidado que eran una pareja y que se aman”.
 - Sí, es verdad, señor. Él continuó:
 - Mira Vítor, aquí es muy difícil verse a diario o saber donde está el otro. Todos nos conocemos, pero el momento de entrar en un negocio, solamente se sabe con quien va uno a trabajar. Pero no te preocupes que muy pronto ustedes estarán en unión de John, Ruth, Bolívar, y todos.
- Luego de esa pequeña charla pues nos dijo a Carlos y a mí :
- Quiero que ésta sea la última semana para que realicen sus trabajos y espero que no exista ni una sola falla, y se marchó.

Nosotros como siempre, nos quedamos en casa, y fuimos atendidos de lo mejor por aquellas empleadas; pero como ya se acababa el tiempo libre y teníamos que dedicarnos al trabajo, pues, siendo casi el final del año de 1980, Carlos me llevó a un sitio de diversión, un cabaret.

Había allí, como en exhibición, chicas hermosas y de toda talla; blancas y morenas y también menores de edad, sentadas en sillones, mostrando sus piernas y sus bustos desnudos y, a veces, su vagina, por la razón que no tenían puesto el interior y se sentaban como querían para provocar a sus clientes.

Cuando entramos, nos atendieron y enseguida una mesa. Pedimos licor y cada quien escogió su chica y la invitó a tomar en nuestra mesa. Carlos las conocía a todas, ya que él era cliente de ese sitio.

La chica que yo elegí, en verdad, era bonita, me gustó porque tenía unas buenas tetas y un cuerpito bien formado.

Como hombre, después de bailar, le pedí de favor que nos fuéramos al cuarto y así fue. Estando en la habitación, yo le besaba y le tocaba todo su hermoso cuerpo y ella también hacía lo mismo y me excitó. Comenzamos a desvestirnos y la miraba, tenía sus tetas grandes y paradas, sus piernas blanquitas, ricas y torneaditas y su vagina no tenía muchos vellos y antes de hacer el amor, nos bañamos. Yo le comencé a meter el dedo en su vagina, pero ella me rechazaba. Por fin se excitó, me abrazaba, me besaba y se me subió encima, luego se bajó y continué haciendo el amor, ella parecía máquina para moverse y al fin logré terminar. Ella se sintió satisfecha y yo también me sentía super bien y decía entre mi: “con el dinero se hace muchas cosas” y así fue. La putita se quedó con la leche en su vagina y me gustó mucho haber tenido a esa chica por un momento.

Nos lavamos y salimos a seguir en la mesa. Luego llegó Carlos y me preguntó:

- ¿Cómo te fue?
- Pues, bien, ya que la muchacha me complació en lo que quería, le respondí. Luego de un rato, nos despedimos y abandonamos aquel lugar y fuimos a casa, La sirvienta nos miraba y nos preguntaba si queremos algo, le respondíamos que nada y nos acostamos.

Al siguiente día conversando con Carlos en casa de Salmón

Al otro día me dolía tan feamente la cabeza y con ese chuchaqui pensaba en todo y en primer lugar en.. “tener que hacer el amor con esas mujeres y tener que pagar dinero, eso no es igual cuando uno se quiere y se ama de verdad” y me ponía a sacar conclusiones y decía: “cuando uno tiene a una mujer a su lado, jamás nos cobra y tampoco le pagamos nada, por eso tenemos que tratarle de lo mejor y en principal amarle mucho”.

También pensaba sobre las indicaciones y órdenes que yo debía cumplir y no tenía más que obedecer. Así pasaba en aquella casa, pero no me sentía a gusto, no me enseñaba, porque apenas vivíamos Carlos, mi persona y dos sirvientas. Yo me dedicaba a regar un poco de agua y a estar en casa, pero cuando pase algún tiempo sin hacer nada llegó el momento de realizar un trabajo.

Recibí unos casetes grabados con la explicación de lo que tenía que hacer, pero ese trabajo me lo ordenaba John, o sea mi jefe anterior, fue entonces que yo hablé con Carlos y me dijo: “está bien, tú puedes irte al Ecuador y ver que mismo pasa contigo”.

Decido viajar a Quito

Fue así que el 1ro. de febrero de 1981, decido venir a Quito, para cumplir la orden, pero llegó Salomón y me preguntó que adonde voy. Le expliqué y también Carlos le explicó que había una orden de John de que ya venga a Quito.

Salomón, se comunicó con John para que le dijera los motivos por los que tengo que viajar yo. Se disgustó mucho por la razón que se atreven a ordenarme, sabiendo que estoy a su cargo. Le dijo bien claro: “yo soy el único que decido sobre Víctor” y le colgó el teléfono. Luego Salomón me dijo: “Víctor, tú no tienes porqué obedecer a nadie, solamente a Carlos” Yo lo único que le conteste fue: “esta bien señor, por eso consulté con Carlos a ver que mismo pasa, pero usted es el que decide y ve las cosas que uno puede hacer. Le agradezco por todo y no volverá a pasar más.

Primer trabajo que debía realizar con Carlos

Salmón y Alberto nos dieron orden de realizar el primer trabajo. Era coger un carro y entregarlo en Ecuador. Así lo hicimos.

Nos vestimos elegantemente y salimos en el carro de nuestra propiedad a ver que suerte nos toca. No teníamos que fallar en nada. Salmón nos tenía el contacto con el cual debíamos encontrarnos luego de tener el vehículo. Carlos dijo: “Víctor tú eres el encargado de coger el vehículo y no quiero que falles, ¿entendido?” Le respondí: está bien, no fallaré. Cogí mi arma, esta vez cargada con balas de verdad. Pensaba que

no puedo fallar, ya que me podía costar la vida y salimos al centro de Colombia, a los lugares de diversión en donde había gente de mucha plata.

El trabajo me salió bien: sin hacerle daño al dueño me llevé el carro y lo dejamos en el sitio previsto a guardarlo hasta segunda orden, allí nos esperaban Salomón y Alberto. Cuando nosotros llegamos, lo primero que nos preguntaron fue cómo nos fue y Carlos respondió: “bien señor, no hay cuidado de nada, tenemos el carro tal como lo ha ordenado”.

Tras las Rejas

Muy bien, luego de haber gozado de muchos placeres, de andar en cabarets, con mujeres bonitas pero del ambiente y tener mucho dinero, sin que me ocurra nada malo durante los cuatro años que pertencí a una organización que se dedicaba al robo de vehículos de buena marca y a la venta de droga; después de viajar y conocer diferentes ciudades en compañía de muchos seres humanos que también se dedicaban al robo de carros -por asalto o de estacionamientos- y al expendio de droga -por paquetes o por gramos-, llegó el mal momento para mi felicidad. Digo felicidad, porque con el dinero se compra, valores, conciencias, y buenos placeres.

Por un error, todo se me vino abajo, o, como, vulgarmente se dice: “Se me durmió el Diablo”. No pensé lo que me podía pasar, lo descubrí el momento en que perdí mi libertad.

Me cogieron preso y fui conducido a un cuarto pequeño, frío y lúgubre, llamado “calabozo” y en aquellos momentos se me venían a la mente todos los recuerdos vividos: los placeres, diversiones, mujeres, dinero, en medio de tanta gente y droga. Jamás pensé que algún día vendría a parar a este sitio, desde el cual escribo.

Así fue mi captura:

Detención por Agentes de la Interpol, en mi propia casa, acusado de vender droga o sea cocaína

Recuerdo muy bien, el día y la fecha en que fui detenido: era el jueves 6 de agosto de 1982, un día hermoso, hacía mucho calor y como

no tenía qué hacer en mi casa, me dediqué a tomar unas cervezas y a descansar, después de un largo viaje de Loja a Quito. Había ido a visitar y a cumplir una promesa de agradecimiento a la virgencita del Cisne.

Me encontraba en el patio de mi casa en compañía de amigos que también se dedicaban a la venta de cocaína y mi mujer, disfrutando de unos momentos felices. Derepente, una sorpresa, tan desagradable. Yo estaba sirviendo unos vasos de cerveza, cuando se paró un carro, color negro tipo automóvil y se bajaron unos tipos de terno, eran cuatro. Al verlos no me percaté que venían por mí y seguí tomando. Entraron a la casa y me dijeron “¡Quieto, hijo de puta, manos arriba y no te muevas, pon las manos en la nuca, estás detenido!”

Al oír lo que me decían los señores de terno me asusté muy feo y, de los nervios, casi me orino en los pantalones, ...no recuerdo muy bien, creo que en verdad me oriné del susto y al verme en esa situación tan mala, todos mis amigos, mi esposa y mi familia, se pusieron mal.

- ¿Qué les pasa, señores, porque lo tratan de esa forma? Ellos respondieron:
- Por favor, retírense o les detenemos igual que a este traficante. Eran agentes. Me patearon en el estómago y con la cacha del revolver me pegaban en la cabeza, sangré de inmediato y me arrodillé del dolor; me esposaron a la fuerza y al ver eso mis amigos y mi esposa se lanzaron sobre ellos y también recibieron golpes y gases y se quedaron gritando de rabia sin poder hacer nada para evitar mi captura.

Luego de esposarme me arrastraron fuera de mi casa, me subieron al carro y me llevaron preso, acusado de vender droga (cocaína); ya en el carro, me ponían gas en la boca, me daban puñetes en el estómago y veía como la sangre manchaba toda mi ropa: pantalón blanco de pana, camiseta café y unas botas concho de vino. Me decían:

- Al fin te cogimos, hijo de puta, marica, criminal, ya que con tu droga matas a mucha gente. Hoy te jodiste, nos tienes que entregar la cocaína y a la persona que te provee.
- Pero, ¿De que me acusan?, les preguntaba.

- ¡Ah, no sabes, chucha de tu madre, no sabes porque te cojemos preso!, ¡Ya vamos a ver si no hablas! Le tenemos al que tú le vendiste la droga y él nos indicó tu casa, por eso dimos contigo.

Y así continuaron dándome puñetes en la cara y al cabo de una hora sería llegué a la Interpol, abrieron la puerta principal, entró el carro al patio, bajaron ellos primero y luego me bajaron a mí, a punta de patadas en los huevos, y golpes en la espalda. Y, como para justificarse, dijeron: “quería fugarse”, pero era mentira. Me llevaron al “calabozo” - un cuarto pequeño y oscuro- y me encerraron en compañía de otros presos que se encontraban allí.

A mí no me sacaron las esposas y, más bien, me las ajustaron más para que no pueda zafarme y me duela mucho. Los agentes se marcharon riéndose de mi dolor.

Al verme encerrado y sintiendo todo mi cuerpo adolorido por los golpes en la cara, el gas en la boca, rota mi cabeza y sangrando... me arrepentía y maldecía que por mi propia culpa, haya perdido mi preciada libertad; y, aún sin comprender todo lo que me estaba pasando, pensaba en mi mujer: “¿qué le pasaría?, ¿le cojerán presa?, ¿qué le harán?, ¿mis amigos y compañeros de banda ya irían a decir lo que me paso?” Pues todo eso atormentaba mi mente y no tenía calma y decía entre mí: “¿saldré, o me quedaré?, ¿quién será el que me delató?” Todo eso no comprendía pero... me encontraba preso de verdad.

Detenido en los calabozos de Interpol, acusado de vender cocaína, me delató un muchacho al cual yo solía venderle siempre la droga

Cuando los agentes o “rayas” se marcharon dejándome en el calabozo con las esposas puestas y sangrando mi cabeza por las roturas, a punta de cachazos de revolver, se me acercaron los demás detenidos y me preguntaron:

- Pelado, ¿por qué bienes?. Del dolor que tenía, yo no podía responder nada y, al verme así, un señor sacó un pañuelo y me comenzó a limpiar la sangre que bajaba de las heridas que tenía en mi cabeza, hacia mi cara y como no había agua para lavarme,

otro detenido dijo: “orínenle en la herida para que deje de sangrar”. En verdad, me orinaron y al rato paró la sangre y me ayudaron a acomodarme, ya que tenía puestas las esposas con las manos en mi espalda y no podía moverme. Me dolía las patadas que me dieron en los huevos y en el estómago, me ardía mi boca y la garganta estaba quemada por el gas que me pusieron.

Pasé la noche con dolor y tenía miedo de todo, pero pensaba: “no me cogieron con nada, tengo que soportar todo y no delatar a mis jefes -o sea, aquellos con quienes trabajaba yo-. Es que cuando uno entra a la mafia se hace esa promesa y te mandan a matar si delatas. Quería que de una vez me investiguen, que me saquen la madre, pero “jamás hablaré nada”.

Llegaban a cada momento los agentes, pero no los que me capturaron, sino otros, y preguntaban:

- ¿cuál es el nuevo?
- Yo, les contestaba.
- Pues bien, ¡mañana hablamos, cabrón!

Esos rayas que entraban al calabozo nos pateaban las piernas y nos hacían hacer pucho, o sea, inflar la boca para de un puñete sacar nos el aire. Nos daban patadas en los testes, puñetes en el estómago. Andaban olor a licor o borrachos, y era a mí a quien más atormentaban, ya que sabían que fui detenido y acusado de vender grandes cantidades de cocaína; pero ellos no tenían evidencia en mi contra. Me cogieron por el mero hecho de que le encontraron al chico que trabajaba conmigo.

Toda esa noche no pude dormir ni estar tranquilo, pedía a Dios que amanezca rápido para ver que mismo me pasa en la gran investigación, quería saber cuál fue el que me delató.

Mis compañeros de calabozo, también estaban tensos y adoloridos, algunos rotos el brazo, -pero ya enyesados- a causa de las torturas, otros cortados el estómago para evitar más garrote, otros cortados el cuello y sangrando, pero los rayas, en las heridas nos ponían sal, ají o gas para vernos sufrir, mientras ellos se rían de nuestro sufrimiento.

Así es como tratan ellos a un preso.

El calabozo era un cuarto de 2 x 2 metros cuadrados, oscuro, frío, lúgubre y estrecho, donde no se puede extender los pies, amontonados; tenía una puerta de acero con una mirilla o hueco en la mitad, sin luz, peor agua para al menos poder tomar; si teníamos ganas de orinar pues lo hacíamos en unas botellas plásticas y si tienen ganas de hacer el “baño” lo haces en un periódico y todos tenemos que oler el excremento humano hasta que amanezca y se pueda botar.

Así es en cana.

Al día siguiente: dar datos para la ficha en Interpol y ver si es conocido o es primera vez que cae detenido

Llegó el otro día. Primeramente tomaron lista a todos los que nos encontrábamos presos y acusados de vender cocaína. Era el cambio de guardia o relevo de policías. Nos sacaron al patio y todos los rayas pasaban por nuestro lado, viéndonos y algunos nos daban un puñete o un patazo. Como pretexto, ellos decían: “¡qué me miras, hijo de puta, maricón, chucha de tu madre!” y ansiosos de masacrarnos a palos y reírse de nuestro dolor, nos pasaban revista, regresábamos al calabozo y ahí recién comenzaba las investigaciones de uno en uno.

Al cambio de guardia se dieron cuenta que yo estaba sangrando todavía y me sacaron a la enfermería y me cosieron las heridas de la cabeza. Tenía tres: una en la frente, otra en la corona y otra en la oreja.

Pero no me cosieron como a un ser humano, sino como un animal: con una aguja grande y con hilo de ropa y sin anestesia. Mientras me cosían más sangre me salía y chillaba de dolor y para que me calle me ponían gas en la boca y me cerraban con las manos de ellos y me asfixiaban. Para que no me sigan torturando, mordía duro mis dientes y al cabo de media hora sería, regresé al calabozo, de un patazo en la espalda me lanzaron contra el suelo y me caí de boca, ya que no podía poner las manos estando esposado y me rompí la boca. “¡Ya te sacamos a investigar -me fueron diciendo- irás pensando todo y a dónde nos vamos a cogerle a tu proveedor, haber si no hablas, cabrón! Les juro que si no hubiera estado esposado me lanzaba sobre ellos, para que vean que sí duele el maltrato que me daban. Y eso sólo era el comienzo, ya

que todavía no me investigaban de verdad.

Casi al cuarto día de permanecer en el calabozo durmiendo en el cemento, esposado y sin comer, con frío y sangrando llegó el momento:

Tortura cruel en Interpol

Llegaron los agentes en compañía del chico que me había delatado. En verdad, él me compraba la cocaína para vender por paquetes de 500 sucres cada uno, a los viciosos del barrio o gente de diferentes partes. Al muchacho lo vi bien estropeado, tenía los ojos rojos de tanto gas o, sería por llorar, y a los lados de sus ojos y la nariz, morado de los golpes que ha recibido, así también rota la boca y cosida y no podía hablar; como un mudo, me señalaba con el dedo o escribía en un papel que era yo el que le vendía la droga.

Los agentes, ante esas acusaciones solo movían la cabeza, se miraban de uno a otro y me daban unas patadas en las piernas.

Yo le comprendo al chico, ya que por las torturas que recibió, dio mi nombre e indicó donde quedaba mi casa. Los agentes le han dicho, si tú nos entregas al dueño de la mercancía te soltamos y te vas libre, y él, inocente, se ha creído todas las mentiras de los señores mal llamados agentes, y me delató. Cuando comprobaron que era yo al que el chico culpaba, se marcharon, diciéndome: “ya volvemos a matarte a palos cabrón, a ver si no nos dices con quién trabajas”. El chico que me delató quedó también preso, con los ojos morados, rota la boca y huellas del maltrato en todo el cuerpo. Desde aquella vez, no le he vuelto a ver; no se si vivirá o le habrán matado a golpes; a veces pienso que en verdad se fue libre, ya que corría peligro su vida en prisión, pues, yo le hubiera matado por delatarme, porque en la organización no se admite fallas peor a sapos, o sea, personas que delaten con quienes se trabaja uno.

Luego que los agentes se fueron del calabozo con el chico, me dijeron ya regresamos por ti chucha de tu Madre; en verdad así fue, al cabo de pocos minutos fui llevado a un cuarto del sótano, donde nadie oye lo que a uno le hacen y ellos salen como si no hubiera pasado nada malo.

En aquel cuarto había señales de sangre en la pared, dedos y pelos en el suelo y con sangre, zapatos y ropas viejas. Bien, al llegar a sitio

tan feo, me desvistieron totalmente -para mí solo, estaban los cuatro que me capturaron- me sacaron el cordón de un zapato, me amarraron los dedos pulgares, pues recién ahí me quitaron las esposas, me sangraba las muñecas y al verme así me ponían sal y de dolor, no miento, brincaba, me agachaba y allí decían: “tú si que has sido un bailarín, pues, hoy queremos que bailes y cantes todo, con quien trabajas y donde vive para cogerle preso y te soltamos”. Luego que estuve amarrado los pulgares pasaron una soga por encima de un palo cruzado de pared a pared, me subieron a un banco de unos 30 cm. de alto alzaron mis brazos, me amarraron la soga en las muñecas y me colgaron. Colgado como si fuera un puerco, me preguntaban:

- ¿Dónde tienes la droga?
- No tengo nada señor, yo no se de que me acusan
- ¡Ah, no sabes de que te acusan, maricón, chucha de tu madre..., ya vas hablar o te mueres!

Y comenzaron a columpiarme de un lado para otro y de un garrotazo en el estómago me paraban. En verdad, no aguantaba el dolor, sentía desmayarme. Se me colgaban de los pies como que querían zafarme los brazos y que quede inútil para toda la vida; pero yo, lo único que tenía en mente era no delatar a nadie porque no quiero que maten a mi familia ni a mi, sólo por eso supe aguantar como un varón

Como yo no decía nada, ellos cambiaron la forma de tortura, me bajaron de lo que estaba colgado y caí pesadamente al suelo, me quedé como muerto y al ver eso, los rayas, me echaban agua en la cara para que vuelva en mí y continuar el salvaje y mortal tormento, a palos.

Luego de eso, trajeron una tina con agua, pusieron gas y deja; me colgaron de los pies y comenzó el “sube y baja”: abajo metido la cabeza en el agua y colgado de los pies, con las manos atrás con las esposas, no podía defenderme; sentía que mis pulmones se reventaban, los ojos se me salían, las orejas me estallaban, y mi desesperación era muy, pero muy grande. Me sacaban un rato la cabeza del agua y me decían: ¿ya vas a decir donde tienes la droga, o que?” Yo contentaba: no tengo nada, no sé de que me hablan, y se morían de iras y querían matarme por no hablar.

Como yo no decía nada, me ponían gas en la boca y en los ojos, me metían al agua. Yo sentía morirme y de la desesperación sacudía mi cabeza dentro del agua, me pateaban en el estómago me salía sangre de las heridas de mi cabeza, pero yo, nada. Los agentes se morían de iras. Uno de ellos gritaba: “ya sáquenle a este chucha de la madre, maricón” y otro: “hijo de puta ayúdanos para cogerle al duro y te vas libre” Pero yo, no respondía. Luego dijeron: “hoy te haremos hablar..., si mejores que tú lo han dicho y tú no quieres decir nada”. Me apalearon, me pisaron el estómago, me halaban la nariz, los oídos, y por último me pegaron un patazo en el estómago, y creo que perdí el sentido y no supe más de mí. Me desperté al momento que oí unas voces, pero que no podía entender lo que decían; era otro preso para investigarlo, querían que yo vea cómo lo hacen y tenga miedo y así diga la verdad. Les cuento más o menos como fue la tortura de ese preso en el sótano:

Tortura a otro detenido por droga en el Sótano o camal de hombres vivos

Al Cabo de una media hora sería, que me he quedado tendido en el suelo, llega un hombre gordo, alto, de acento mexicano, con su hija de unos 13 años más o menos, para ser investigado, por llevar droga al exterior. Lo cogieron detenido en el aeropuerto de Quito. Como yo no tenía nada que ver en ese delito, solo miraría las torturas que iban hacerle a él y a su hija. Primero lo colgaron al gordo, así mismo, de sus dedos pulgares y cuando estuvo colgado, él chillaba de dolor, con el peso de su cuerpo, sus dedos se zafaron y cayó al suelo pesadamente, al ver la hija lo que le hacían a su padre, se les lanzo contra ellos, los agentes le dieron dos puñetes y la chica cayó al suelo.

Viendo que el gordo no pudo aguantar la colgada, le pusieron una funda de plástico negra y gruesa en la cabeza, la llenaron de gas y la sellaron con un cordón en su cuello. Tal era la desesperación que tenía que se daba contra el suelo ya que no podía zafarse la funda porque tenía las manos esposadas, a la espalda.

Cuando le sacaron la funda se lo veía asustado y parecía que de sus ojos brotaban llamas y no podía gritar por la asfixia que tenía, y como no podía hablar o no quería decirles nada, le amenazaron con co-

gerle a su hija para investigala y así fue. La desvistieron, tenía un bonito cuerpo, y ya totalmente desnuda los agentes le manoseaban los senos, el cuello, la espalda y su vagina y el padre al ver eso dijo: “¡déjenla malditos!”. Para que se calle, le pegaron un patazo en el estómago y quedó tendido en el suelo. Yo miraba todo. Luego de tocarla a la chica y ver que era bonita le decían: “me gustas, ojalá tu padre colabore y sales libre”... “oye panzón danos a tu hija y te dejamos libre, le gritaron los raras”. Le pusieron, agua en todo su cuerpo, trajo un agente unos alambres de luz, los conectaron en un toma corriente y le pusieron a la chica en los senos, yo miraba como le sacudía la corriente, brincaba y se desmayó de la fuerza de la electricidad. Al ver ese castigo y todo lo que los agentes hacían a su hija, el gordo habló: “esté bien, dejen a mi hija, yo soy el culpable, les voy a llevar a entregar la cocaína pero manden libre a mi hija” y, en verdad, así fue; hablaron con el gordo y todo acabó.

Yo al ver cómo le hicieron a la chica me decía “yo no aguanto tampoco eso, ahí si les digo la verdad”. Los agentes se fueron con los detenidos y a mi me dijeron: “tu no has visto nada chucha de tu madre y ya vamos a ver si no nos dices donde está tu proveedor y tu droga” y me quedé solo en el sótano, y me ponía a pensar: si les llevo a donde mis patronos, ellos me matan, si no los llevo también, mejor me aguanto lo mío sea lo que sea y tengo viva a mi familia y así fue que vi y sentí las torturas en carne propia.

Mas luego, bajó el clase de llaves al sótano, trajo mi ropa y a otros dos presos para que me suban al calabozo, me ayudaron a vestir y subí con ellos, el clase de llaves me dijo: “mira, dijeron que mañana vienen por ti, mejor diles la verdad para que te ayuden y no te maltraten”. Yo le respondí: pero si no tengo nada que ver y no se de que me acusan. “Está bien, dijo el clase, allá tú con tu conciencia. Sube.”

Nuevamente en el calabozo, luego de la primera investigación por vender Cocaína

Después que me investigaron y me dieron una tunda me subieron al calabozo. Claro, me seguía saliendo mucha sangre de las heridas de mi cabeza. Los otros presos se condolían de ver todo mi cuerpo una lástima, apaleado olor a gas, roto el hocico, el estómago hinchado y ro-

jo de tanto palo, los pies también hinchados, las manos... y los pulgares. Al ver todo ese maltrato me ayudaban y me ponían un poco de mentol...” ¡y eso que no te han pegado mucho! -me decían- solo lo suficiente”. Y les dije: esto no es suficiente y ellos aseguraban “falta lo peor”. Me acordé de la investigación al gordo y su hija y me callé y así pasé esa noche, me quedé dormido del dolor y tenía que esperar al día siguiente que vengan los agentes o cerdos como se les dice vulgarmente a esos cobardes, por el motivo que aquí lo investigan a palos y con torturas inhumanas, en el sótano del mal llamado Interpol. Al fin, sólo tuve un momento de descanso para recibir palo al día siguiente, ya que no les llevé a donde mi patrón que era el que me daba la cocaína.

Los rayas dijeron que me iban a llevar para que les diga donde vive pero todo eso era en vano, porque antes que entrar a la casa de ellos con los rayas me podían matar a mí y a toda mi familia, así pasé la primera garrotiza. En mi mente tenía una venganza tan grande, que quería tenerle cerca al “sapo” para matarle, ya que me hizo coger preso y, para que no suceda eso, los agentes decidieron mejor mandarle libre, por haberme hecho coger a mí. Bien, así pasó y ahora viene lo bueno:

Nueva investigación para llevarles a entregar la droga y al que me provee de cocaína

Luego de los maltratos que me dieron, pedí permiso para irme al baño, ya que tenía ganas de “hacer el baño”, pero yo pujaba y no me salía nada, sólo orinaba; pero, qué iba hacer sino he comido nada y en verdad, tenía mucha hambre, sed y ganas dormir bien como solía hacerlo. Pero, decía en mi mente: “¿que le pasaría a mi mujer?, ¿le cogerían?, ¿le pegarían?”; todo eso me atormentaba y no tenía un poco de sosiego conmigo mismo. Claro, yo decía: como yo no me hago cargo de nada puedo salir libre y reunirme de nuevo con mis seres queridos. Pero eso resultó imposible y fui a parar a la cárcel.

Ese día, como siempre, primero la lista y los insultos de todos los rayas a pesar de que habíamos solamente unas seis personas detenidas. Terminada la lista me sacaron de la fila con rumbo al patio general y pidieron permiso al superior para llevarme a traer la droga. El momento que se disponían a llevarme en el carro, les dije: miren jefecitos yo no

los conozco a los que me daban la droga, yo traía de Colombia para vender aquí, cuando ellos oyeron esas palabras, se enfurecieron y me pegaron en la cara un puñete y sangré. Patadas, cachazos y de retorno al sótano. Me decían: “ahora sí te matamos hijo de puta, cabrón, por mentirnos todo”. Esa fue mi última declaración por la razón de que el jefe de ellos, ordenó que se me hagan los informes y que quiere saber todo lo dicho.

En el sótano me pegaron en los testes, me volvieron a colgar de los dedos, gas en la boca, en los ojos, corriente en las tetillas, en los pies, funda de gas, funda de agua... o sea, me querían matar de verdad. Yo al recibir todo ese castigo me había desmayado y no supe de mí. Al cabo de un rato llegó, como enviado de Dios, el jefe de ellos y se admiró de los maltratos. “¿cómo es posible que le hagan así?” y ellos respondieron: “Señor no quiere entregar la droga”, yo le dije: señor, yo traigo la droga de Colombia, pero cuando me detuvieron, ya no tenía nada en mi poder, solamente que un chico adicto les dijo que yo vendía, y fui traído de mi casa hace cinco días. Al oír eso el jefe de ellos les ordenó que suban a la oficina y que a mí me lleven al calabozo.

Me subieron cargando en brazos ya que no podía caminar, por la garrotiza que me dieron. Me hirieron mi pierna, casi me revientan los pulmones, dándome palo, gas en funda y para que no quede huellas en el cuerpo me ponían una cobija mojada. Uno se puede morir pero no se ven los golpes. A mí, empero, se me notaba todo: tres roturas de cabeza, la pierna lisiada el tabique roto, los ojos morados, las muñecas sangrando, por las esposas, los pulgares amortiguados, como que no eran míos, y no podía ver bien de la hinchazón de los ojos. Así pasé las investigaciones de interpol. No llevé a nadie pero entregué mi sangre y mi vida a cambio de mi lealtad.

Llegó el momento de hacerme los informes y lo primero que vieron es si tenía antecedentes. Pues no los tenía, era la primera vez que estaba preso. Lo curioso es que ellos mismos, o sea los agentes, me pusieron la droga como evidencia y me mandaron a la cárcel. Así constaba en el informe.

Fui conducido a la cárcel de varones luego de permanecer en Interpol por un lapso de seis días y, acusado de vender droga, me pusieron como evidencia la cantidad de 380 gramos de base de cocaína, to-

do por venganza, ya que no les di dinero y peor entregarles droga y a los que me la daban para vender. “Hoy te mandamos a la cárcel para que te pudras, hijo de puta, cabrón ya que tú no te vas a burlar de nosotros, si por tu lealtad te tragas, te harán maricón si tú no te puedes defender, acuérdate de mis palabras, me decía un tipo mal encarado, hecho el agente de interpol. Son hombres como uno y lo humillan a palos y a eso llaman investigación, en la Interpol.

Llegada a la cárcel luego de estar en Interpol siete días que duro la investigación

Cuando terminaron las investigaciones y los maltratos por parte de los agentes de interpol y, gracias al jefe de ellos que les encontró dándome con un palo en el pulmón y olor a gas, sangrando por todas las heridas, me hicieron el informe, para luego ser llevado a la cárcel

Los siete largos y duros días que pasé en el calabozo de la Interpol, fueron para mí, como un castigo “por las soberbias y por hacerme el creído cuando me encontraba integrando la banda de roba-carros y narcotráfico”, me decía. Pero el orgullo que me llevo y llevaré siempre -aunque ya no pertenezco a ninguna banda- es que jamás delaté a nadie, peor hacerles coger a mis amigos, que me ayudaron a tener casa, dinero, placeres y conocer varias partes. Tenía en mente que debo saber sobrellevar y aguantar todo lo que venga. Todo eso iba pensando en el camino, desde que salí de la Interpol a la cárcel.

Una hora después llegué a la cárcel. El carro se estacionó en la calle y bajó primero el raya, luego me bajaron a mí; medio patojo comencé a subir unas 40 gradas, en el camino de subida se me fueron las lágrimas el ver mi ropa, mi camisa, mis botas, llenas de sangre y me ponía a pensar: “jamás he estado en estas condiciones, pero así ha sido la vida”. Y, sin tener evidencia fui a pagar una larga condena, pero solo, sin delatar a nadie, esa es mi mejor prueba lealtad.

Estando frente a la puerta de ingreso de la cárcel, la gente me miraba con pena. Entré. Los rayas dieron un papel con los informes, firmaron y quedé en la cárcel. Cuando se marcharon quedé tranquilo, sin tener que verles más la puta cara. Conversé con dos guías de la cárcel, ellos me ayudaron, ya que era un día Viernes de noche y no estaban las

personas que atienden en las oficinas. Los guías fueron tan buenos conmigo -talvez por las evidencias del maltrato o de saber que ingreso por grandes cantidades de cocaína-, me preguntaron si tengo familia, a lo que respondí: sí, pero no sé de ellos desde hace siete días. “Pero si te han dado bien duro -me decían- y, ¿cuantos estaban presos?”

- Sólo yo Señor, respondí.
- Bien, entonces te han de ayudar, me dijeron
- No sé Señor.

Uno de los guías, flaquito y pequeño, me prestó un pantalón y una camiseta y dio mi ropa para que laven. Yo le agradecí mucho por el gesto y le regalé una cadena como recompensa, al otro, le di mi reloj.

Me facilitaron un teléfono y me pude comunicar con mi esposa, al oír mi voz ella se puso a llorar. Pregunté si mi jefe sabe de lo mío y dijo: “Sí, y dónde estás? En la cárcel -respondí- me trajeron ahorita, necesito ropa, comida y dinero.

Mi esposa llegó a las dos horas, trayéndome lo que le pedí, y los guías le dejaron entrar, ya que el uno era el jefe de guías; pero me tocó darles un dinero a los ocho guías para que se queden fríos y no digan nada.

Me bañé y me cambié de ropa, comí y me despedí de mi mujer. Luego de eso, los guías me subieron al cuarto de observación donde se encuentran todos los nuevos, habían unas 10 personas y camas suficientes para uno dormir, con colchón y cobijas, ya que mi mujer me las trajo. Así pasé el primer día en la cárcel, y tenía que esperar a que vengan los de la oficina y vean dónde me ubican.

Preso por vender cocaína.- Experiencias como novato en la cárcel

Muy bien, después que llegué al cuarto, me he quedado bien dormido, no sentí nada, por la garrotiza, el dolor y el mucho sueño. Dormí bien aunque sea en prisión, sin ver a esos cerdos maricas que a uno lo tratan como les da la gana, como si ellos no fueran humanos. Me desperté al rato que me nombraron “Víctor”.

- Sí Señor, respondí. Era la lista que tomaban, pero era muy diferente, todo cambiado, tomaban lista en las camas y tenían otro trato con nosotros. luego de esto llegaron unos negros a joder a la celda. Gritaban, insultaban y pedían cosas sea de comer o dinero. Y como me vieron nuevo se me prendieron, me amenazaban, me tiraban cáscaras de naranja, me decían: “ya verás marica, regálame tus zapatos, tu camisa”, pero yo no les di nada. “Ya has de salir y vas a ver... ¡te mueres chucha madre!”. A mí me dolía cuando le nombraban a mi madre y así peleaba todos los días con esos negros hediondos y batracios que eran.

Al los tres días, me encontré con un Colombiano conocido mío, que también trabajaba con mi jefe, pero en Colombia; saludó y me preguntó porque estoy allí y le conté. Desde ese momento, todo cambió para mí, ya que tenía con quien conversar; me enseñó como se tiene que comportar y que se tiene que hacer para tener dinero. Pero yo siempre tenía líos con ese negro, porque no le regalo mis zapatos. Me daba de puñetes, pero el negro me sacaba cuchillo y en verdad, yo no lo sabía manejar, lo que sí sabía era armas de fuego de todo tipo. Y ya no era el único que jodía sino ocho negros y querían verme las huevas, como vulgarmente se dice en cana. Mi amigo me recomendó: “pelea, o te verán las huevas a cada rato”, y en verdad fue así. Un día amanecí mal dormido y me acordé de todo: hoy me desquito con el negro maricón, me saca la puta madre o le pego yo. Y, así mismo vino a molestarme, era un día de visita y me encontraba con mi esposa, llegó a amenazarme y salí, sin pensar dos veces, le pegué un garrotazo en la espalda, otro en las piernas y le rompí la cabeza y el hocico y desde entonces todo cambio y ninguno me jodió, ya que me paré y fui aprendiendo las mañas de cana. Me enseñaron a manejar cuchillo y a pelear.

Así es la vida en cana: aprendí a tener negocios y conseguir dinero. les cuento todo. Va así:

Visitas en la Cárcel

Pues bien en la cárcel las visitas eran los días Miércoles, Sábado y Domingos pues para mí era tan diferente, miraba como tanta gente vi-

vía encerrada y acusada por diferentes delitos y sólo cuando había visitas, la cárcel pasaba alegre: con música, mujeres de la vida que venían a tener sexo con los presos y cobraban cinco sucres “el polvo”. Habían diferentes negocios, tiendas, bares de comida, pero lo que me cogió de sorpresa era el negocio de la droga: mariguana, paquetes de base de cocaína, solución, pepas... Yo sólo miraba y comentaba con Luis, el muchacho que también trabajaba con nosotros. Desde ahí fui aprendiendo los negocios ilícitos dentro de la cárcel; también existía licor. Las botellas chicas de Cristal entonces costaba unos 50 sucres. Yo consumía mucho licor, me emborrachaba y hacía problemas a los demás compañeros de prisión. y recuerdo muy bien lo que me pasó por tomar licor y en compañía de Luis y otros muchachos que se dedicaban a la venta de droga y licor, dentro de prisión. Fue así más o menos:

Primer castigo en Prisión

Bien, mi primer castigo consistió en mandarme al calabozo por haber tomado mucho licor y porque me encontraron fumando una paqueta de cocaína. En verdad nunca fumaba droga, pero todo fue por ver como era y que reacción se tenía. A mí me produjo vómito y diarrea “muerte blanca” se llama. Quede pálido y me desmayé. Fue mi primera experiencia y desde entonces jamás quería volver a fumar porque ya conocía los efectos y sabía que es dañino para la salud de los seres humanos. Pero el vicio lo gana a uno, y por eso, muchas veces se comete errores: se vende las cosas que le traen, se roba, se apuñala por conseguir dinero y comprarla, porque así como es malo, también es bueno, es un tranquilizante y ayuda a pagar la condena y acostumbrarse a vivir en ese ambiente, rodeado de odio, rencor, miedo, furia y con ganas de fugarse de prisión.

Salí del castigo a los ocho días y no volví a cometer mas líos para que no me castiguen de nuevo. Un día le pedí a mi mujer, Ruth, que me trajera un poco de cocaína, para ponerme a vender en prisión y de ese modo sacar dinero y mantener mi hogar.

Aunque la organización me daba todo, yo me acostumbré a vender droga también. Así logré que me respeten. Claro, no niego que por cobrar mi dinero de la droga que fiaba, cuando no me pagaban, les ga-

rroteaba y les apuñalaba. Comencé a formar un grupo que vendía droga y licor. Claro, y no es negar ni tampoco delatar, pero la familia de uno jamás mete esos narcóticos: son los mismos que nos cuidan y mantienen el orden carcelario. Eso todo el mundo lo sabe. En toda cárcel existe droga. Cuando ésta falta, hay peleas, apuñalados y hasta muertes, Es mejor que la gente fume y tome licor y no piense en irse de la cárcel, ya que los guías quedan presos cuando hay una fuga, sean o no sean ellos quienes hayan ayudado. Así es como se pasa en prisión y los negocios que ahí existen.

Así siguió pasando el tiempo y yo comencé a tener negocios de comida, bebida y venta de droga. En sí, yo quería fugarme en compañía de un Señor que era experto en fugas, se llama Juan. Logré hacer amistad con él y todo marchaba de lo mejor, pero las autoridades, se dieron cuenta que se planificaba una fuga y nos trasladaron al Penal García Moreno, después de pasar cinco meses en la cárcel y de lo mejor: tenía dinero y como picardía, otra chica, sin que mi mujer se dé cuenta para que no arme líos y le saque la puta madre. Yo todo hacía con precaución, ya que esta chica era bonita también, eso no quiere decir que mi mujer fuera fea, sino que tenía algo que me atraía, tenía buenas curvas y unas tetas como loca y andaba como chabacana y eso me enloquecía, pero jamás me armo un relajo, ella venía cuando yo le llamaba ya que venía mi mujer a verme, y no podía hacerle a un lado a mi compañera, mujer y amiga a la vez, y jamás le podía cambiar por una mujer que solo le tenía como entretenimiento nada más.

Trasladado de la Cárcel al Penal por querer fugarme con ocho compañeros

Me subieron en compañía de ocho compañeros que estaban presos por diferentes causas y querían fugarse eran: Juan, Cayetas, Repe, Narizón, El Cuencano, El Boliviano, El Mocho y El Diablo.

Bueno nosotros, fuimos trasladados en un carro de la policía y bien resguardados, como peligrosos que éramos, acusados, de droga, crímenes y asaltos, etc.

Primeramente llegamos al calabozo del Penal, en calidad de castigados por mala conducta

En primer lugar, cuando llegamos, nos llevaron al fondo del Penal, donde existía un patio, unas lavanderías y unos cuartos oscuros llamados calabozos.

Nos pusieron uno en cada celda, ya que habían como 20 calabozos, nos pusieron candado y se marcharon. Todo eso era una costumbre que tenían: todo nuevo que llega, va al calabozo y eso me pasó a mí.

Bueno, yo no sabía como eran en el penal, pero en verdad, tenía un poco de miedo, era muy diferente de la cárcel, ya que existían gente sentenciada a largos años. Habían negros, cholos, mestizos, indios, gringos, abogados, doctores y maricones vestidos de mujer. Por todo eso era diferente, como estar en otro mundo.

Al fin llegó el día siguiente. El desayuno lo traían los cocineros, a unos daban bastante a otros poco, si querían nos daban el pan o se llevaban; pero a Juan ya lo conocían y le tenían respeto porque el ya había vivido antes ahí y se había fugado. También por eso yo tuve más amistad con él y trabajé en todo y me fue de lo mejor, aprendí cosas que nunca se sabe cuando se esté libre. Aprendí a vivir, ver y callar lo que sea porque aquí no aguantan paro y matan ya que algunos no tienen por quien vivir: pues al fin cumplí el tiempo de castigo y me ubicaron en el pabellón "D".

Me olvidaba. Había una piscina, que era de castigo, en ella se orinaban, botaban mierda en las noches, porque no había baños en los cuartos, y es más, era fúnebre estar ahí las noche, se oía gritos de dolor y el palo sonaba y antes pues los guías del penal eran bien malditos, y no tenían compasión de nosotros; eran bien estrictos, pero así como en la cárcel, había droga, licor, mujeres; putas, maricones ladrones etc. y con más libertad de tomar, porque tú te encerrabas en tu celda y hacías lo que querías.

En el Penal pasé un mes sin visitas pero luego tuve una buena sorpresa y felicidad para mí.

Recibo visitas en el Penal

Luego de seguir mi vida solo y con el pensamiento de haber tenido mucho dinero, comidas finas, licores, al verme sin nadie con quien contar lo que me suscitaba, al fin un día domingo de visita que me encontraba jugando un partido de boly -ya que éste es mi deporte preferido- fui llamado por un pasador, por mi propio nombre. Pedí un medio tiempo y fui a ver quien era que venía a visitarme. “Si ya es demasiado tiempo, ¿quien será?” me preguntaba; me fui acercando al centro del penal -la bomba, le llamaban-, donde estaba la puerta principal y mi sorpresa fue tan grande: ¡Eran Bolívar y Ruth! Pues, no pude aguantarme, se me fueron las lágrimas de alegría y, enseguida, los llevé a donde me ubicaron y vivía con unos chicos, en el primer piso del pabellón “D”, celda No. 7.

Entraron y lo primero que dije fue:

- Bolívar ¿por qué me abandonaron ustedes?
- No te hemos dejado botado -respondió- John está contigo y está dispuesto ayudarte en todo, sea lo que sea. Mira, por ejemplo, si tú puedes hablar para que te ayuden a fugarte, él puede pagar lo que sea.
- Está bien y les agradezco por todo.
Bien, luego de esa conversación, Bolívar dijo:
- Mira Vítor, nosotros sabemos lo que te pasó y como te cogieron preso. John y Alberto están agradecidos de ti, por saber aguantar la investigación tan dura que te han hecho; pero el orgullo que tenemos es que tú jamás nos delataste y por eso tú tienes el respaldo y apoyo de todos. La causa de no venir a verte es que nos fuimos de aquí, por la razón de que tal vez tú no aguantaras el palo y delataras, pero todo ha sido diferente y desde hoy en adelante, estaremos junto a ti. Puedes contar con nosotros, tenlo por seguro.
- Gracias, le respondí.
- No te preocupes. Ruth y Marco nos contaron todo, que estuvieron tomando en casa..., bueno mejor no sigamos y conversemos de otra cosa.

Así fue. Estando los tres en la celda, mandamos a comprar un licor y tomamos por la felicidad, cuando acabamos, se me despidieron Bolívar y Ruth. Claro, me trajeron ropa, compras y me dejaron un dinero.

Al irse mi visita, yo me quedé tranquilo y regresé a seguir jugando y me di cuenta que todavía valgo para la organización y desde ese momento todo cambió. Quería conseguir mi libertad.

Compro un negocio en el Penal: una tienda tipo micromercado que pertenecía a la institución carcelaria

Al pasar más o menos un mes y tener visitas seguidas, yo pido de favor me den un dinero para comprar una tienda que pertenecía al penal. El dueño se fue de quiebra y querían vender todo lo que había en dicho micromercado. Era grande, tenía una dimensión de 40 metros cuadrados, tenía dos refrigeradoras, una vitrina de pan, horno, cafetería y víveres. Pedían mucho dinero y como yo tenía posibilidades, mi amigo Juan me pide que compre, para aparentar y así lograr una fuga.

Oyendo eso, converso con mi familia y compré. Vendía de todo y cambió mi tipo de vida. Aunque estaba preso, desde que vinieron a verme, todo era diferente: amigos contactos, préstamos, mujeres, bailes, diversiones placeres, y teniendo la tienda, pues, les fui conociendo a los guías corruptos, o sea, a los que meten el licor en cantidades grandes, así como también la droga al penal. Pues les voy a contar, más o menos esto y ojalá sepan entender. Mi tienda estaba en el mismo penal y tenía de todo: víveres, helados, pan, café (y ese negocio era para aparentar los negocios ilícitos que yo tenía), como la venta de cocaína, marihuana, licor, pepas. Claro que tenía problemas con otros compañeros que vendían lo mismo -en este negocio existe competencia- pero como me llevaba muy bien con Juan, él me explicó como tengo que hacer los negocios, cómo se refila a los guías, donde se guarda cuando va haber requisa de armas, o sea cuchillos, trago, licor, droga... y muchas veces, por no dejarme encontrar botaba todo.

Así es como se sobrevive en cana.

Caletas para guardar Cuchillos, licor y cocaína cuando haya las requisas de la policía y guías del Penal

Bueno, les enseño como se guardaba y en donde:

Lo que me valía mucho, como la cocaína, marihuana, licor, que eran un negocio que dejaba buenas utilidades, -ya que en el penal existe dinero, por haber mucha gente de posibilidades-, guardaba en unas caletas que los construía donde nadie se daba cuenta.

Como yo vendía la droga desde cuando estaba libre, no me causaba admiración y podía sobrevivir y mantener a mi mujer -ella no tenía hijos, pero mi anhelo si era tener un crío que llevara mi nombre-. Así siguió pasando el tiempo, tenía mis visitas sin fallarme y en principal dinero, con que podía comprar lo que yo quería y hasta regalar a los guías.

Ellos sabían que yo vendía droga, pero a pesar de yo darles dinero, como pagando el permiso de vender, algunos guías no lo recibían y cuando a uno lo agarraban con “polvo” o licor. Le hacían “el parte” y lo mandaban al castigo y demoraba algún tiempo para salir libre, aun ganando el juicio.

Pasó el tiempo y eran ya como ocho meses de estar preso y mi angustia era salir libre y vengarme del chico que me delató. Quería matar a ese chucha de la madre, por ser un “sapo” y avisar donde yo vivía. Todo eso me atormentaba y me consumía y empecé buscar mi libertad. Conversé con Juan, que era el experto en fugas y planeamos una. Juan, me ayudaba a vender la droga en el micromercado y así nos fuimos conociendo mejor. éramos buenos amigos, como si fuéramos hermanos, me llegaron a querer su madre y toda su familia, y mi visita se llevaba bien con él. Nosotros hablamos con otros presos que también querían fugarse y lo planificamos de una manera muy discreta, sin dar sospecha de lo que íbamos hacer.

Para consumir la fuga, primeramente, nos dedicamos a vigilar todos los movimientos de los guías y policías del penal

Luego de ponernos de acuerdo para fugarnos, conversé con mi jefe de organización sobre el asunto, él nos dio todas las facilidades y lo que necesitábamos para lograr irnos. A mi jefe no le importaba que se

fuguen 8 o 20, lo que quería es verme a mí libre, ya que yo jamás delaté a nadie y me aguanté como un varón todos los maltratos y humillaciones de los llamados agentes de interpol.

Les cuento como fue que hacíamos para ver a los guías todos sus movimientos y también a los policías cuando cambiaban de guardia, en el penal:

Al cabo de unos dos meses, me dedique a mirar todos los movimientos de los guías, por ejemplo: habían tres patios grandes, en el uno había una cancha de fútbol y boly, en el otro estaban los talleres, debajo de la cocina, y en el fondo, o sea, atrás del pabellón “B” el punto de fuga. Ahí, los guías no cuidaban mucho, por la razón de que habían puro mayor y sapos trabajando y por eso, les mandaban a los guías viejos o antiguos y ellos, pues, se dormían sentados y descuidaban las mallas. Esa era la única y buena oportunidad para fugarnos del penal.

El penal está conformado por cinco pabellones: Casi a la entrada principal, el “A”, a continuación el “B” luego el “C”, el “D” en el cual yo vivía y por último el “E”: Claro que los ocho que íbamos a fugarnos vivían en esos pabellones. Así:

Juan, el jefe, en el pabellón “C”; Cayetas vivía en el pabellón “D”, Repe, en “A”,

Narizón, también en el “A”, El Cuencano en el “D” El Boliviano y El Diablo en el “C” y, El Mocho, en el “B”

Pues bien, cada uno de nosotros, tenía una misión: ver que tiempo se demoran en el cambio de guardia los policías, o sea, en salir de la garita a la calle. Se demoraban unos 10 minutos y en regresar el relevo, cinco. En total teníamos unos 15 minutos para fugarnos, haciendo bien las cosas. Uno se podía fugar a cualquier hora: a las siete de la mañana, a las doce del día, o a las seis de la tarde. Nosotros escogimos la mejor: a las seis de la tarde, puesto que los policías nunca esperaban que sea las seis, para irse. A las cinco y media, ellos cogían su fusil y salían de la garita, lo mismo hacían los policías que cuidaban la terraza y eran los de sombrero grande, o sea, los rurales.

Pues bien. Mi familia también vigilaba desde afuera y tenía muy bien calculada la fuga. Era Semana Santa -3 de Abril de 1983- cuando brincamos la malla. Nosotros teníamos cortados unos palitos pequeños, para hacer una escalera de helicóptero, unos palos con tornillos, y

unos ganchos. Juan era el encargado de poner la escalera y fugarnos. Tal como teníamos planeado, unos días antes yo discutí con mi mujer, delante de los guías y le dije que nunca más venga a verme, pero todo eso era una farsa, para que los guías no sospechen de mi fuga, y así pasé quince días solo y me ponía a tomar licor, para que vean los guías mi despecho y no me tomen en cuenta. Y, al cabo de una semana más logramos fugarnos y así acabó mi sufrimiento en el penal. Los fugados éramos ocho presos, acusados por muerte, droga, asaltos y, con sentencias de 8, 12 y 16 años.

Primera fuga del Penal. La realizamos en menos de 10 minutos

La fuga la logré al año de permanecer detenido por el delito de vender droga en la calle.

Como siempre, yo permanecía en el micromercado, pero todos teníamos las cosas para fugarnos y cada uno sabía qué hacer, yo encargué el negocio a un amigo, y fui a pasar lista en la bomba o patio donde se ponían los guías y anotaban el nombre, ellos no veían si era o no el que contestaba, lo único que hacían era poner una raya en el número y basta. Todo eso nos ayudaba. Pagamos ese día para que nos den diciendo el número y aprovechamos esa media hora. Nos quedamos escondidos en los talleres del pabellón “B” y cuando vimos a los policías irse y a nuestra familia alzar una bandera de color blanco -eso era que todo estaba en paz y podíamos subir la malla- nos fuimos. Primero armamos un palo largo con tornillos, luego colocamos un gancho. Juan era el encargado de enganchar en la malla y así lo hizo. Yo tenía miedo y quería salir corriendo. “A que hora nos encuentran subiendo, nos matan, o alguien avisa que estábamos en el taller escondidos, o nos llaman...” todo eso me preocupaba y sudaba de los nervios, pero Dios nos ayudó y logramos subir la escalera y cortar las mallas con una cizalla que teníamos escondida y que la entramos en piezas para luego utilizarla en la fuga. Uno a uno iba saltando. El primero fue Juan, como conocedor del camino, sabía como subir el monte; luego fui yo, y así saltaron todos. Cada quien tenía que irse por donde pueda. Así era el trato. Solo el Juan tenía que ir conmigo y recibir un dinero por ayudarme a fugar.

Así logré mi libertad, ese 3 de Abril, a las cinco y veinte de la tarde.

Estando en la calle, luego de fugar del Penal”

En verdad, luego de brincar la malla y con una desesperación de fugitivos y delincuentes, esperamos que sean las cinco y media de la tarde para huir de aquel lugar, tan odiado y feo. Saltamos la malla y trepé la cuesta de yerbas o el monte, como un venado asustado, casi a media cuesta se oyeron, tiros y gritos: “¡Se fugan, se fugan los ladrones!” Claro, como había casas arriba del penal y no era tan noche, se veía todo. A oír esos gritos, los policías dieron voz de alarma y sonó la sirena. Los policías por un lado, los guías por otro en la terraza, los sapos mirando, las viejas gritando y yo corriendo; me enredaba en las chicas, se me rompió el pantalón, se me cayó un zapato y, por gritar, se me cayeron mis dientes postizos, se me ataban los pies, pero mi gente me esperaba. Cada quien corría como podía: A unos compañeros los cogieron, otros gritaban: “¡Corran muchachos, corran, no se dejen coger, lárquense los zapatos!” Era mi desesperación tan grande, pero logré subir la cuesta, sin zapatos, lastimado por las espinas, me daban bala, yo me agachaba, me brincaba, me escondía, y me pasaban rozando; una me lastimó un poco la pierna pero al fin logré coronar la cuesta y mi gente me esperaba, listos para defenderme y dar bala si era necesario, pero jamás dejarme atrapar de nuevo y volver a prisión.

Fue así: La policía subía en patrulleros por un lado y los guías seguían disparando por otro; pero yo logré subirme al carro de mi jefe, cogí una ametralladora y comencé a disparar al aire y a los chapas los hice esconder, unos cayeron por la ladera, otros en los matorrales y aprovechando eso salimos a toda velocidad con rumbo a casa. En el carro estábamos Bolívar, Juan, Luis y mi persona, todos bien armados - hasta los dientes- como acostumbrábamos dentro de la banda. De la desesperación no me di cuenta si Juan, le cogerían o no, pero el sabía un número de teléfono y me podía llamar para entregarle el dinero que yo le prometí a cambio de la fuga.

A pesar de haber pasado un año fuera de mi casa y de quienes eran mis amigos, sentía una alegría tan grande y lloré de emoción, de miedo, de angustia y de saber que logré estar libre, aunque sea fugando, pero ese era mi propósito y llegué a casa de mi patrón y me puse a contarle todo, desde el momento que me cogieron preso.

Conversación con mi patrón, en su residencia, acerca de mi detención y cuáles fueron los motivos

Después de haber fugado del penal en compañía de otros internos, dando bala y con el riesgo de que me recapturen, por culpa de los gritos de las viejas, los guías y policías, logré llegar a la mansión de mi patrón, en un lugar alejado de la ciudad.

En la puerta de metal color negro, dos guardias, que le conocían a Bolívar, nos abrieron y entramos. Todo era diferente, no conocía esta propiedad. Era muy grande y hermosa. Bajamos del carro, subimos unas diez gradas y en otra puerta también habían dos personas armadas. Entramos y nos sentamos en la sala. Bolívar llamó por teléfono y comunicó que yo, Víctor, me encontraba en su residencia y que todo salió bien y con felicidad, “pero sólo llegó Víctor, de Juan no sabemos si logró fugar o le cogieron... Así es Patrón”. “Bien, espérenme que voy a casa”. Y, ahí estuvimos esperándole. Yo llamé a Ruth, mi mujer, para que venga y conversar y saber de ella y también amarle y agradecerle por todo lo que me ayudó.

Así fue, más o menos, la conversa con mi patrón, jefe de la banda llamado John:

A la media hora de haber llegado a la casa de mi patrón la empleada nos sirvió una taza de café y unos sánduches. Yo me quedé como mudo, cuando la vi a la empleada puesta una minifalda, color negro y unos zapatos de tacón alto color rojo; no tenía medias y un delantal blanco cubría la minifalda; de cara, era bonita, atractiva, unos ojos negros grandes, una nariz pequeña, y una boca hermosa pequeña pero bien carnosa y tenía una mirada de pícara, cuando se agachó, para servirme el café, le mire el culo, era bueno y sus curvas también, tenía las pantorrillas gorditas, sus tetas eran grandes, pues me gustó. Bolívar me quedó mirando nada más. Al irse la empleada le dije: -¡Qué buena la china!, ¿verdad? y ...

- Sí, pero ni lo pienses que te la vas a comer -respondió Bolívar-.
- No -le dije- pero supongamos que le guste y me de un chance, ahí si me vuelvo loco.
- Y si te llegara a ver Ruth que le quedas viendo el culo, ¿ah?
- pues me haría el cojudo delante de ella y ni la mirara. Pero bueno, dejemos eso a un lado. Lo bueno y hermoso y doy gracias a Dios, es que logré mi anhelada libertad y sea como sea, estoy en casa y todo será diferente luego de estar un año preso y cuando venga mi patrón, veré que mismo me pasa y que deciden hacer de mí. Le contaré la pura verdad. Así esperé y esperé, pero no llegó. Sea como sea, mañana lo veré y conversaré.

Al cabo de dos horas de espera, como no vino nadie: ni John peor Ruth, decidí dormir. Me dieron un cuarto de huéspedes y, como estaba muy cansado y preocupado, me despedí de Bolívar y la chica y salí.

Cuando llegué a mi cuarto, me bañé, como era mi costumbre, me puse cómodo y luego que estuve fresco, llamé a la empleada y le solicité algún jugo y, si tenía, comida. Efectivamente, me trajo, pero no era por comer, sino por verle el culito que tenía y esas piernitas tan bonitas y torneadas, eso era lo que me enloquecía, aunque la vi por primera vez. Cuando regresó, me trajo un jugo de naranja y un arroz con carne y patacones, comí y me he quedado dormido tan ricamente hasta el día siguiente.

Primera noche que dormí en casa de mi patrón luego de fugarme al año de permanecer preso

Amaneció. Me levantó y fui directamente a pegarme un duchazo para reponerme de todo lo que no podía dormir cuando me encontraba preso. Al fin tenía un poco de tranquilidad. Me vestí y bajé a la sala. La sirvienta como siempre, dijo:

- “Buenos días Señor”. Yo le respondí el saludo y pregunte:
- ¿Quién está en casa?
- El señor John, Bolívar, Mercedes y su esposa

- Gracias. Luego que desayuné, me retiré de la mesa y fui a la sala. Tenía unos sillones negros de terciopelo. Yo oía música cuando entraron todos. Al ver a Ruth, la abracé y la besé; también abracé a Mercedes, saludé con Bolívar y por último con mi patrón John. Nos sentamos y comenzó la conversa acerca de mi detención.

Mi patrón se encontraba orgulloso de mí y me invitó a tomar unas copas en una casa de campo, recomendándome no comentarlo con nadie lo sucedido, “que quede entre nosotros”, dijo y ordenó a Bolívar que me lleve a Tumbaco.

Tomando un trago en compañía de mi patrón y otras personas que también pertenecían a la banda de venta de droga y al robo de vehículos de buenas marcas y de mucho valor

A las seis de la tarde del segundo día en casa de mi patrón, llegó Bolívar en un automóvil “Mercedes” color rojo, convertible.

- ¿Estás listo?, me preguntó. En verdad yo estaba listo, pero tenía en mente... “¿qué será de mí, qué me pasará?, ¿seguiré en este tipo de vida o les digo que me quiero salir?”. También pensaba que me podían matar por salirme, pero decidí irme... ¡pase lo que pase, qué chucha! Pero salí y me subí al carro, dentro de una hora llegué a Tumbaco. Esa no era una casa cualquiera, era tan grande y tenía puerta a control remoto. Entramos al patio, y me sorprendí al ver como unos cincuenta carros, de diferentes marcas y gente de toda clase social, unos con terno, otros con calentadores, hombres vestidos de negro, armados por todo lado, atentos a cualquier ataque o sapeó. Fuera de la casa, en la terraza y en los contornos había cámaras de televisión para ver quién llega y quién sale...

Bajé del auto y John ya me estaba esperando con otros seis señores, en una sala privada.

Saludé con todos y John me presentó así: “Señores éste es el muchacho de cual les hablé, me ha sido tan leal y hoy acaba de fugarse, y quiero que me ayuden a mandarlo a Colombia, ya que es necesario brindarle nuestra protección. El orgullo que tengo es, que jamás nos delató ni avisó quienes fueron sus patrones, él solo se supo aguantar y quiero lo mejor para él ¿Me ayudan, sí o no?”

Respondieron: “Cuenta con nosotros” Y, dirigiéndose a mí: “Muchacho, pórtate como hasta hoy y te irá bien”, Gracias, contesté y me retiré.

Ellos se quedaron hablando y mientras seguía la fiesta yo miraba como gozaban. Claro, yo ya he estado en estos eventos y lo pasé super chévere. Como me fui solo gocé de lo mejor; baile hasta cansarme, bebí, me hice amigo de una de las hijas de Luis, o sea el colombiano que me iba ayudar en todo. Era soltera, de 18 años, alta, bonita, bien puesta.

En la sala unos bailaban, se besaban, consumían droga, unos fumando; otros, en unos platos de china inhalaban con billetes de dólares, por la nariz, se lamían los dedos, y era como una casa de locos: orgía por todo lado; otros hacían el amor sin cerrar las puertas; yo miraba.

En eso me llamó John y ante, Alberto, Juan, Carlos, y otros señores que yo no conocía, me dijo que tenía que viajar a Colombia a trabajar con ellos -se trataba de precautelar mi integridad física-. Luego de esa conversación salí en compañía de Bolívar a Quito, a seguir en casa y ver cuales son las órdenes que debía de cumplir.

Conversando con Ruth, acerca de lo que tenía que hacer y me llevan a Colombia a trabajar

Ya en Quito, llegué a donde se encontraban Mercedes y Ruth y los guarda-espaldas de mi patrón John: Abracé y bese a Ruth y, caminando por los jardines, viendo las estrellas, le dije que quería conversar con ella y me respondió, “lo que tú quieras mi amor”, mejor será en nuestro cuarto, propuse y ella aceptó.

Ya en el cuarto, nos desvestimos, quedamos desnuditos y en un colchón de agua, bien abrigados hicimos el amor y recién ahí le comen-

té, mira mi amor, tú más que nadie sabes cómo es nuestro trabajo, por seguridad mía, ya que corre riesgo mi libertad, me van a mandar a Colombia, a trabajar y tú te vas a quedar aquí. Espero que me entiendas y me comprendas. Pero ella se me disgustó y me dijo lo siguiente:

“Mira Víctor, tú y yo no podemos seguir así, peor vivir como marido y mujer, será mejor separarnos”

Al oír tal cosa me dolió mucho y no sabía qué hacer, pero mi vida corría peligro y le contesté: Entiende, mi trabajo es así y si tú no quieres seguir más a mi lado, pues está bien, nos separamos; ella se puso a llorar y comenzó a coger sus cosas: se marchaba de mi lado a seguir trabajando ahí mismo, pero sin ser nada ya los dos.

Me dolió mucho la despedida. Ella me supo comprender y ayudar cuando más necesité, o sea, cuando integré por primera vez la organización, pero no me quedaba otra cosa que cumplir con la orden. Ruth se marchó de mi lado para siempre.

Al rato subió Bolívar y me preguntó qué pasaba;

- Ella se marcha y me deja sólo, le conté.
- Mira Víctor, en la vida, con el dinero se consigue mujeres y se puede hacer lo que a uno le dé la gana, ponte cómodo y listo para vivir para ti, disfruta de tu libertad, y se marchó.

Yo pedí una botella de licor y bebí y me quedé dormido y desde ese momento mi vida cambió, aunque me dolía mucho; cada cual vivía su destino y fue de lo mejor, nadie era dueño de mi y agradezco a Dios y a Juan por estar libre al año de estar preso.

Estadía en casa de John hasta que me ordenen ir a Colombia y ver que hago y en que me ocupan

Después de conversar con Ruth y ella se marchó de mi lado, Bolívar, Mercedes y John me aconsejaron:

- “Mira Víctor, los amores a simple vista se acaban así mismo y lo mejor para ti será, que nunca hagas un compromiso y cuando tengas ganas de hacer el amor, pagues y no pasa nada”, decía John.

-Sí señor, así lo haré.

Mercedes me miraba con unos ojos de coqueta y burlona, y entre ella se contentaba de que me haya separado de Ruth.

En casa tenía de todo: dinero, autos, licores, libertad, mujeres, amigos -gente que pertenecía a la organización-.

Así siguió pasando el tiempo, yo paseaba por toda la casa, me dedicaba a jugar tenis, al sapo, jugaba goolf, montaba a Caballo y así diferentes juegos que tenía para mi diversión. Dos guarda-espaldas, ordenados por John, mi patrón, me acompañaban, adonde yo iba, aunque también tenía mi buena arma -una automática 3/57- de buenas pepas, como para hacer un agujero que pase del pecho a la espalda y no vivan más.

Cuando quería salir a darme unas vueltas, cogía un carro de mi patrón y ellos me acompañaban, aunque eran tan hijueputas que ni en el baño me dejaban solo. A pesar de todo, me llevaba bien y compartía mis momentos, buenos y malos con ellos.

Como Ruth se enojó de mí y se marchó, nos íbamos a los cabarets, recuerdo muy bien, me gustaba tanto “El Mirador”, quedaba de la pasteurizadora, más arriba, como en el cerro, eso era despoblado, se iba en carro propio o taxi. Ahí habían unas buenas putitas, de todo calibre, gordas, flacas, feas, bonitas, tetonas, y otras con tetas como si fueran huevos fritos, porque no se notaban los pezones siquiera. Resulta que un día, me fui a tener relaciones con una putita, claro primero tomé unas copas con ella, conversamos y luego me fui a ocupar y forme un escándalo, yo quería tener relaciones, por el culo y la puta no quería, me dijo “por ahí, sólo mi marido me culea”.

Mira -le dije- yo te pago lo que me pidas, pero quiero culear por la vagina y por el culo también, pero no me aceptó. Le rompí el hocico y salí puteando del lugar y ni pagué siquiera. Me acompañaron los dos que andaban a mi lado y regresé a mi casa de nuevo y en el camino, me reía de las huevadas que cometí y no pensé en lo que me podía pasar. No me acordé que estaba fugado.

Para evitar cualquier lío decidieron mandarme pronto a Colombia y así fue.

Actuaciones Principales en Colombia

Carlos, el cari-cortado (se lo llamaba así por razón que tenía un severo corte desde la frente hasta la quijada) era malo con los dueños del carro que les robábamos, pero, en el fondo, era super bueno y comprensivo conmigo, me enseñó con mucha calma, serenidad y paciencia cómo se roba los carros de buenas marcas y sin fallar y confiaba en mí.

“Si Laura nos ayuda y trabaja contigo y logran hacer bien las cosas, serás un tipo de confianza de Salomón y todos nuestros jefes y estoy seguro que tú puedes lograrlo”, decía, y continuaba explicándome: “Primero vas con tu compañera de trabajo a un bar, toman unas cervezas, ella se hace pasar por una prostituta..., siempre toca cogerle al dueño del carro que nos guste (o sea, el del pedido), sacarle con engaños a partes alejadas y cuando están en el carro, pues el hombre, la manosea y quizás se desviste para hacer el amor, entonces uno llega y lo toma por asalto, pero sin causarle daño; si se resiste se le da duro, le amarramos las manos, la boca, los pies, y se lo deja en unos matorrales, donde no le puedan encontrar rápido. Luego de tener el carro del pedido, se lo lleva a una parte segura, se lo pinta, se cambia el número del motor y también el chasis y se lo vende sin problemas”.

“La policía no se entera de nada si todo queda bien hecho y, el viejo o joven dueño del carro, queda con ganas de hacer el amor y se lamenta de todo, pero es demasiado tarde: Pierde el carro por mujeriego. Así tienes que hacer las cosas, sin fallar, Víctor, ya que tú eres prófugo y no valdría que vuelvas a prisión:”.

Entonces tuve que venir a Quito a robar un carro y llevarlo a Colombia. Fue mi primer trabajo, luego de estar prófugo por el tiempo de 3 meses.

Primer robo de carros en Quito, en compañía de Laura, la hija de mi patrón, Salmón

Luego de recibir las órdenes, alistamos el viaje, guardamos las pocas ropas que podíamos necesitar y un arma. La llevaba bien escondida, en el doble fondo de la maleta, en caso de pasar algo malo en el viaje o para defenderme de la justicia o policías en el camino.

Al cabo de unas siete horas, de viaje llegamos a Quito. Fuimos a casa de John, Bolívar y Bella -los jefes míos-, tenía que entregar un encargo que mandaron de Colombia para John, era una cantidad de cocaína. Después de entregarle la droga, teníamos que hospedarnos en un hotel, para descansar un poco, en camas separadas para luego, el siguiente día, realizar nuestro trabajo.

Laura conversaba muy cariñosamente y pasamos felices, como si fuéramos un par de enamorados, pero con la responsabilidad de cumplir la orden, sin fallar.

Decidí hablar con ella, sobre la misión y lo que le tocaba hacer.

En primer lugar, tengo que decir que mi compañera era una mujer tan bonita, y tenía un cuerpo bien formado y atractivo, en bustos, cadera, cara... era una colombiana que enloquecía a cualquier hombre. No podrían resistirse a la tentación de querer hacer el amor con una mujer así.

- Laura, -le dije- tú tienes que ayudarme para poder robar el auto que nos pide tu padre y jefe mío. Ella respondió con palabras amables y bien cariñosas y riéndose
- Haber, dime de una vez lo que sea, Víctor, yo haría todo por ti, con tal que no me dejes y sigamos unidos, ya que me gustas.
- Espero que tú no te enojas por lo dicho y -sin rodeos-, continué: Tú trabajo, consiste en suponer que eres una prostituta, una mujer cualquiera. Cuando ella oyó tal cosa, me respondió grosera, enfadada y muy ofendida:
- Víctor, no seas estúpido. ¿qué te has creído que soy, una puta?, pues entonces ahorita mismo me voy de tu lado. Yo le explique:
- No hay razón para que te enojas. Sólo es cuestión de que finjas ser una puta, hasta tener al hombre y el carro.
Laura siguió como una burra o no sé si se hacía.
- O sea que tú quieres que me acueste con hombres, que haga el amor con ellos y borrachos...
- Lo que tú tienes que hacer es entrar en una discoteca, sentarte sola, y atraer al hombre que tenga un buen carro, tomar unas copas, bailar, ser coqueta, mover las piernas, mostrar tus tetas, como si fueras una puta y nada más... Y ella respondía:

- Claro, para ti es fácil decir eso... y suponte que el tipo me coja, me haga el amor, me pegue o me mate por llevarle a potreros lejanos y que tú no vengas a verme... ¡haber dime!, como tú no vas aguantar el huevo es fácil. Le conteste:
- Mira, si tú misma te dejas seducir y te acuestas por tu voluntad, pues, qué se puede hacer, pero recuerda, lo único que yo deseo es que entremos juntos a la discoteca, nos separamos, ves al hombre, te arrimas a la barra, pides un licor, lo miras, le topas y te vas a su mesa, conversas, bailas tomas unas copas, le besas y le sacas de la discoteca, te subes al carro, le llevas al sitio indicado, te comienzas a desvestir, te sacas la blusa, el sostén, le abres el pantalón, le dejas que te tope la vagina, le excitas... se desviste, lo abrazas y te haces como si fueras hacer el amor. Yo, en un taxi, llego al sitio, le cojo al hombre “¡esto es un asalto!” y como estoy armado, tú sales del carro y esperas, le doy un cachazo, en la cabeza, le duermo, luego le amarro, tú regresas lo metemos en la cajuela de su mismo auto, le atamos, boca manos y pies y salimos del lugar... Eso es todo Laura. Pues, así le expliqué, tal como era de hacer el camello y fue entonces que vio que no corría peligro y aceptó.

Al tener el carro en nuestras manos, en verdad, el dueño se resistía y gritaba, salió corriendo, le di con el revolver, le rompí la cabeza, le patié al viejo marica, le di gas, le rompí la nariz lo amarré y lo dejé botado en los matorrales bien amarrado en un bosque, para que no salga y avise a la policía. Luego, prendo el carro de él mismo, salgo del lugar del robo, como si nada hubiera pasado y al cabo de dos horas, llego a casa de John y Bolívar, timbro, me abren la puerta, entro con el carro robado, saludo con todos, ya que ellos sabían a que vine a Quito, comencé a lavarle toda la sangre que tenía, le limpié bien, por dentro y fuera, me bañé porque me brincó la sangre del hijueputa que no se dejaba quitar el carro y al poco rato salí y fui directamente a Colombia. Aproveché la noche, y como tenía todos mis papeles en regla, la policía ni sospechaba. Laura iba a mi lado y al cabo de 3 horas llegamos a Rumichaca. Esperé que abran la frontera y, siendo las seis de la mañana, pasé de una, y todo quedó sano, sin que la policía se entere.

En un sitio alejado de casa de mi jefe, había unos garajes, donde se guardaba los carros robados -de todo tipo- y un taller de mecánica para los carros derechos.

Llegue a casa de Salomón, mi nuevo jefe en Colombia, con el carro robado y sin líos y todos confiaron más en mi. Fue mi primer trabajo de roba-carros en compañía de Laura, no mi mujer, pero sí una compañera única, en quien podía confiar.

Seguí en ese trabajo por el tiempo de seis meses. Tenía una buena vida: dinero, placeres -ya que vivía solo y no tenía ningún compromiso- Así viví en Colombia, de la mafia hasta que se me durmió el diablo de nuevo y por mi culpa fui detenido por venirme a Quito, luego de una discusión por que no me daban permiso para ver a mi madre que estaba enferma.

- ¿Ustedes me quieren tener como una persona comprada o que?... yo me voy a Quito, así me cojan preso y me hagan huevadas.
- Mira Víctor -dijo entonces, Salomón- si tú haces tonteras y te llegaran a coger, no cuentes con nosotros para nada y, es más, si avisas algo te mandamos a matar.

Yo sólo quería verle a mi madre, nada más, pero ellos me botaron de la casa, me trataron super mal, me dijeron que me largue antes que me maten. Fue entonces que tome mis ropas y un dinero y salí rumbo a Quito. Pero por mi desesperación fui detenido y encerrado nuevamente en el penal.

Les cuento lo que pasó:

Detención en Tulcán, por venirme de Colombia a Quito, solo y sin órdenes que cumplir

Durante siete meses de estar prófugo, llevando carros robados de Quito a Colombia, jamás me pasó nada; pero, por mi ignorancia, por mi estupidez, salí confiado de Colombia.

Después de discutir con Salomón por el permiso, hice una llamada a Quito, a donde mi madre y me cuentan que se encuentra muy grave, me cogió una desesperación de ir, pero resulta que en la casa ya no

estaban Salomón, Laura ni Bolívar peor Carlos y Alberto todos ellos fueron a un negocio que les convenía. Al verme solo y sin ninguna orden de cumplir, lo único que hice fue escribir una nota, explicando el motivo; cogí una parada de ropa, un dinero y salí con rumbo a Quito. Agarré un canario -taxi-, y a la hora estuve en Rumichaca, pasé el cuartel sin ningún lío, cogí otro taxi -un ecuatoriano- y fui hasta Tulcán. Pagué, y tal sería mi estupidez que decidí coger una empresa, en vez de venirme en el mismo taxi hasta Quito, sabiendo que me encuentro prófugo. Claro, en ese momento no me importaba nada, solo quería estar al lado de mi madre y saber con que estaba ella enferma. Por mi mala suerte, al pasar los controles, me detienen, primero, por no tener cédula, y luego por que me reconocieron.

Así más o menos fue mi detención:

Al cabo de media hora que abordé el bus a unos 30 kilómetros de la frontera, estaban unos patrulleros y muchos policías -ajíes, como se los llama, por la razón que cuando cogen presos, jamás reciben dinero de nadie-; pedían documentos y al que no tenía lo detenían. A mí me detuvieron por indocumentado pero al ser bajado del carro y llevado al reten policial, me reconocieron como prófugo de la justicia, por unas fotos que había en los controles, me llevaron a las oficinas y dijeron así: “Ve el chucha de la madre, se fuga y se pasea como si nada”.

“Ven acá” -me dijeron- y recién ahí pidieron información a Tulcán y de ahí a Quito pero todo era mentira no comunicaron nada, luego de yo recibir unos puñetes en la cara, patadas en el estómago y un poco de orinas que me hicieron tomar, me esposaron y me daban duro en los oídos y en la nariz y cuando me halaron muy fuerte la oreja que tenía mala desde que me cogieron preso la primera vez, se me salió un pedazo y comenzó a sangrar, pero a ellos les daba lo mismo, no les importaba.

Me trasladaron al calabozo de Tulcán y luego de un arreglo con un oficial quedé libre y pude llegar a Quito a donde mi madre, que estaba pasando una crisis de salud super mala.

Como mi patrón Salomón se enojó y no me dio el permiso para venirme, abandoné la organización y así como lo pensé antes de fugarme: que no seguiría en el tráfico de droga y peor hoy también en el robo de carros, pensé “ahora sí se cumplió mi salida. Si me cogen preso,

jamás diré nada de nadie y aguantaré como la primera vez”. Pero al llegar a Quito, hablé con mi ex-patrón, John, él me comprendió y me ayudó para que pueda ver a mi madre.

Estando preso en el calabozo del Cuartel de Tulcán, por mi ignorancia y por no tener papeles

Luego que me detuvieron, a unos 30 kilómetros de Tulcán me llevan al calabozo de la policía, a investigarme, ya que tenía problemas con la ley y estando en esa celda fría y lejana a mi tierra no me importó que me maten, no tenía miedo. No era el mismo de antes, mi corazón era malo, por eso no tenía compasión y quería que me maten a palos, que hagan lo que les dé la gana; pero eso sí, de mi jamás sacarán nada.

Me dolía no poder llegar adonde mi madre que se encontraba muy enferma, no poder ayudarle, comprarle sus remedios para que se sane; tenía tantas iras y comencé a darles duro a unos tres presos que se encontraban en el calabozo. Al oír los gritos de esos chicos llegaron los policías al calabozo y preguntaron: “¿qué pasa?” Yo les respondí: ya pues maricas, aquí me tienen, sáquenme la puta madre o mándenme al penal, o mato a estos hijos de puta... y como tenía una chaveta, con punta de acero, se asustaron y luego llegó el superior y dos chapas más. Cuando entré al calabozo, me pateó en los huevos, puñetes en la cara, pecho y el estómago, cosa que me hizo dar dos vueltas del dolor, recién entonces me pregunta: “¿qué te pasa, marica?” y le respondí: ¿cuál marica, o tú me conoces?...

¿Sabes?, tenía un quemeimportismo de que me maten y pedía a gritos, ¡sáquenme la puta madre!..., ¡denme duro!..., ¡mátame chapa hijueputa, desgraciado, ladrón... Todo eso les decía. No ven que mi madre esta que se muere, por eso me vine, sino estuviera escondido... ¡háganme lo que les dé la gana!... Entonces dijo un teniente: “Mira chico, tranquilízate un poco y cuéntame que te pasa. Le conté todo y me dijo: “Sabes, porque eres arrecho y no tienes miedo de estar preso y eres franco, vamos arreglando, pero que quede entre nosotros, ¿oíste?. Claro le respondí, y le di, en ese tiempo, la cantidad de tres millones de sucres, a cambio de mi libertad. Así pude llegar a Quito, a casa de mi jefe John y Bolívar, y pude verle a mi madre, curarle y ayudarle en todo:

Estando en Quito en casa de John y de Bolívar

A casa de John, en Quito, llegué a los dos días, después que me detuvieron en Tulcán. Ellos se encontraban asustados al ver que yo no llegaba. En verdad me querían. Les avisé la pura verdad, sin ocultarles nada. Les conté que discutí con Salomón, que le pedí de favor me deje venir a verle a mi madre que estaba enferma y como no me lo dio, me bajé por mi cuenta. Le conté que me detuvieron en Tulcán, que me llevaron al calabozo, que me reconocieron que yo era prófugo, pero apenas me golpearon, me tocó un teniente, super bueno y por ser franco con él, pudimos arreglar, le di unos tres millones que traía para la enfermedad de mi madre, pero no me importó darle ese dinero para poder venir a donde ella. Mi patrón para asegurarse de todo, llamó a Tulcán y preguntó si me han detenido y le respondieron que sí pero sólo por no tener cédula y nada más, luego me soltaron.

Así pude llegar a mi destino. Cuando mi patrón John se cercioró de lo que le decía, se quedó tranquilo y me prometió ayudarme. Ahí le dije que no quiero seguir en la organización y le ruego no tener mas líos; pero mi patrón quedó en ayudarme y ver por mi madre, así también se ofrecieron Bella y Bolívar. Un guarda espaldas de John se aseguraría que a mí no me cojan preso. Eso fue todo.

Llegada al hospital donde estaba mi mamá enferma

Al llegar al hospital averigüé en que sala estaba mi madre, me acompañaban Bella y Bolívar, para que a mí no me pase nada y me cojan preso, entramos en la sala del hospital y miré a mi madre muy mal, con oxígeno y sueros -uno en cada brazo- no podía moverse ya que tenía paralizado medio cuerpo. Ese día no pude conversar y el médico nos pidió: “señores, regresen mañana”

Así fue, abandoné el Hospital, fui a dormir a casa de mi patrón; pero qué iba a dormir: me preocupaba mucho su salud y quería que amanezca para ir a verle y así sucedió.

Fuimos de nuevo al hospital y al fin saludé con mi madre. Ella me pidió: “hijo ya no sigas en la droga” y, para que no sufra, le hice esa promesa, le compré los remedios y pasaba con ella unos momentos; pero la que me ayudaba en todo y pasaba conmigo en el hospital era Bella.

Al cabo de un mes, cuando mi madre se sanó, quedé conforme, sentía alegría verla sana. La llevé a su casa, en Yaruquí, le compré los remedios y buena comida; le di un dinero para que se compre todo y le expliqué que tenía que regresar a Colombia para que no me detengan de nuevo. Mi madre comprendió, me dio las bendiciones y me rogó que trabaje honradamente. Yo no cumplí la promesa y me cogieron preso al irme robando un carro de Quito para venderlo en Colombia. Me falló todo.

Al robar un carro en Quito soy detenido

Pues bien, luego que me despedí de mi madre regresé a casa de John, en Quito. Le comuniqué que voy a robarme un carro y llevarlo a Colombia, para recuperar el dinero que gaste con mi madre. El me dijo: “Víctor yo no puedo decir nada, tú decides. Si lo haces, ten mucho cuidado.

Una noche fui a una discoteca para divertirme y tratar de olvidarme de los líos que tenía en mi mente y, de paso, estar con una chica y pasar de lo mejor, pero resulta que cuando me encontraba bailando y tomando unas copas en la discoteca, cerca de la media noche, llegan unos policías y comienzan a pedir papeles, a ver si no habían menores de edad. Como yo no tenía la cédula soy detenido. Es más, me porté super mal y, claro, no me aguantaron faro, me pegaron un patazo y me subieron al patrullero. Quise darles dinero pero no me aceptaron y me llevaron al C.D.P. de Quito.

“Me jodí”, dije entre mí, si no salgo libre ahora, me reconocerán que soy prófugo y me matarán a palos, ya que los guías que se encontraban presos a causa de nuestra fuga -porque creían que había cogido dinero- querrían vengarse. En efecto, cuando supieron de mi detención se alegraron y ahí va la pisa.

Ya detenido me arrepentía de todo, recordaba las palabras de mi madre: “hijo, retírate y trabaja honradamente”, pero yo no cumplí.

Detenido en el Centro de Detención Provisional de Quito por una falla mía

Por estúpido, confiado y ambicioso y por querer hacer lo que me da la gana, sin consultar ni tener una orden de quienes eran mis patrones de “trabajo”, al cabo de estar prófugo nueve meses, por no tener papeles, caí preso en el C.D.P., en Quito, donde me encontraba por motivo de la enfermedad de mi madre.

En el C.D.P. los policías me sacan del patrullero, paso la puerta primera de rejas negras de fierro, la gente me mira y comenta, a unos 60 pasos está la puerta de entrada, eran las 11 de la noche, golpean, pero nadie responde..., golpean de nuevo..., tampoco; entra el patrullero, suena la bocina, salen los guías corriendo, abren una ventana y se sorprenden al verme. Yo les guiño el ojo para que no digan nada, pero no me comprenden, dicen mi nombre y... “al fin te cogieron de lo que te fugaste del penal”. Los policías y me regresan a ver y averiguan: ¿es cierto que eres prófugo? Sí, señor, soy prófugo, les contesté. El guachimán añadió “se fugaron ocho y todos estaban por delitos graves. Los policías deciden no dejarme en el C.D.P. y me llevan al SICP (Servicio de Investigación Criminal de Pichincha). Entra el chapa y comunica que soy prófugo. Sale un teniente me da duro en el pecho y lo lamenta por mí y me llevan al calabozo. Bajé unas 10 gradas, todo era oscuro, frío, las puertas de fierro como rejas

Allí habían otros presos. Al entrar, el clase de llaves, pregunta: “¿por qué vienes? El chapa metido -un viejo que de un patazo bien puesto se cae- dice: “es prófugo del penal”. Al oír eso los ladrones se asustan y se me alejaban, unos me conocían, otros no. El policía colocó las esposas en mis manos -adelante- y me quedé en el SICP.

A mí no me importaba nada, así me maten a palos. Cumplí con verle a mi madre, la ayude y me siento feliz por eso. Ahora pueden hacer de mí lo que les dé la puta gana, yo aguantaré y como no me cogieron con nada, pues no tengo porque tener miedo y así fue: me dieron palo pero no me lamentaba.

Interrogatorio de fuga en los calabozos del S.I.C.P.

En el calabozo del sicp, me desperté con las manos adoloridas por las esposas. Al cambio de guardia pasaron lista y me preguntaron por qué yo me encontraba y el clase de llaves informó: “éste es prófugo del penal, se fugó en compañía de ocho reos más, anoche lo cogieron en una discoteca, por no tener cédula y lo llevaron al C.D.P., pero como comunicaron que era prófugo trajeron acá, mi teniente”.

- O sea que eres bien... hasta las huevas. Te fugas y te paseas, te burlas de las leyes ecuatorianas. Ya vamos a ver si ahora te burlas y te ríes de nosotros como lo has hecho durante nueve meses de andar robando y traficando... y dices que has estado trabajando. Vamos a ver, hoy me dices, dónde esta Juan el experto en fugas y sino...
- Yo no sé nada de él y peor de los otros compañeros, se lo juro Señor. Cuando me fugué, me fui a Colombia solo, sin nadie.

Claro que tenían ganas de darme duro, pero no podían ya que estábamos en las oficinas del superior. Yo le veía las iras que tenía un cari-cortado, de ojuelo loco que dijo: “yo me encargo de este hijo de puta, y hoy le mato si no dice la verdad”.

Me tomaron fotos, para el periódico y se me reían, decían: “a que te vean tus novias y toda tu familia, a que sepan que eres un delincuente y no sirves para nada”. En verdad, salí en el periódico y el cari-cortado y un amigo de él tenían ganas de sacarme la puta madre Y, si me asusté de la Interpol, aquí estos animales, maricas cabrones me quieren matar a palos; pero yo les voy aguantar porque no tengo nada, ni estoy acusado de nada.

Garrotiza en el SICP

En verdad y de corazón les digo, yo jamás supe dónde se encontraban los demás presos que fugaron conmigo y así me hubieran matado, no sabía nada. Mas, para que diga dónde se encuentran ellos, fue así la tortura: Amaneció tomaron lista y me sacaron del calabozo -seguía puesto las esposas-, me llevaron a unos cuartos oscuros, olor a húme-

do, en las paredes se veía sangre de hombres ultrajados, como en la interpol, o sea, era un cementerio de hombres vivos o camal de humanos. También habían, pantalones, sacos... Al fin me ordenaron: “¡desvístete hijo de puta!” Me desvestí, me sacaron las esposas de las manos y me colgaron de los pulgares, me daban con un palo, en el estómago, en los pulmones, los tobillos, las canillas y las plantas de los pies, o sea, sin zapatos y acostado en el suelo me hacían levantar los pies unos 20 centímetros y me pegaban con una regla de madera dura; y, como no decía nada sobre mis compañeros de fuga, siguió una tortura mas cruel todavía: con el detector de mentiras, o sea es el palo o garrote, esos malditos cobardes me esposaron al marco de una cama de fierro -o sea, me ataron las manos y pies a los cuatro ángulos de la cama- y así permanecí dos horas, al levantarme, sin soportar el dolor, el cuerpo me venció y caí de boca al suelo, otro preso me levantó, luego me pusieron en el suelo, ya sin esposas, y como no les decía nada, aguanté palo y maltrato de seres que no se merecen ni el saludo.

Tenía mis manos sangrando, los pulgares como que no eran míos, todo amortiguados, morados los muslos y la espalda, la cabeza y el hocico rotos a causa de los castigos. Quería subir de una vez al penal para descansar de la paliza, pero tenía que esperar la última garrotiza y fue así: adolorido, sin que nadie me ayudara, con las manos esposadas, dormí en la puerta de entrada al calabozo, aguantando frío, ya que me echaban agua en mi cuerpo toda la noche. Al siguiente día llegó el cari-cortado y dos agentes más me llevaron al mismo cuarto oscuro, lúgubre y frío, me pusieron una funda negra de plástico con gas en la cabeza, corriente en las tetillas, en los testes, me metían agujas en las uñas de los dedos de las manos y de los pies y parecía loco corriendo por el dolor, en ese cuarto. Así me torturaron la última vez y ellos, puestos las máscaras antigases, se alegraban del dolor ajeno. De verdad sentí la “investigación” y quería mejor que me maten esos agentes maricones y cobardes porque con el palo, gas y corriente tratan de sacar la verdad, y aveces uno se hace cargo de cosas que no comete. Eso jamás ven las autoridades -a lo único que se rigen es a los informes- y lo sentencian como criminales o ladrones, sin darse cuenta que los propios agentes son los ladrones, ya que cuando lo cogen con robos, jamás devuelven, sino se llevan a su casa. Ellos son ladrones y pillos con título y nadie les pue-

de decir nada, pero para el de poncho si hay justicia. Para quienes roban grandes cantidades de dinero, no hay prisión, se dice “fue un error” y piden asilo político.

Luego de la garrotiza, llegó el momento de los informes y se acabaron las torturas, decidieron subirme al penal a cumplir mi sentencia por tráfico de cocaína.

Llegada al penal luego de ser investigado por la fuga que realizamos los ocho reos del penal

Tras cuatro días de tormento en el SICP, al fin logré subir al penal, pero directamente al calabozo de castigo. Me tomaron datos y como prófugo que era, los guías y chapas que estuvieron presos a causa de mi fuga y de otros ocho presos, tenían ganas de darme una paliza para desquitarse, pero como me vieron los ojos morados, el hocico roto, la cabeza también rota, y el cuerpo estropeado, me dejaron para “el calentado”, o sea, para cuando este sano.

Los calabozos eran doce. Unos cuartos de cemento de 2 x 2 metros, unos tenían puertas otros no y las ratas entraban y salían; hacía mucho frío; la comida la llevaban los cocineros y si alcanzaba comías o sino pues, te quedabas con hambre. A mí me daban primero y un poco mejor, ya que estaba enfermo y me conocían como era cuando vendía la coca en el penal -eran viciosos-. No me sacaron al médico, ni al sol, todo era helado, sólo miraba por las ventanas que daban al patio de castigo, donde estaban las piedras de lavar la ropa y una piscina de agua sucia, con basura, mierda y orinas que tiraban de las celdas, ya que ahí no se tenía baños, y era peligroso salir la noche, porque te apuñalaban sentado, ya por robarte o por violarte siempre, bajo el poder de la cocaína, la mariguana, pepas o solución. Así pasé como 15 días encerrado para luego ser ubicado en el pabellón “D”. Era el mes de diciembre de 1983.

Nuevamente en el pabellón “D”, luego de mi recaptura a los nueve meses

Ya estando en el pabellón “D” me dedique algún tiempo a vagar, sin tener donde vivir ya que los guías no me permitieron quedarme en

el primer piso, donde estuve antes, ya que como me les fugué, tenían desconfianza. A los 21 días me ubiqué en el segundo piso del mismo pabellón, casi al fondo, pero allí había muchas peleas, y discusiones de mis compañeros. Claro que en el penal tenía que vivir siempre en alerta y no dar las espaldas, porque me podían matar o mandarme a matar los que eran mis patronos cuando pertenecía a la banda; por esa causa yo no podía tener un poco de calma y paciencia. Pero los líos eran a consecuencia del licor y la droga.

Así viví en el penal todos los sufrimientos y angustias, pero el instinto de sobrevivir nos hace ganar la batalla.

Visitas en el penal y como se pasa, al menos cuando había “quedados”

Todo cambia cuando uno tiene visita. Yo estaba 23 días recapturado y no tenía ni una visita, peor dinero, ya que me salí de la organización.

Las visitas -mujer, hermanos, tíos o cualquier persona- podía quedarse los fines de semana; o sea, llegaba el Viernes y salía el Domingo en la tarde. Eso era para no perder los lazos familiares y seguir con la esposa, mujer, amante o lo que sea. Claro que en el penal, existían asaltos a las visitas de uno. Lo cogían en las escaleras, le ponían el brazo, lo amenazaban con cuchillos y les robaban el dinero, las joyas, etc., generalmente a los familiares de los nuevos y giles, porque a la familia de un sabido, el que le robaba era muerto. El penal tiene cinco pabellones: En el “A” vivían sólo traficantes y extranjeros; en el “B” solo lojanos y colombianos por tráfico; en el “C” gente de toda clase; El “D” era el más dañado, éramos gente super mala, drogadictos, mariguaneeros, fonderos, peperos, criminales, y habían blancos, cholos, negros, mestizos, indios y así de todo un poco.

Así siguió pasando el tiempo y yo mismo me dediqué a conseguir dinero -un negocio- para poder solventarme mi comida, pero para yo lograrlo pasó un año. Como no me sentenciaban, eso me consumía y quería fugarme de nuevo.

Líos dentro del penal, por dinero, mujeres maricones, droga o cualquier pelea

Los líos en el penal se originaban a causa de la venta de coca, mariguana, pepas, solución y licor, porque..., ponte tú en mi lugar, uno a veces tiene dinero pero no lo suficiente sino lo que deja tu familia, pero apenas se van lo primero que se hace es correr a pagar las deudas - en dinero si se tiene, o sino se cambia los víveres- para quedar bien con el brujo (se llama así al que vende droga). Muchas veces, si tú no tienes dinero para pagar lo que has consumido, tienes que desquitar lavando la ropa o trabajando, ya que todos nosotros somos unos esclavos de la droga. Así también hay líos por el licor: cuando uno está borracho, se acuerda de un problema lejano; hay asaltos en las celdas, o sea, no es necesario que haya visitas para robar en el penal, sino cuando se está bajo los efectos del alcohol o mariguana se roba a los brujos y a las que venden licor, a las tiendas.

Si no les regalas un billete pues consiguen unos cinceles o puntas, sacan las chapas de las puertas o las ventanas para lograr sus propósitos.

A veces, yo lo he visto, se endeudan y a la propia mujer la venden o la hacen acostar, con los brujos y así pagar sus deudas. Y, cuando uno de verdad no tiene dinero y no es bien parado, te apuñalan, donde puedan. Existen también guías corruptos, claro que no son todos, pero sí los más ambiciosos y ellos meten al penal la droga, el licor, cuchillos, machetes, pepas, solución, todo lo que uno quiera..., siempre y cuando les pagues. Así mismo hacen fugar a gringos y extranjeros por fuertes cantidades de dinero o se van con ellos para no quedarse detenidos.

Recuerdo que un día que estábamos tomando licor en una celda del segundo piso, al lado de la mía, se oyó un relajo: una puñalada a un hombre por defender a otro. Ahí había un descanso, una especie de terraza donde se peleaba a cuchillo, uno de los dos salía al hospital o muerto.

Pues en el penal, uno vive rodeado de tanta gente, ladrones, criminales, peperos, traficantes y maricones. Antes habían unos 10 maricas pero de todos esos, unos tres que eran como mujeres: tenían tetas, un buen culo, se pintaban, los ojos, la boca, a veces se ponían falda y an-

daban por el penal, haciendo el amor, como si fueran mujeres, Y hay hombres que se enamoran y andan como una gran pareja y saca la cara cuando otro hombre le dice algo o le topa el culo al marica. Brinca el que se hace pasar como marido, y aveces se vuelve como loco y les cuento que a uno le gustaba jugar, o sea, iba por los pasadizos cogiendo los penes y decía: “¡que rico papito, cuando serás mío!”, pero un día que jodía tanto, unos muchachos lo metieron a su celda y le culearon entre seis y lo han apuñalado. El maricón fue a quejarse al marido y éste con furia y sin decir nada le asestó unas 20 puñaladas, en todo su cuerpo, cabeza, cuello, pecho, estómago, pies, brazos, testes, le corto las manos y casi lo degolla... todo, por un maricón. Así se vive dentro de esta prisión con tanta gente mala, o que se hace mala por el encierro, porque no se hace justicia: le ponen penas altas, sin tener muchas veces la culpa, y vivimos todos entre maricones, criminales, ladrones, drogadictos, fonderos, chicheros, hongueros, mariguaneros.

Así viví durante dos años encerrado y sin tener a nadie con quien contar y peor me ayuden con nada.

En el Penal, problemas de Daniel Camargo, el violador de las mujeres de Quito”

Como les acabo de contar, cuando uno está en el ambiente de una prisión tiene que saber comportarse y no dejarse ver las huevas pero en el caso de Daniel era justificado, ya que violó, y mató como a 40 personas. Era un psicópata, un enfermo sexual que gracias a las denuncias o a los sapos fue detenido.

Cuando llegó al penal le cuidaban como si hubiera hecho cosa buena con violar y matar, tenía mucha fama. Pero había familiares de las violadas o muertas, que querían hacerle maricón, violarle o meterle un palo en el culo a que sienta lo que es dolor. Claro que en el transcurso del tiempo, él se dedicó a escribir frases, a ser amigo de los ladrones, explicándoles el porque el actuaba de esa forma, que en el fondo él jamás quiso hacer daño, conversaba; pero aun así, sintió unas cuatro puñaladas en su cuerpo y, una casi lo lleva a la tumba, pues, un tipo de apodo Masache, juró vengarse de él porque la había violado a su prima y, lo apuñaló.

Por su peligrosidad o su mariconería Masache vivía solo, en el calabozo. No podía vivir en unión de todos nosotros, ya que mató a un compañero a sangre fría, o sea, dormido, le corto el cuello. El muerto, además estaba borracho.

Por esa razón, nadie en el penal lo quería. Si bajaba a vivir en las celdas, la gente lo mataba. Los guías le cuidaban para que no lo maten, por eso el vivió en el calabozo, en la terraza.

Así son los crímenes en el penal. A diario sale un apuñalado o muerto por crimen o suicidios. Así es todo lo que se pasa y se vive cuando uno está pagando una condena.

Segunda fuga del Penal a los dos años de ser recapturado

Sintiéndome como un pájaro en jaula, sin tener visitas de nadie desde que me encané, hace dos años, decido ponerme otro negocio y ver cómo organizo otra fuga, y como fueron recapturados tres compañeros míos: el Diablo, Boliviano, Narizón, me dieron fuerza para volver a fugar del penal. Ya éramos cuatro y había gente extranjera que también quería fugarse en compañía nuestra.

Antes de realizar la fuga planeamos bien. Conseguí un dinero para ponerme el negocio en el segundo piso y así fue más o menos esta segunda fuga:

Seis personas en total: los cuatro que antes nos fugamos y dos extranjeros que recién se encontraban presos. Ellos tomaron contacto conmigo, me pidieron que les ayude a fugar a cambio de una buena cantidad de dinero y yo acepté; conversé con Narizón, Diablo y Boliviano y ellos dijeron que “no hay problema, les llevamos”.

Para comenzar el trabajo les pedimos el 50 por ciento de adelanto y cuando estábamos seguros, comenzamos a cranear la fuga. Esto se suscito en la celda de Narizón, en el primer piso: “hagamos un túnel”.

Cavando un túnel para fugarnos seis reos

Ya que la justicia es muy lenta y, con culpa o sin culpa se está condenado a vivir largos años en el encierro, por instinto de sobrevivencia uno se pone a meditar y a buscar la manera de fugar de la cárcel.

Para realizar el túnel y poder fugarnos lo primero que hicimos fue una tapa hermética de cemento y comenzamos a romper las paredes. Para eso, como teníamos dinero, compramos unas barras y un taladro eléctrico con silenciador para no hacer mucha bulla y todo lo necesario para no fallar. Empezamos a cavar el hueco, no en el piso sino en una pared lateral de la celda del primer piso, donde vivía Narizón. Para que no se den cuenta de lo que hacíamos, conforme íbamos cavando el hueco sacábamos la tierra -que salía en abundancia- escondida en fundas de papel y botábamos en la basura, en los sifones o en los baños. Aunque había requisas de armas y huecos los guías y policías jamás dieron con lo que todos nosotros hacíamos y, al cabo de unos seis meses estaba listo para poder fugarnos.

El túnel tenía un diámetro de 60 cm. -entrábamos casi parados- e iba desde el primer piso del pabellón "B" hacia afuera, a la calle Bolívar, junto a una bodega de papas. El túnel era bien hecho, con teodolito, como arquitectos. Planeamos la fecha para irnos y así fue.

El trato era que nadie sabía nada y nadie se va con nadie, cada uno coge un rumbo aparte y todo nos salió bien, gracias a Dios, nadie nos descubrió.

Al finalizar el año de 1985, o sea, el 31 de Diciembre, nos fugamos los seis reos del Penal

Al fin llegó el momento de irnos, todo estaba hecho y en principio el túnel para zarpar los seis reos que éramos.

Cada fin de año, toda la familia pasaba de lo mejor, en compañía de nosotros los presos; pero como yo no tenía visita, no me preocupaba y lo que quería era fugarme.

El 31 de Diciembre, como siempre, hubo la fiesta de fin de año. Ese día todo era permitido ahí adentro: trago cualquier cantidad, droga lo mismo, peleas igualmente y, para que no haya problemas con los familiares que se quedaban (las mujeres de uno, hijos, amigos, padre, madre) nosotros mismos nos organizamos, así: los que teníamos familia, nos acomodábamos en las camas de la celda y pasábamos de lo mejor y casi no se tenía líos con los malandrines o baguetas del penal, Los que no tenían familia, arrendaban su celda a una pareja en 20 mil sures por noche, y ese dinero lo consumían en droga y comida.

Los guías y chapas se chuman y no había control, se despreocupaban de cuidar y poner candados en las puertas principales y entraban como malos con todas las armas y bien plutos. No tenían miedo que se los coja y nos fuguemos todos, pues aquí, en Quito, no hay gente decidida como en Colombia, aquí son maricones.

Pero bueno, cuando todos estaban bailando emocionados, faltando pocos minutos para el fin de año, o sea las 12 de la noche, todos nos abrazamos, unos lloraban, gritaban y después de quemar los años viejos la gente comenzaba a retirarse a sus celdas, porque ponían candados en los cuartos. Y, a la una de la mañana y primer día del mes de Enero del año 1986 pusimos fin al encierro.

Primer día del Año Nuevo dedicados a fugarnos

Los guías procedieron a encerrar a los 600 presos más sus familiares -en total unas 800 personas- comenzando por el pabellón "E", luego "A", el "B", el "C" y por último el "D", -los cinco pabellones- pero ponían candado en las celdas sin darse cuenta si habían personas o no. Nosotros -los seis-, como lo teníamos planificado, entramos en la celda de Narizón, en el primer piso y esperamos con clama que todo quede en silencio y no se oigan sonar candados. Afuera, se oía a los borrachos patear las puertas, pedían licor insultaban y habían heridos -apuñalados- por dormir en los pasadizos; pero a nosotros no nos importó y decidimos hacer lo nuestro.

Alzamos una mesa que teníamos para comer y disimulaba la tapa del túnel, lo abrimos y comenzamos a entrar uno a uno en el hueco, como era un poco estrecho, íbamos suave, nos faltaba el aire pero al fin llegamos a la alcantarilla; se oía a mierda, encontrábamos, pelos, huesos, cráneos, ropa..., tal parecía que algunas personas han querido fugarse por allí y se murieron ahí dentro. Mis compañeros no entraban y faltaba el oxígeno, yo me sentía morir, pero mi meta era llegar a la calle...; llegamos al hueco mayor, donde se depositan las aguas servidas; entramos y fuimos a salir a unos 200 metros afuera del penal, ya que cogimos el mismo túnel del grupo subversivo Alfaro Vive, llegamos a la cañería mayor y al cabo de unas dos horas, logramos salir a los sifones de la calle, destapamos las alcantarillas y ya estábamos libres. Fue una

experiencia tan grande. Después de permanecer dos años metido en el penal, sin tener amigos, peor mujer, ni jefe, me decidí a no estar más preso. Así, gracias a los compañeros míos y a Dios, pudimos realizar un túnel de aproximadamente 200 metros de largo y lograr nuestra libertad.

Estando en la calle por segunda vez

Después que todo salió con felicidad y estando en la calle libres pero prófugos, resultó que no tenía a donde ir, ya que mis jefes estaban enojados, por la razón de que cometí una falla y durante los dos años que permanecí en el penal, jamás llegaron a visitarme. Yo me encontraba dolido y resentido, y me decía: “¿a donde iré?”. Amanecía, la gente todavía bailaba de alegría, en la calle habían chumados, ladrones, y parejas por todo lado. Todo me parecía diferente. Tenía dinero pero no podía ir a un hotel, puesto que me podían coger preso, no tenía cédula, andaba con una sola mudada de ropa, ya que al salir del Túnel me saqué el mameluco y me cambié porque apestaba a mierda y a podrido. Sin tener a donde irme decidí quedarme en un bosque.

Durmiendo en un bosque por miedo a ser cogido de nuevo

Era casi las cinco de la mañana cuando decidí subir al bosque a esperar que se haga de día y me he quedado dormido. Cuando desperté llovía, estaba mojado y tenía mucho frío y hambre. Entonces pensaba y decía: “¿Qué hijueputa, pase lo que pase, me voy de aquí!”

Más o menos a las ocho de la mañana, bajé del monte y busqué donde esconderme para que no me reconozcan, vi una tienda y compré unos yuyos y unos sánduches para calmar el hambre y oír las noticias. Compré el periódico para ver que noticia había; pero mejor cogí un taxi con rumbo a la casa de mi madre, a Yaruquí. Tenía miedo... “¿Qué me dirá?, ¿me recibirá?, ¿vivirá?, ¿estará enferma?, ¿sana?, ¿gorda?” pues todo eso pensaba.

Llegué a un micro mercado, compré leche, pan, tostadas, carne, galletas, huevos y otras cosas para mi madre. Al taxista le pagué faltando unos tres Kilómetros para llegar a casa y luego cogí otro taxi, de ahí mismo para que no sospechen que vengo de otro lugar. Me bajé en el

parque central y caminé a pie hasta la casa. Llegué como a medio día, un poco escondido por los terrenos, estaba asustado, quería saber si salió en la televisión o los periódicos.

Llegué a mi casa después de medio día, fugado

Al llegar a donde mi madre golpeé la puerta y entré. Al verme, mi madre se puso a llorar, la abracé con toda mi fuerza, y le dije: “perdóname por todo”. No niego, se asustó al verme, pero luego se tranquilizó, le di las cositas que le llevé y se sirvió en compañía mía. Ahí, recién, me cuenta:

- Hijo, tu nombre y tu foto salieron en la televisión, decían que te has fugado en compañía de cinco presos más, que la fuga la has hecho ayer, 31 de Diciembre, aprovechando la fiesta del penal.
 - Sí, es verdad, le respondí, pero gracias a Dios, hoy me encuentro en su casa. Luego que me contó todo eso, me bañé y me cambié de ropa, ya que olía a mierda, a podrido y sucio, el culo verde de la yerba.
- Le pregunté si me puedo quedar en casa y me respondió:
- Claro hijito, es tu casa también.
 - Luego veré qué hago y a dónde me voy para que no me cojan preso, añadí y mi madre se volvió y dijo:
 - hijo tú mimo te buscas el maltrato, ya pórtate bien.

Así fue la llegada a casa de mi madre y desde ahí pasé un mes y sólo encerrado.

Estadía en casa de mi madre, luego de fugarme

Luego que me fugué del penal fui a casa de mi madre, por la razón de que no podía contar con la ayuda de John peor de Bolívar y Mercedes, ya que durante esos dos años, jamás me fueron a ver. Claro que ellos no tenían la culpa; pues, todo aconteció, por la discusión con mi patrón, en Colombia, o sea, Salomón, por pedir, de favor, permiso porque mi madre se encontraba mal de salud, y como no me dio, yo me

vine sin ninguna orden. Ese fue todo el motivo del disgusto de mis patronos.

Después de pasar super mal, sin dinero y sin visitas, logré fugarme y permanecí escondido por el tiempo de tres meses, en casa de mi madre; pero era peor que si estuviera preso: no podía salir al centro, peor que me vean, ya que todos me conocían y como me sacaron en la televisión y periódicos, podían avisar donde estoy. Llegó un momento en que no pude aguantar el encierro en casa y decido llamar por teléfono a mis patronos, desde el teléfono de un amigo de entera confianza de mi madre.

Le pedí a mi madre que me dé comprando una ropa para ir a Quito, a donde John y ver que mismo me pasa, si me pueden ayudar nuevamente o no.

Llegada a casa de John y Bolívar, en Quito, luego de permanecer tres meses prófugo, en casa de mi madre

Al cabo de permanecer tres meses prófugo decido ir a Quito donde John a pedirle ayuda. Se sorprendieron mucho al verme. Al principio no querían hacerme entrar unas personas que jamás he visto, pero luego salió Bolívar y ordenó:

- Maricas, déjenlo pasar es uno de los nuestros. Pasé y saludé con John, que me miraba super mal y me dijo así:
- Mira Víctor, tú te salvas ya dos veces y es como que te burlas de nosotros y eso no voy a permitir; de una vez te lo digo: te dedicas a trabajar bien bonito con todos nosotros o te carga el diablo: te matamos chucha madre, marica!.. decide, trabajas o te mueres como se murió Humberto, y ahora vas a tener una buena lección, vas a tener un castigo.

Efectivamente, amarrado a un palo, me dieron con una rienda de caballo, latigazos y toda mi espalda, pies, manos... sangraron, me dejaron como muerto pero me perdonaron la vida y me dieron la última oportunidad. -Víctor, puedes quedarte en casa, y así también te felicito, ya que cometes un error pero tienes la valentía de fugarte, creo que

si vales para seguir con nosotros y quiero confiar en ti, como lo hacíamos antes”, dijo John.

-Sí, señor, respondí yo.

Cuando terminamos de hablar, John llamó por teléfono a Colombia y pidió que Mercedes viaje “la necesito en Quito”; les contó que yo me encontraba en casa y que nuevamente trabajaré con ellos. “Será la última oportunidad y si falla de nuevo lo matamos”.

Así pase en casa de John, mi patrón.

Llegada de Mercedes a Quito para trabajar conmigo nuevamente

Al permanecer el tiempo de quince días en casa de John, llegó Mercedes, o sea, mi compañera de trabajo. Saludó con todos y yo le reclamé:

- Mercedes, tú no fuiste a verme cuando estaba preso y fueron años.
- Mira Víctor, si yo no cumplía las ordenes y venía a verte ellos me mataban, mi amor, yo te amo mucho y jamás podré olvidarte, seremos nuevamente uno solo y trabajaremos unidos, sin fallar, ¿verdad Víctor?, contestó.
- Está bien, Mercedes, así será. Y como éramos como novios nuevamente decidimos tener relaciones sexuales y así fue más o menos:

Relaciones sexuales con Mercedes a los dos años de no vernos

Luego de permanecer dos años encerrado en el penal, recapturado y nuevamente fugado, decido hablar con John, mi jefe, quien, tras insultarme y hablarme claro, aceptó mi reintegro a la organización.

Después de una semana en su casa, converso con Mercedes y hacemos el amor. Pasamos unos momentos inolvidables. Parecía un perfecto animal haciendo el amor con ella, pues, ella también me amaba. Me besaba, me tocaba todo mi cuerpo, besos en el cuello, oídos, espalda; yo también topaba sus tetas, su vagina, era pequeña y bien velluda, le besaba el cuello, comenzamos hacer el amor y, así, pase una noche super buena. Desde ese momento Mercedes y mi persona comenzamos

a trabajar robando carros, como anteriormente lo hacíamos, ella haciéndose pasar como una prostituta.

Cumpliendo la orden de robarme un carro y llevarlo a Colombia con ayuda de Mercedes

Al cabo de permanecer unos quince días en casa de John, en Quito, con dinero, comida y unas pocas diversiones, cuidándome mucho, para no ser cogido preso de nuevo, decidimos robar un carro de la misma manera que que sabíamos, o sea: Mercedes se hacía pasar por una prostituta para lograr parar un carro de lujo, o en discotecas, ella se encargaba de seducir al dueño -jóvenes, viejos y guambros arrechos-, para poder robarle el carro. Se dejaba tocar sus tetas, sus piernas, su vagina, pero nosotros jamás le dejamos hacer el amor, pues, nunca iba a hoteles, sino a partes alejadas... Llegábamos y... “¡Quieto, marica, esto es un asalto!, baja del carro con las manos en la nuca”. Al oír eso, los dueños de los carros, bajaban con los pantalones en los tobillos y yo procedía a darles un solo cachazo en la nuca, se desmayaban y le amarraba pies y manos y los botaba en los matorrales, pero sin hacerles nada malo. Muchas de las veces salían unos cabrones bien parados, no se dejaban quitar el carro. Al momento que oían “¡es un asalto!” se resistían, brincaban, daban unos puñetes, gritaban: “¡ladroones!..., por tu culpa, ramera, tú me trajiste aquí, tú sabías, ¿verdad?... Yo me cabreaba y le daba gas en los ojos, le pateaba en los huevos, en las canillas, y por ultimo, lo soñaba de un cachazo, lo amarraba; a unos los metía en la cajuela del carro y los botaba en un matorral, o otros los dejaba botandos en los bosques, amarrados, para que no hagan bulla y tampoco nos denuncien hasta poder llevarnos el carro del pedido: nuevos y de lujo. Así ejecutaba el robo, en compañía de Mercedes, lo llevábamos a Colombia y procedíamos a venderlo, pues, esa era la forma de ganarme el dinero. De Colombia traía la diosa blanca -cocaína- y también mariguana, en camionetas de nuestra propiedad, en caletas hechas a propósito. Claro, no vendía un kilo, vendía 30 y hasta 40 y así mismo unos 20 quintales de mariguana, con ayuda de la misma policía, ya que nosotros les pagábamos para que nos dejen pasar y, como teníamos gente de confianza en las aduanas, todo nos salía super bien. “¡Qué sufra el dinero y no

la persona!”, decíamos. Así cumplí con el trabajo de llevar carros y traer droga, durante un año, tres meses, o sea, hasta marzo de 1987, sin que me pasara nada. Durante ese lapso cubrí todos mis gastos: formé un hogar casi perfecto, me compré una casa, a costilla de los compradores de droga y la ganancia de la venta de carros. Claro, yo sólo cogía un tanto por ciento del negocio, pero al principio acababa el dinero en juegos de salón, casinos, barajas, ruletas, discotecas, mujeres, putas, licor etc., pero también gocé de la vida.

Al fin fuimos encontrados Mercedes y mi persona y me cogieron nuevamente y no volví a cometer ni una cosa más.

Continúa mi relato, lo que les cuento es verdad, es lo que yo he vivido, lo que he hecho y he pasado en la vida real.

Al cabo de un año y tres meses de permanecer prófugo, robando carros y trayendo cocaína de Colombia soy cogido preso en un cabaret y fui a parar en el penal. Cumplí mi condena de 8 años de reclusión mayor

Muy bien, después que pasé momentos buenos y de mucho agrado y haber disfrutado de dinero, placeres y mujeres, y de robar carros y traer droga, pues, nuevamente se me durmió el diablo y caí detenido sólo por el hecho de andar puteando y buscando placeres en mujeres de la vida. Resulta que en el mes de Abril de 1987, luego de realizar actos sexuales con Mercedes, y tenerle a ella como mi mujer, aquel día me encontraba muy aburrido y cansado y quería tener en mis brazos a otra chica y fui con rumbo a un cabaret, adonde habían mujeres de poca edad. Fue hermoso; pero eso causó mi detención y fui a parar en el penal.

Luego haberme tomado unas cervezas, me dirigí a un cabaret que quedaba a unas dos cuerdas del bar, donde había tomado. Fui por pura curiosidad, ya que afuera del cabaret habían muchachas menores de edad que mostraban sus encantos y decidí entrar. Me senté en una mesa, pedí un licor y mientras tomaba poco a poco, miraba a las chicas: eran bonitas, tenían sus tetitas, chiquitas y redonditas, sus cuerpos formaditos, unas tenían calzonarios, otras no y se les veía los pelitos de su raja o vagina, ya que estaban sentadas en butacas o sobre bancas. Unas

chicas se lamían los labios, como llamándolo a uno a que le meta el pene en su hueco, otras se acercaban a las mesas y le ponían el culo o su chucha en la cara. Al ver cosas así y mirarlas cómo se culeaban solitas, uno se levantaba, topaba a una chica y se la llevaba a la mesa a tomar una cerveza, se conversaba, se la manoseaba sus partes íntimas. A mí se me empezó a parar el huevo viéndole su chucha y topándole su culo y la llevé al cuarto. Estando en el cuarto, primero nos bañamos, nos secamos y nos acostamos. Ya en la cama, totalmente desnudos, la chica me comenzó a besar la boca, el cuello, mis tetillas; me mamó el pene y cuando ella hacía eso, yo me levantaba un poco y le metía el dedo en su chucha, también yo le comenzaba a besar su boca, sus tetas, su pupo y su chucha y le metía el dedo en el culo y cuando le quise meter el pene en su vagina, se me puso enojada, quería que yo me ponga condón y eso a mí no me gustó. Quiso salirse del cuarto por no culear sin condón y ahí fue que me emputé: le pegué un puñetazo en la panza y le metí el huevo en la vagina y el dedo en el culo. Me vestí, pero un policía se encontraba en el cabaret, -lo han llamado los amigos oyendo que ella gritaba- y esa puta me mandó preso. Decía que le he querido violar por detrás, y fui a parar detenido por arrecho, acusado de violar a una puta. Yo le quería dar dinero para que me suelte, pero ese marica no quiso, y me sacó del cabaret, cogió un taxi o patrullero, me esposó y me llevó al C.D.P. Yo me cambié de nombre, para que mis jefes y Mercedes no se enteren y me arrepentí haber entrado en ese cabaret ya que por culpa de esa puta, pagué mi condena.

Detenido en el Centro de Detención Provisional y acusado de violar a una puta del cabaret

Siendo las 11.30 de la noche, llegamos al C.D.P., me bajaron, los policías hicieron el parte: “maltrato a una puta”; me recibieron unos guías nuevos y como me cambié de nombre, nadie supo de mí.

Al entrar, encargué un dinero, unos anillos y dos cadenas de oro y me dieron un recibo.

Después que el patrullero se fue me llevaron al primer piso, donde se encontraban presos unos negros. Fui como carne fresca y como estaba pluto, quisieron quitarme mis zapatos y yo no les di, me pegaron

puñetes en la cara y todos unidos me robaron los zapatos y mi buena ropa; me dijeron ponte esto, pero yo no les dije nada y sólo los miré. Cuando amaneció, todo cambió, y estando en el patio saludé con todos los conocidos y ahí sí les cogí a esos negros hijos de puta, me prestaron un cuchillo y le pegué una puñalada al que tenía mi ropa y se la quité. Al ver tal cosa los demás negros se asustaron y llamaron a los guías. Pensaron que yo era novato.

El negro herido estaba en el suelo cuando los guías entraron a ver que ha pasado. Eran unos antiguos.

- ¿Quién le apuñalo?, preguntaron.
- Fui yo -respondí con iras y arrecho-. Este negro marica anoche me quitó mi ropa, no sabía quien era yo.
Al negro lo sacaron al policlínico y a mí me dijeron:
- Con que te cogieron hijo de puta, chucha de tu madre, ahora sí que te sacamos la puta madre... se fuga y viene bravo... ya vamos a ver y ahora te matamos a palo.

Efectivamente luego que pasaron lista, avisaron al penal que fui recapturado nuevamente. Los guías que se encontraban presos por mi fuga - eran cuatro y quedaron libres cuando yo caí-, fueron al C.D.P. y me sacaron la puta madre. Unos me daban con el palo en la cabeza, con el revolver en las piernas, en la espalda, el estómago y por donde me agarraban.

En el patio general del penal, me dieron una buena paliza, yo gritaba de dolor, los curiosos de la calle, o sea del monte arriba, y del penal miraban como me pegaban. “¡Dejen de pegarle, maricones, hijos de puta!”, les gritaban. Pero ellos no hacían caso y mejor más duro me daban, por mi fuga y por lo que le apuñalé al negro. Luego que me pegaron me dejaron en el suelo sin poder moverme y se fueron. Me esperaba otro tanto en el SICP.

Para mi buena suerte, ese día llegó el Director Nacional de Prisiones y me vio sangrando.

- Los guías me pegaron porque me fugué hace un año, le dije.

Y, viéndome golpeado y sin poder moverme, ordenó, que me lleven al policlínico para que me cosan las heridas de la cabeza y no me pegaran más Por orden de él mismo no me llevaron al SICP, dijo:

- El no tiene la culpa de fugarse, sino los guías que no saben cuidar. Llévelo al penal, ubíquelo en una celda, que se lave y que venga que quiero hablar con él. Así se hizo.

Al llegar al penal, mis compañeros, me dieron agua, jabón y una toalla y me lave, me prestaron una ropa y me cambié, pero al verme en el espejo parecía un perfecto monstruo, hinchada la cara, la nariz rota, el hocico igual, sangrando mis piernas. Fui a la dirección del penal y conversé con el Director Nacional de Prisiones.

Conversando con el Director Nacional de Prisiones acerca de mi fuga y de mis compañeros

Luego de permanecer, 16 horas preso y estropeado todo mi cuerpo, fui a conversar con el Director Nacional de Prisiones, que me salvó de que los guías, por vengarse, me sigan matando a palos.

Al verme limpio, me hizo entrar a la Dirección del Penal. Ahí estaba la prensa. Los periodistas de El Comercio, me preguntaban cómo me fugué, quién me ayudó, cómo lo hicimos, desde cuándo planearon la fuga, cuánto pagaron, etc., etc. Me tomaron fotos para sacarme en el periódico, y... “diga si es cierto que forzó a una puta del cabaret”. Todo eso decían y lo único que respondí, fue:

- Señor Director Nacional y señores periodistas, todo lo que ustedes dicen y lo que han dicho es falso, y si desean saber la única verdad, solo yo se como fueron las cosas y porque me he fugado dos veces del penal.
- Pues, entonces cuéntenos, señor.
Les conté la verdad, nada más.

Diálogo con la prensa. Los periódicos querían difundir la noticia de mi fuga

“Muy bien. En primer lugar, señores, tengo que decirles que la fuga la realicé fue por mi angustia y el encerramiento, y también porque las autoridades, jamás le preguntan a uno, sino que se rigen al informe policial y lo condenan como ellos quieren, ya que aquí en nuestro país no existe la justicia o mal llamada justicia, porque al de poncho o al que no tiene dinero para darles, le acusan de todo y lo escapan a matar. Hasta hoy, en cuatro años, no he sido sentenciado sino sólo apaleado y por eso me he fugado.

Así también tengo que decir que los guías del penal no tienen nada que ver en esto, ya que me fugué por un túnel, en compañía de otros compañeros, y como hombre que soy no puedo mentir, desde que nos fugamos, jamás los he visto, peor estar con ellos, no sé de su vida, unos estarán presos en otro lugar o talvez muertos, esa es la pura verdad.

Para terminar el diálogo les dije: Miren señores, y disculpen, quiero que vean mi cuerpo. Me desnudé y les mostré el culo negro del palo, la cabeza rota, el tabique mal, los ojos morados, parecía un perfecto animal. Como si no fuera humano, así le pegan aquí. Mi detención fue por estar en un cabaret y fui reconocido y traído preso. Eso es todo señores y, no hablé más. Me despedí, e ingresé al pabellón “D”, con un amigo. Me dolía todo el cuerpo y pasé la noche, con dolores de cabeza, de las piernas, los pulmones, las manos, la espalda, por la paliza que me dieron. Él me curó, pero ¡qué iba a dormir! Tenía miedo de que me sigan dando duro, pero esa noche llegaron los guías que se encontraban presos y me felicitaron por decir que ellos no tienen nada que ver en la fuga y me pidieron que les disculpe y se fueron. Claro, a ellos no les dolía, no saben qué es dolor humano. Al fin amanecí el primer día, bien garroteado.

Al siguiente día, mi foto y declaración en El Comercio y las noticias de televisión

“Recapturado peligroso delincuente” decían los titulares de los periódicos y los noticieros de televisión, exhibiendo mi foto, al día si-

guiente de mi declaración sobre la fuga que realicé junto con otros compañeros del Penal.

A los ocho días de mi recaptura, todavía trataba de curarme los golpes que me dieron los guías del penal. Y, como veían que tengo gente de la banda y me podía fugar de nuevo, a cada momento me miraban por una ventana y, a las seis de la tarde ponían candado en mi celda, cosa que me tenían azarado y me estuve volviendo loco. A las seis de la mañana, cuando me quitaban el candado, iba al patio a mover mis brazos y piernas y coger sol a que me pase el dolor, pero a donde yo iba me acompañaba un guía, hasta que un día me cabrié y le mandé a la puta madre y le di puñetes en la cara para que no me siga. Ponte: si jugaba, él ahí; si iba a cagar, él me seguía, o sea, donde que yo iba, también él iba. Todo eso me azaró y le golpeé. Al ver eso, las autoridades pidieron, con un oficio, que me manden a Clínica de Conducta ya que estaba loco. En verdad, por los líos que tenía me ponía super mal y fui trasladado a la Clínica de Conducta que queda al lado del penal.

Traslado del Penal a la Clínica de Conducta por pegar a un guía

Viendo mi mal comportamiento y también porque comencé a formar una pequeña banda, casi a los 20 días que fui cogido preso, todo el personal de administración hicieron un oficio al Director Nacional, pidiendo mi traslado a la Clínica de Conducta, por el motivo que era peligroso y no querían tener más líos con mi persona.

El Director Nacional, en una reunión en la que también yo me encontraba presente, me manifestó: “Víctor, yo le estimo mucho y sé que es un ser humano muy inteligente y así también un poco peligroso, de favor le pido, como amigo y hombre que soy, que me comprenda”. Al oír tal cosa acepté, pero le dije estas pocas palabras: “señor director quiero que usted autorice que me traten de lo mejor y aunque sea un preso, no sea castigado y tratado como quiera; la culpa yo no la tengo si los guías se duermen o se descuidan me puedo fugar de nuevo. El me respondió, “pues si tú te fugas yo no respondo lo que haga contigo.

Terminado el diálogo con todos los de administración, no hablé más y lo único que dijeron fue: “alísta lo que tengas que llevar al otro lado, o sea, a la Clínica de Conducta. Fue así el traslado mío.

Estando en Clínica de conducta”

Tras veinte días de permanecer en el penal me llevan a la tal llamada clínica de conducta. Llegué a un cuarto pequeño, llamado prevención pasé luego, a un patio pequeño, en donde los presos jugaban, pero no había más de unos quince. Era que salían al patio por pisos. Los del primer piso salían de las nueve de la mañana hasta las once, los encerraban y salían los del segundo piso desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde; el tercer piso desde las dos hasta las seis de la tarde. Divididos de tal manera, nunca se reunían todos, ya que se los clasificaba por su comportamiento. Y no me quede ahí, sino que me llevaron a un patio de atrás, en donde habían unos locos que vivían en unas celdas, con camas de cemento, unos tenían colchón y cobijas, otros no tenían nada y dormían en esas camas, sin cobijarse. A eso se llamaba “psiquiatría mental”. Apenas eran unos veinte los que vivían en esas condiciones; pero yo no era ni loco, peor tarado y me llevaron a ese sitio que desde que entré lo vi super feo.

Me subieron a las oficinas donde estaba la directora, una vieja puta que desde un principio me vio con mala cara y comenzó a decirme: “si usted quiere vivir aquí y no tener líos, tiene que obedecer y hacer lo que se le ordena, aquí las reglas son las siguientes:

“Si usted tiene visitas, las recibirá una vez por semana los días miércoles y dos horas, nada más; eso les pertenece a los que viven en el primer piso, los que viven en el segundo piso, tienen visitas dos veces por semana, o sea, los Domingos y Miércoles de nueve de la mañana a una de la tarde.

Los que viven en el tercer piso tienen visitas tres días de la semana: Miércoles, Sábados y Domingos, desde las nueve de la mañana a las cinco de la tarde. Ese privilegio les correspondía por tener buena conducta.

Después que leyó esos reglamentos dijo lo siguiente: “Aquí no se puede fumar cocaína -tabacos sí-, tampoco adquirir licor y cuando se los sorprenda tomando u olor a licor, se les meterá al castigo; se tienen que bañar todos los días y asear los baños”. Pero como a mí me estaba cogiendo como si fuera un loco, le respondí:

- Mire, yo estoy aquí preso para pagar mi condena y no para limpiar la mierda de nadie y yo no voy a barrer, peor bañarme, tampoco vivir con locos. Yo no soy loco y tampoco botado y con mi dinero hago lo que me da la gana. Entonces, la vieja directora me gritó, y yo no me aguanté, le mande a culear con la puta madre y con quien la hizo parir. Salió de la oficina y llamó a los guías y ordenó que de inmediato me metan en el congelador. Yo no sabía qué era el congelador. Los guías me echaron gas y me bajaron de las oficinas y me metieron de un patazo y a la fuerza, a un cuarto, pequeño, oscuro y frío que quedaba debajo de las gradas para subir al segundo piso y me encerraron con candado. Yo gritaba, pero no me hacían caso y para que me calle, me pusieron gas en el cuarto y casi me asfixio, me había desmayado un rato, y cuando volví en mí, era de noche.

En aquel cuarto no se veía nada, hacía frío y no podía acostarme porque no había cama peor cobijas y, de maldad, los guías me mojaron el piso del calabozo o “congelador” como ellos lo llamaban. Cuando llovía también entraba el agua. A mí me dolía todo el cuerpo de los golpes y como mi rebeldía era grande, y llegué a tener odio a todos, les prometí que saliendo los mato a cualquier maricón que me vea o me diga algo. La directora llegó a saber y ella estaba segura que yo podía hacer algo. El castigo duraba ocho días, pero como no soportaban, mis insultos, me regresaron de nuevo al penal a los cuatro días de permanecer en ese calabozo, donde, estando a solas saque estas palabras de dolor y amargura, su título: Soledad.

Soledad

En la vida hay soledad, engaño traición, pasión, amor y compasión; pero lo que más me duele en la vida es el olvido de quienes fueron mis compañeros de trabajo, hoy no queda nada. Pero la vida es así, llena de desaires y no hay más amor, y ahí es cuando uno sufre mucho y se acaba moralmente. Cuando tenemos un amor y se va, talvez para siempre de nuestro lado, por no tener amor y comprensión, uno se destruye lentamente. Pero uno mismo tiene la culpa por no saber valorar

y amar al ser que es compañera y mujer a la vez. Ojalá algún día uno pueda volver amar y en primer lugar, saberle comprender y tratarle de lo mejor, para que así dure un amor y que jamás se borre de la mente y tener compasión, amor y pasión por una mujer. Pues cuando uno no tiene nada de eso, la esposa, moza o amante lo deja botado entre cuatro paredes, consumiéndonos y mirando todo vacío por nuestra culpa.

Esta dedicatoria escribí en mi soledad, al verme sin nadie quien me ayude y vea lo que me pasa y así volví al penal nuevamente.

Nuevamente me trasladan al penal, luego de estar cuatro días en la Clínica de Conducta por no soportarme y querer matar a los guías

Pues claro, al retornar al penal todo cambió, en cuatro días todo era distinto. Ha llegado bastante gente, bandas de asaltantes, roba-carros, criminales, sicarios, maricones, negros, cholos, indios..., bueno, de todo.

Al trasladarme de nuevo no tenía donde dormir, pues con tanta gente se ha llenado y tampoco tenía preferencia. Pedí posada en celdas de unos amigos, ponía un colchón y dormía en el suelo, en ese cemento tan frío me dolían los pulmones, y no podía dormir. A uno lo tratan así, pero vive en esas condiciones, sin consideración... como puede. Yo quería superar la crisis con la ayuda de mi gente, es decir, con quienes trabajé. Hice lo que quería y me capturaron por tonteras, pero como cuando me cogieron, jamás hablé nada de nadie y comencé a pagar mi condena. Pero ellos decidieron abandonarme y me quedé solo en el penal y todo cambió para mí.

A los dos meses recapturado, un día de visita llegan al penal John, Bolívar y Mercedes, y conversamos esto:

Visita de John, Bolívar y Mercedes

Después de mi recaptura, como salí en los periódicos y en la televisión ellos me habían visto y por ese motivo, luego de averiguar cómo fue mi detención y asegurarse que no comprometí a ninguno de ellos, llegaron un día de visita.

Cuando John, Bolívar y Mercedes llegaron a verme, al penal yo me alegré, pero después no fue así.

Después de saludar con ellos y estuvieron un momento dijo John: “Víctor lamentamos no poder ayudarte en nada, porque tú mismo te separaste de nosotros y agradece a Dios por no mandarte a matar ya que por segunda vez te detienen y no has delatado a nadie, sino estuvieras muerto”.

Esas palabras en vez de darme un consuelo, mas bien fueron un perfecto tormento para mí. Al irse me dejaron unos billetes y se marcharon de mi lado para siempre y desde aquel momento no supe de nada ni de nadie, con quienes yo trabajaba y que alguna vez fueran mis patrones. Ellos me enseñaron a cometer huevadas y a meterme en el robo de carros y tráfico de cocaína; pero, a los seis años de pertenecer a la mafia -y gracias a Dios, no me mataron por abrirme- me quedé solo y sin ayuda de nadie.

Al verme en tal situación, yo no podía pasar con tranquilidad como antes de separarme de ellos. No lo niego, tenía mucho miedo de que me manden a matar, ya que yo sabía todo lo se hacía y cómo se hacía. Ese era mi temor y quería irme a otro lugar o que me maten y no vivir atormentado.

Sufría mucho, quería seguir adelante, pero no podía y al verme en esa situación y angustia comencé a tomar licor y a drogarme, lo cual antes no hacía, pero buscaba un desfogue y comencé a tener mas preocupación.

Un día me llegó esta noticia: “tu padre falleció” y al no poder verle por última vez, sentí dolor. Aunque me trató super mal, era mi padre y le debía respeto. desde ese momento tuve rencor, odio y malos pensamientos e intenciones de cometer cosas fuera de lo común. Me dañé como si hubiera sido un perfecto gamín, y así sucedieron muchos líos.

“Asaltando a Visitas en el Penal”

A raíz de la noticia de la muerte de mi padre, me dediqué mucho a tomar, licor y como en el penal venden como si fuera licorería, a toda hora, cuando tenía dinero, lo compraba y cuando no; pues asaltaba a los que vendían licor, y si no se dejaban robar los apuñalaba y me llevaba todo el trago.

Tenía líos, con los que venden droga, me fiaban pero no tenía de donde pagar. Para eso, cuando había visitas, yo les robaba a las personas al subir las gradas, principalmente en el pabellón “D”, donde estaba la gente más mala.

En esas condiciones, viviendo como un perfecto ladrón y malandro, permanecí unos siete meses. Nada me importaba, quería que me maten o matar. Así, por robarle a una visita, el hijo se enteró y me cogió a mansalva, me apuñaló en la pierna y en el pulmón, y casi me mata; pero yo ni así tuve miedo; suscite un lío muy grande que fue mi perdición, o mejor dicho un pequeño escarmiento. Me compuse de todo y me dedique a trabajar.

Les cuento cómo, más o menos fue el lío: maté a un compañero de celda, ya que me comencé a traumar, me acordaba de todo lo bueno que pasé y así mismo de Ruth y Mercedes que fueron mis mujeres y hoy al saberme solo y sentir la soledad, me atormentaba, ya que todos me abandonaron y jamás volví a pertenecer a la banda. Bueno, les cuento el motivo por el que maté a mi compañero:

Muerte a un compañero del penal, todo por consumir licor y cocaína y en mi celda

Paso una semana de cometer líos y robos a las visitas y me iban a mandar al penal de Guayaquil, por mi mala conducta, y como no me importaba nada seguía tomando licor, y recuerdo muy bien la fecha en la cual cometí ese crimen. Yo estaba acusado de tenencia de droga y él había sido un agente de Dinacontes, lo maté por eso, porque era agente, pues me acordé como me pegaron esos malditos y me desquité con él.

Yo vivía en el pabellón “C”, en el tercer piso, en compañía de otro preso. Resulta que un día jueves, me puse a tomar todo el día y con él, consumimos mucho licor y fumaba droga, me tomé unas pastillas y me enloquecí y él también. Recuerdo que tomamos diferentes clases de licor y eso me volvió bruto y perdimos el sentido. Siendo casi noche, mi compañero me comienza a ahorcar con una cuerda con todas sus fuerzas. Estábamos con candado. Al ver que me ahorcaba y mascaba espuma y sentía que me moría, mi desesperación hizo que cogiera un cuchillo

llo que tenía en la cama y le pegué una puñalada en el estómago; pero ni así me soltaba, yo leforcé y le pegué otra puñalada en la pierna, tampoco me soltaba, el parecía un diablo, tomé fuerza y me levanté y como un loco, y sin saber lo que hacía, le pegué diecisiete puñaladas en todo su cuerpo, con un cuchillo de 40 centímetros de largo y bien filudo. Luego de matarle, boté el cuchillo por la ventana, y la sangre le salía como un grifo de agua y corría en la celda. Al oír los gritos y ver la sangre, los otros presos llamaron a la policía. Abrieron el candado y encontraron el cuerpo muerto. Yo estaba un poco asustado y tenía licor en las botellas. Luego de un rato, llegaron los guías y también tenía ganas de matarles y los que estaban a mi lado me daban duro pero no sentía porque me encontraba bajo los efectos del licor y drogado y así me llevaron al calabozo de castigo y me pegaron por matar a mi compañero de celda.

En el calabozo por matar a un compañero mío

Después que los guías y un teniente me sacaron de mi celda, me llevaron al calabozo, pero antes de ingresar había una piscina y unas lavanderías, donde todos los presos lavábamos la ropa, el teniente de la policía me decía: “¿por qué lo mataste?, hijo de puta, no ves que era un humano y cómo le has hecho: diecisiete cortes?” Me dieron duro y me metían en la piscina de agua sucia y me tiraban gas, para que me pase la borrachera y lo drogado que me encontraba, pero ni con el agua ni con los golpes me pasó. y me han dejado tirado boca abajo en el suelo del castigo, roto el hocico, movidos unos dientes delanteros.

Al otro día me dolía todo el cuerpo, pero no me acordaba lo que ha pasado. Yo he estado con mi cabeza llena de licor, de droga y pastillas y no sabía que he hecho y pregunté:

- Oye negro, ¿por qué estoy de sangre y pegado?
- Oye Víctor, tú no te acuerdas lo que mataste, me respondió el negro.
- ¿Cómo que maté?
- Sí loco, anoche le has matado a tu compañero de celda, de diecisiete puñaladas.

Al oír eso, me asusté mucho, pero ni me imaginaba la locura que he cometido, y todo, por el licor, y por consumir cocaína y pastillas. Estando en el calabozo, me arrepentía y no comprendía lo que pasó. Me dolía mucho mi cuello y un corte en la pierna me sangraba un poco. Esta muerte la cometí al finalizar el año 1987, pero en verdad no me importaba lo que hice. Así también el otro compañero quería quitarme la vida, pero lo maté antes de yo ser el muerto. No me acordaba ni papa, como ha comenzado el lío, pero para que tome la decisión de matarlo, tiene que haber sido algo grave y no me aguanté. Qué cantidad de trago y pastillas me tomaría para que haya perdido la razón.

Bueno, luego de estar tres días en el calabozo, castigado, llegó el Director del penal y...

- Ves lo que cometiste, ahora no puedes ir libre.
- Cómo que no me puedo ir libre.
- Claro, si mataste te seguirán juicio por muerte, y aquí te llegó tu boleta de libertad.

No me habían sentenciado. Me absolvieron, dijeron que no tengo evidencia y que esa droga que me pusieron los agentes, no había sido droga sino harina; así constaba en el parte de destrucción de droga, pero, sólo miré mi boleta. Si no le mato a ese hijo de Puta me iba libre, pero todo me salió super mal y continuó detenido y acusado de matar a un compañero de celda en el penal.

Desde ese momento mi vida se volvió más hijueputa, quería seguir matando o que me maten y no me importaba nada.

Salí del castigo al sexto día de permanecer ahí, ya que tenían que investigarme por esa muerte. Más o menos fue así: llegaron unos agentes con un oficio y me llevaron al SICP para que diga cual fue el motivo y causa para que lo mate.

La familia quería matarme o vengarse pero todo pasó, pues, me ayudaron en los informes.

Declaración en el SICP para saber las causas y motivos por los cuales yo maté a mi compañero de celda

Luego de permanecer seis días en el calabozo y como ocho meses preso, soy llevado a declarar, pues trataban de averiguar cuales fueron las causas y el motivo por el cual yo maté a mi compañero de celda. Cuando estuve en el calabozo del SICP me sentía como raro, esposado, pero en verdad esa fue la única vez que no me pegaron. Me tomaron fotos, me sacaron por la prensa y todo eso, pero mi declaración ante los agentes fue la misma que en el penal. De verdad, yo no me acordaba, el porqué fue la pelea y el motivo por el que lo maté.

Esa declaración no duró mucho tiempo. El mismo día me subieron al penal, acusado de muerte. Se aproximaba el fin de año y yo estaba encerrado en el calabozo. No tenía paz, peor tranquilidad, no dormía y mi vida corría peligro.

El fin de año del 87 pasé encerrado en el calabozo. Para mí era amargo y lamentaba lo ocurrido pero en el informe decía que fue en defensa propia, ya que tenía huellas de ahorcamiento.

Al fin llegó el año nuevo. Yo quiero salir pronto del castigo, en que los guías y autoridades del penal me encerraron para evitar que vuelva a matar en las fiestas de fin de año.

Mi vida corría peligro y decidieron mandarme a otra cárcel y evitar que siga matando o que me maten. Hablaron con el Director Nacional sobre mi caso y de otros internos y mejor decidieron mandarnos a otras cárceles, en Latacunga, Ambato, Riobamba y Guayaquil. Se realizaron los traslados y a mí me mandaban a la cárcel de Riobamba. Para mí fue lo mejor para poder olvidar lo que me pasó ya que por esa muerte, no pude salir libre.

Traslado a la cárcel de Riobamba para cuidar mi vida y no tener mas líos en el penal, por la muerte que causé durante mi borrachera

Efectivamente, después que maté y me investigaron, para no tener mas líos en el penal, y precautelar mi vida -claro, no era yo no más, habían muchos otros compañeros-, la Dirección Nacional de Prisiones, decidió mandarnos a unos 40 presos, con el traslado a diferentes par-

tes del país. Yo estaba decidido a lo que venga y a donde me manden y, así fue:

El 15 de Enero, 40 presos de los cinco pabellones del penal, fuimos sorprendidos por la policía, mientras nos encontrábamos durmiendo. Serían las dos de la mañana, cuando sacaron los candados de nuestras celdas y, tal como estábamos, unos en calzoncillos, otros en pantaloneta o vestidos, nos sacaron al patio.

La policía nos explicó que por nuestra mala conducta íbamos a ser trasladados a otras cárceles. Hacía frío, nuestros compañeros de celda, nos pasaban las ropas para ponernos y algunos unas cobijas.

Al cabo de media hora, pasaron lista, nos pusieron las esposas de par en par, y comenzamos a salir del penal. El carro nos estaba esperando, era un bus de la policía, subimos los 40 presos y unos 10 policías, cinco más iban en el techo del bus y un patrullero adelante. A unos los dejaron, en la cárcel de Latacunga, otros se quedaron en Ambato -también yo debía quedarme allí, pero no quiso recibirme el director de la cárcel ya que decía que no quiere que me fugue y les haga fugar a los demás- Al fin, luego de unas cinco horas llegamos a la cárcel de Riobamba y nos quedamos cuatro presos, el resto iba para Guayaquil, -si a mí no me recibían en Riobamba iba a Guayaquil pero me aceptaron y no dijeron nada-. Nos recibieron en prevención y nos llevaron a un cuarto pequeño, donde se encontraban detenidos los choferes, en calidad de encargados. Eran las seis o siete de la mañana y hacía mucho frío.

Ubicación de los cuatro presos en la cárcel de Riobamba. Mal informados: mal comportamiento

En ese cuarto pasamos todo un día y los demás presos nos veían por una ventana y nos amenazaban, creían que éramos nuevos. Seguramente, ellos no sabían de donde venimos.

Anocheció. En aquella cárcel, hacía frío y temblábamos ya que los cuatro no teníamos con que cobijarnos. Yo, entre mí decía, “a dónde vine a parar por matarle a ese hijo de puta y todo por mi borrachera, todo eso pensaba y me he quedado dormido del cansancio hasta que amaneció. Comunicaron a la guardia que éramos presos del penal. En

sendos oficios se decía que éramos peligrosos y que nos tengan cuidado, principalmente a mí, por las fugas que he realizado. Mi oficio tenía un OJO.

Cuando llegaron las personas de las oficinas, el director y el personal administrativo nos llamaron por los nombres y fuimos sacados del cuarto oscuro y frío hacia las oficinas de la cárcel, dimos nuestros nombres y las causas por las que nosotros estábamos presos y el motivo de nuestro traslado, nos tomaron una foto y las huellas y ordenaron a los guías que nos ubiquen en el segundo piso a los cuatro reos.

Al salir de las oficinas, miré a unas chicas, tenían buen cuerpo y bien vestidas, se encontraban al subir unas gradas, pensamos que eran trabajadoras de ahí, pero habían sido presas.

Cuando pasé por ahí, le mire a una chica pequeña y bonita, de corta edad, tenía unas buenas tetas y un culo redondito, y unas piernas gorditas y con minifalda rosada. Me gustó ese culo y al pasar la miré y le guiñé el ojo y ella sólo se ríó y se fue. Entre mi decía, esa patucha tiene que ser mía, pero si no tiene marido y así me fui pensando, tal cual yo pasaba cuando les tenía a Ruth y a Mercedes, pero todos se han ido y me he quedado tan solo y, como compañía, sólo tenía a mis amigos.

Llegamos a una puerta que dividía al edificio en dos secciones: la de mujeres y la de hombres, íbamos pasando y los demás presos nos miraban, ya que teníamos puestas las esposas, en señal de “peligrosos”; llegamos al segundo piso y nos pusieron en una sola celda a los cuatro. Las puertas no eran como en el penal, eran de fierro o rejas nada más y se veía todo. Claro, por curiosidad los presos de esa cárcel se acercaban y nos preguntaban: “¿por qué vienen presos?” Les dijimos que somos del penal García Moreno y por fugarnos estamos aquí. Al oír eso se marchaban.

Pasamos la primera noche, sin cobijas y con las esposas puestas. Amaneció, tomaron lista y recién ahí nos sacaron las esposas y nos dejaron salir al patio. Pero como nosotros no conocíamos a nadie ahí, andábamos unidos los cuatro, cuidándonos las espaldas. Claro, no niego, tuve líos con un mono hijueputa y afrentoso, traído de Guayaquil por muerte, nos quería ver las huevas, pero como yo era también un majadero, le dije: “mira mono maricón, que chucha quieres, matémonos de una vez, yo también estoy por una muerte y vengo del penal”. Él me

quiso dar con un cuchillo y le dije: “espera, peleamos a cuchillo”, me prestaron uno, y peleé a cuchillo, me cortó y yo también le corté, y desde ahí se quedó frío y no jodió más. Todo eso las chicas han estado viendo por las mallas, o sea la patucha. Y no lo niego, me gustó y me enamoré a primera vista, me hice amigo de ella y así pasó el tiempo.

La cárcel era grande, tenía de todo: cancha de índor fútbol, boly, básquet, talleres. Bueno, así pasé unos 15 días, y conversaba con la chica, nos hicimos amigos y nos enamoramos. Ahí nos dejaban tener chicas y, los días jueves, ellas pasaban donde los hombres, y no niego al primer mes era mía y desde entonces vivió a mi lado -en el pabellón de hombres-. Las autoridades no me decían nada, pues para ellos era mejor, decían: “con mujer el Víctor no piensa en fugarse”. En verdad, yo me quedé con ella, la conocí hace un mes, y me gustó por su manera de ser: sencilla, bonita, con buen cuerpo, un buen culo y con ella dormía las noches y desde ahí fue mi compañera y me izo olvidar un poco de los sufrimientos. Con ella pasaba tranquilo, jamás decía nada. Pero miraba las paredes de la cárcel, eran sumamente bajas. “Tengo que fugarme” pensaba, pero no daba a sospechar, ya que los guías me hubieran seguido la pista, y así pase en Riobamba, jugando, trabajando en los talleres, haciendo cepillos de ropa, escobas y tenía amigos, pero a ellos jamás les conté nada de lo que estaba pensando hacer, tampoco a mi chica, pero decido fugarme de ahí, en el mes de abril de 1998 en las fiestas, o sea a los tres meses de haber llegado y todo lo realicé a buena velocidad y en compañía de dos presos más, ya que el muro de la cárcel tenía sólo unos tres metros de alto. Para mí no era difícil irme, “si del penal me fui dos veces, porque no puedo irme de aquí” pensaba.

Así fue la fuga.

“Primera fuga de la cárcel de Riobamba, a los tres meses de llegado, en plena fiesta de abril

Efectivamente, luego de yo planear y ver bien todo, decido irme un día 21 de Abril.

Amaneció. Como siempre, me levanté, salí a coger el desayuno, se lo traje a mi patucha -ella dormía conmigo desde hace dos meses, y fue mi mujer, cuando regresé con el café, ella se despertó al abrir el can-

dado, saludó, tomó café negro, fue a bañarse y la acompañé; pero yo ya tenía que irme. La escalera estaba lista -un tablón con palos para poder apoyarnos, nada más. Ella se bañó, llegó a la celda y le dije:

- Ya regreso.
- Pero viene pronto a que coma unas papas fritas, me recomendó.

Al salir del cuarto, cogí el tablón y comencé a bajar las escaleras, vi que el guía no estaba en la garita, coloqué el tablón hacia la pared y subí yo primero, luego mis compañeros. Me quedé enredado en los alambres de púa, pero me zafé a la fuerza, me sangró la espalda, pero logré fugarme de nuevo, sin mucho riesgo, sin apuro ni ayuda de nadie. Fue en la mañana, antes del cambio de guardia.

A los tres minutos oí unos disparos, decían: “¡Se fugan!”. Me siguieron por la calle, me metí al bosque y no me pudieron coger, ya que les llevaba ventaja y corría y corría como un venado asustado. Como no conocía, no podía salir a la calle, los perros ladraban, los sapos me miraban extrañados, asustados. Logré subirme a un carro y llegué a Baños y luego, no sabía que rumbo coger. Me cogió la noche y seguía caminando, me metí a un monte y dormí ahí con miedo de que me cojan. Así logré fugarme de la cárcel de Riobamba.

Amaneció y me dirigí a la casa de un familiar mío, en Lago Agrio, quería estar en una casa y poder descansar tranquilo. Llegué a los tres días de haberme fugado.

Llegada a la casa de mi hermana, en lago Agrio, después de fugarme de la cárcel de Riobamba a los tres meses de permanecer detenido, por muerte

Cuando llegué a donde mi hermana, ella se asusto al verme.

- ¡Hermano, que hiciste!, dijo.
- Nada, ¿por qué?, le respondí.
- Tú saliste en la televisión y el periódico. Al oír eso le contesté:
- Mira hermana, yo en verdad, me fugué de la cárcel de Riobamba pero sin hacer daño a nadie. Subí por las paredes y fugué, eso es todo. Vengo a pedirte un favor, si puedes, por supuesto.

- Eres mi hermano, si puedo te ayudo o sino no; pero dime que quieres que haga o diga.
 - Sólo quiero que me dejes estar aquí unos días hasta que se enfríe lo de mi fuga, luego me largo. Pide a Dios que no me cojan rápido.
- Al oír eso mi hermana decía:
- Víctor, ¿por qué tú no acabas de pagar tu condena? Yo te ayudo en todo, te pongo un abogado...
 - Pero cuando me cojan preso, mientras tanto disfrutaré todo, veré lo mejor y velaré por una chica que tengo en la cárcel, ella me ayudaba a salir adelante, tengo que sacarle libre primero.

Bueno, así continué viviendo en Lago Agrio. Pero también ahí hay chicos dañados y yo me uní a ellos para robar y poder mandarles dinero a mi chica. A los tres meses de vivir, prófugo, en Lago Agrio, cometiendo robos y asaltos, decidí viajar a Riobamba a dejarle un dinero y ver como ha pasado. Era Agosto. El dinero lo dejaba donde una amiga de nosotros que trabajaba en las cárceles, quien me contó que por culpa mía estaba presa la Directora de la cárcel de Riobamba. Le decían, la *cari-iguana* porque era gordota y muy fea. Y, por querer verle a mi chica, por necio y por mala suerte, me reconocen los guías y me recapturan.

Parece mentira pero es verdad, ¡uno es burro! bien dice un dicho: “por un culo uno pierde la cabeza”... Sabiendo que estoy prófugo se me ocurre ir donde esa amiga en Riobamba a dejar un dinero y unas cosas para mi chica, me reconocen, caigo detenido y nuevamente fui a la cárcel de Riobamba.

Eso me pasó por bruto.

Recapturado a los cuatro meses de haber fugado de la cárcel de Riobamba, acusado de muerte

Muy bien, luego de estar libre, aunque sea prófugo por el tiempo de cuatro meses, por mi ignorancia, por venirme de Lago Agrio -Oriente Ecuatoriano-, estando bien en casa de mi hermana, por verle a la chica -también de nombre de Mercedes-, soy cogido preso nuevamente.

Con ella pasaba momentos hermosos, hacíamos el amor como a mí me gusta hacerlo, ella me llegó a querer y yo también. En otras palabras, me encabroné, me gustaba tenerla a mi lado, tocar su cuerpo, su culo, su polla, sus tetas... y me hacía feo sentirme solo nuevamente y por eso me vine. Quería verla, oír su voz aunque sea por teléfono.

Mi detención fue medio cojuda: se había fugado otro preso y justo ese día salen a buscarlo, ya que el vivía ahí mismo en Riobamba y, en vez de cogerle a él, me cogieron a mí, sin tener escapatoria. Llegué a donde mi amiga a dejarle dinero y unas compras para Mercedes y, al verme los guías me capturaron, me dieron duro con el revolver y me noquearon, me subieron al balde de la camioneta y me llevaron a la cárcel. Ya estando preso, los guías me dieron una tremenda paliza y como eran indios, me pegaban con venganza, me dieron en las piernas, en el pulmón, el estómago y decían: “toma maricón, ahora fúgate así como estás”. Cuando se cansaron me llevaron a una celda en el segundo piso y me pusieron candado. Los demás presos tenían pena de mí, al ver cómo me pegaron los guías. Mi pelada lloraba y me decía: “mira como te han dejado, mi amor”. Ella me daba consuelo, amor, cariño y comprensión pero no se tenía remedios y tampoco lamentándose uno se curaba de la paliza.

A los cinco días de permanecer con candado en mi propia celda, me sacan y me llevan a las oficinas. La vieja directora se encontraba presa ahí mismo y cuando me vio me haló de los pelos y me chirleó la cara y al verme apaleado, no tuvo pena y mandó a que me encierren de nuevo. El deseo de la vieja, cara de iguana era mandarme de vuelta al penal. Me lo dijo, pero yo le cogí por el lado flaco y le prometí que no volveré a fugarme y me dedicaré a trabajar en la cárcel. También Mercedes, mi mujer, le pidió de favor que me ayude, por última vez. La directora accedió y me dejó en Riobamba.

Tenía que pasar siempre en el lado de las mujeres. Todo el día trabajaba donde ellas me vean, y en las noches iba a mi celda en compañía de mi mujer. Ella me decía:

- Amor, no se deje estropear de esos maricas y mejor cumpla su condena. Yo ya me voy libre y puedo venir a verle, pero dígame

si se va a componer y no va a tratar de fugarse, o no vengo nunca.

Le prometí no volver fugarme. Pasaron unos dos meses y ella salió libre y yo me quedé solo en la cárcel, pero dedicado trabajar. Todo iba bien, pero en mi mente quería fugarme, formar un hogar con ella y vivir tranquilo.

Les cuento lo que pasaba: Después que mi mujer salió libre, no venía a verme siempre pero me mandaba las cosas, me llamaba por teléfono todos los días y así seguí viviendo por el tiempo de cuatro meses y siete días. Quería conversar con ella y decirle que no puedo vivir solo, sabiendo que ella esta libre. En verdad me sentía super solo, me había encabronado con ella y la quería mucho y tenía celos. Temía que me deje en cana y no vuelva a verme jamás.

Actividades en la Cárcel de Riobamba

Durante diez meses me dediqué al trabajo. En verdad no pensaba en fugarme de la cárcel hasta que salió libre la chica de la que me enamoré a primera vista, desde el momento que llegué con el traslado.

Bien, me dediqué a fondo al trabajo, hacía cepillos de ropa y entregaba.

Este camello, en cana, consistía en comprar cerda de puerco a los que matan en el camal -una persona era la encargada de salir, en compañía de dos guías y en el carro de la institución a comprar el material y al recibirlo se pagaba una poca cantidad de dinero para ayuda de las oficinas-, pero lo que no me gustaba era, que la traían en costales empapada en la mierda de los chanchos y como yo no era enseñado a trabajar honradamente, me cogía de nuevo, tenía vomitó, ganas de hacer el baño, asco y no quería oler ese olor a mierda.

Había que comprar diesel, regarlo en la cerda para que se mueran los gusanos que venían en el costal, se la enjuagaba y se ponía a secar. Al cabo de una semana que se la tenía en el sol, uno comenzaba a clasificar la cerda: la buena y grande para cepillos de ropa, la mediana se la utilizaba para cepillos de zapatos y con la bien pequeñita se la hacía cepillos de coger tinta y lustrar los zapatos.

Cuando se tenía todo preparado, se compraba unos tablonos, y se los trazaba en tiras, para luego cortar en la medida del cepillo, del porte que tú querías. A eso me dediqué en cana, y no podía portarme mal, porque, como me dijo la directora, me regresaban al penal. Yo la obedecí y también a mi chica, ya que ella no me fallaba en nada, venía cuando eran las visitas y me traía cosas para cocinar y comer con ella. También jugaba boly y hacía cualquier actividad.

Así pasé todo el del año 1988, pero me llegó un momento de desesperación y busqué fugarme de nuevo. En ese tiempo mi mujer y mi hermana me ayudaban con un abogado que me defendía. El me dio la esperanza de poder salir libre, ya que me encontraba detenido seis años y la ley no me daba más, pero por muerte en defensa propia.

Me ayudaron y pude salir a los tribunales, era la única forma de saber la verdad: si salgo libre o me quedo, por el delito anterior, o sea, por vender cocaína. No me sentenciaron, ya que la evidencia, que por maldad me pusieron los agentes, había sido harina y me tuvieron los cinco años encerrado injustamente. Dios me ayudó. Veré ahora que mismo pasa y si es posible salgo con la ayuda de mi mujer, o sea la chica que me conseguí en cana, esa chiquita y bonita que me supo comprender y atender y ayudarme en todo. Hasta la fecha sigo con ella, tengo cuatro hijos y todos son fabricados en cana, los quiero y los amo.

Bien, llegó el fin de año y todo era alegría y una tranquilidad para mí y también para las autoridades de la cárcel. Sabiendo que yo iba a salir libre no tenían miedo de que me vuelva a fugar. Me felicitaron por mi salida. Sólo esperaba mi Audiencia en Quito para ver que pasa conmigo.

Fiestas por fin de año en la cárcel Riobamba, con todos los detenidos

En esa cárcel todo era bien organizado y alegre, por la razón que también habían mujeres presas. Eso ayudaba a uno a pagar la cana.

Para las fiestas se hacía oficios para que vengan unos invitados, o sea de orquestas o bandas a que alegren la cana. También se pedía a las instituciones, colaboración para las colas y camisetas. Organizábamos campeonatos de fútbol, de boly y básquet y venían de otros lados a participar en los juegos. Venían visitas, chicas y jóvenes a bailar en cana y

por fin de año, todo era permitido. Con el permiso de la directora se metía galones de puntas -trago puro- para mezclar y brindar a los participantes. Los hombres se hacían el levante de las presas o personas de afuera y así mismo, las mujeres se conseguían sus machos y tenían relaciones.

Llegó el momento de fin de año, quemamos al viejo y... unos lloraban, otras gentes gritaban, había borrachos tirados en el suelo, las mujeres en las camas de los hombres, todo era un perfecto relajo, la cárcel parecía un puteadero y no había donde dormir. Al final sólo se quedaron las mujeres de los presos y los maridos de las presas, el resto salieron a sus casas, y así terminó la alegría de todos los que nos encontrábamos presos.

Luego de esas fiestas, unas quedaban preñadas de los mismos presos o de gente de afuera; venían mujeres de la calle a ver a sus machos y también con sus panzas llenas y todo eso era un fiasco. Después de la alegría venía la amargura: mantención de los guaguas, peleas de los casados que tenían sus chicas aparte. Cuando los encontraban, ahí se armaba el relajo.

Pero a pesar de todo, esos fines de año eran los mejores que yo he visto y vivido, pasé de lo mejor con mi mujer y mis hijos, con mucha felicidad, al saber que podía salir libre lo antes posible.

Bien, mis amigos lectores, pues así es cómo uno pasa cuando se encuentra en prisión, con la esperanza de algún día salir libre o muerto. Pero cuando se sale, tenga uno o no culpa, la gente, la llamada sociedad le señala como una lacra. Cuando se sale libre y busca un trabajo, la gente lo señalan con el dedo y no le da la oportunidad de ser útil a la sociedad.

A continuación les cuento sobre mi Audiencia.

Audiencia en Quito, para saber si salgo libre o me quedo por la muerte que cometí en el penal

Muy bien, después que pasé de lo mejor y gozar de las fiestas de fin de año, en Riobamba, con mi mujer que me acompaña en todo momento, amaneció el primer día del año de 1988. Todos nos encontrábamos chuchaquis, con el malestar de la borrachera y el dolor de los pies

de tanto bailar. La cárcel era una perfecta tontera: basura, botellas de licor, borrachos por todo lado, pero lo mejor que pasó es que no hubieron peleas.

Bueno, para mí, lo mejor era que me traigan a Quito a la Audiencia y ver que mismo pasa y al cabo de estar unos cinco meses en Riobamba, me trajeron al penal para afrontar el juicio que seguían en mi contra por haber matado a un compañero de celda, en estado de embriaguez.

En esa Audiencia podía saber si me sentencian o salgo libre, ya que mi abogado, defensor, peleaba el juicio, bajo el argumento de que la muerte fue en defensa propia.

Pues bien, llegado el momento me trajeron a Quito, en una empresa de transportes, acompañado de dos guías y esposado, para que no intente fugar de nuevo; pero qué mi iba a fugar, si mi abogado decía que recobraré mi libertad.

Cuando llegué al penal, luego de cuatro horas de viaje me sentía super diferente, allí estuve sólo dos horas y fui a la Audiencia en los tribunales.

Audiencia Pública en Quito

Muy bien, pues llegué Quito, sin novedad y al cabo de unos dos horas, me llevaron a la Audiencia en los tribunales de lo penal.

Cuando llegué, me asusté por la razón que se encontraban ahí los familiares del difunto y apenas me vieron se me lanzaron encima, queriéndome coger la cara y gritándome: “¡asesino, criminal!”... y un hermano del muerto, pues se lanzó encima mío y no perdonó nada, con un cuchillo en la mano me apuñaló en mi espalda. El momento que fui agredido caí al suelo en un charco de sangre; yo, lo único que pedía era que no me dejen morir. Pues, la puñalada era profunda. Al agresor lo cogieron preso y a mí me llevaron al hospital Eugenio Espejo, directo al quirófano, me operaron de urgencia, ya que me comenzó a salir sangre por la boca. Lo único que oí decir fue: “ojalá se salve, está afectado el pulmón”.

En el hospital Eugenio Espejo apuñalado por un familiar del que yo maté, se me vengó y casi mi mata

Miren como son las cosas, luego de haber gozado y tener tranquilidad en Riobamba por el tiempo de diez meses, soy traído a Quito para una Audiencia y en el momento que entraba a los tribunales a rendir mi testimonio, casi me matan los familiares del que yo maté.

No declararé, tampoco mi abogado me defendió, pero se encargó de poner la acusación particular por intento de asesinato y el agresor quedó preso.

En el hospital, en cama, no me acordaba de nada, me han operado y gracias a Dios, los doctores me salvaron la vida. Cuando volví en mí, a las cuarenta y ocho horas de estar operado, tenía mucha sed. Estaba boca abajo, con sueros y una pinta de sangre y no podía moverme; alrededor mío no encontraba más que a Mercedes -mi mujer- lloraba y decía: “no te mueras amor, te amo mucho”. Eso es lo que me acuerdo y desde ese momento, mi vida fue tan cruel... tenía una venganza y quería curarme y que me manden al penal de nuevo para matarle a ese hijo de puta y de una vez quedarme ahí, por algo, y no así inválido, sin poder moverme.

Poco a poco me iba sanando y no sabía que iba a ser de mí, ya que no pude rendir mi declaración en la Audiencia. Tenían que sanarme para ver si me quedo o salgo libre.

Ya operado permanecí un mes en el hospital

En verdad, jamás pensé que un hijueputa casi me quitara la vida y no creía estar vivo todavía, después de una puñalada de diez centímetros de profundidad.

Operado y tirado en una cama del hospital, con el riesgo de que me vengán a matar de nuevo me cuidaban dos policías, en el día uno y en la noche otro. Pasé dos meses puesto una manguera de oxígeno y pintas de sangre ya que se complicaba mi respiración y sentía morirme.

Al fin, el médico del hospital me dio el alta y como el que me apuñaló estaba preso en el penal, a mí me mandaron de nuevo a la cárcel de Riobamba.

De regreso a la cárcel, de Riobamba, luego de salvarme de una puñalada que me dio un familiar del muerto cuando me encontraba en Audiencia Pública en Quito

Por la razón que antes de declarar me apuñaló, el hermano del muerto, mi Audiencia, no se realizó y no me hicieron saber si salía o me quedaba preso y más bien casi me voy al hueco.

Bueno, al salir del hospital, luego de permanecer dos meses, sin poder moverme de la cintura para arriba, ya que para que no se me comprometan las operaciones me enyesaron medio cuerpo que parecía un perfecto robot, regresé a Riobamba. Todas las autoridades, estaban a mi favor y además tenían pena al verme de esa manera. Mis compañeros me ayudaban, me daban de comer, tomar agua, parecía un perfecto bebé sin pañales; me dolía mucho y en veces me salía sangre y, hasta para ir al baño tenían que ayudarme. Claro, yo tenía mucha vergüenza de mis amigos, pero a ellos no les importaba estar a lado mío, oliendo la mierda y ayudarme luego a limpiar el ano y subirme el pantalón o calentador.

Mi esposa tenía una orden de la Dirección de Prisiones para que pueda entrar las veces que quiera y a la hora que sea a la cárcel. ¡Pobre!... ella también sufría mucho al verme como me encontraba. A consecuencia de la puñalada se me durmieron los brazos y el cuello, pero ella, mis amigos y los doctores me ayudaron a moverlos otra vez.

Pasé tres meses más enyesado y casi recuperándome, llegó otra orden de Audiencia, pero esta vez no en Quito sino en Riobamba. Entre mí decía quiero salir libre o que me manden al Penal para vengarme del marica que me dejó sin poder moverme por seis meses y en cama.

El causante de mi desgracia estaba pagando su condena y mi familia lo acusaba de intento de homicidio. "Ojalá se muera él también", pensaba.

Me quitaron el yeso, pero como no podía caminar solo, con la ayuda de una enfermera, me alisté para ir a la Audiencia y ver que mismo me pasa.

Nuevamente a los tribunales luego de seis meses de permanecer en cama por las lesiones que tenía a ver si salgo libre o me quedo preso

En el mes de junio de 1989, mi abogado me notifica para que salga nuevamente a rendir mi testimonio, en los tribunales. Pero esta vez las autoridades de Quito: juez, secretario y fiscal, bajaron a Riobamba, ya que no querían que se repita el problema. Me llevaron bien cuidado y protegido para que no me pase nada malo.

Ese día, llegó mi abogado con mi familia a decirme que salga a la Audiencia. Me vestí y me llevaron en el carro de la cárcel. Tenía ansiedad por saber si salgo libre o me quedo preso por la muerte de ese maricón, agente de Dinacontes y sapo a la vez. Pues por eso mismo lo maté a que se pudra en el suelo y se coman los gusanos su carne. ¡Que el diablo lo tenga en el infierno!. Les cuento como fue mi Audiencia en Riobamba.

Frente al estrado

Al fin llegó mi martirio. El juez era un viejo mal encarado, barbón y con una mirada de loco y parecía que los ojos se le salían. Me miró y movió la cabeza. La fiscal era una mujer alta, flaca pero bonita y tenía puesta una minifalda. Comenzó la Audiencia y el abogado de la parte contraria y mi abogado entablaron el alegato. El primero me acusaba de crimen en primer grado, con alevosía y premeditación y la pena que pedía era de 12 a 16 años de prisión; mi abogado luchó y discutí porque se me aplique un artículo que da seis años de prisión, o sea muerte en defensa propia. Así pasó como una hora y al fin terminó la Audiencia y la familia de él me miraba con odio y creo que querían matarme y me maldecían

Salí de los tribunales bien resguardado y como casi no podía andar, subí al carro de la cárcel y fui nuevamente a la celda donde permanecí por el tiempo de cinco meses postrado y atendido como si fuera un niño. Pasaron ocho días de desesperación por ver que mismo me tocaba y mi sorpresa fue tan grande, como grande fue mi desilusión al saber que me sentenciaron a seis años de prisión desde el momento en que le maté a ese hijo de puta, ya que mi pena anterior la cumplí y tenía mi libertad, pero por mala suerte lo maté y hoy soy sentenciado a

seis años, más los seis años que permanecí en el penal, total tengo que cumplir 12 años de reclusión mayor y tengo que cumplir en el Penal García Moreno de Quito.

Quería matarme para no seguir sufriendo así, viviendo como un ser que no vale nada.

Causaba problemas en la cárcel de Riobamba para que me trasladen al penal García Moreno y así poder vengarme del que me quiso matar y quedarme por algo o que me mate ese hermano del difunto

Una semana más en espera del resultado de mi Audiencia y llegó el dictamen, o sea la sentencia según la cual tengo que cumplir seis años de reclusión. Cuando me enteré me sentí super mal, me enojé con mi mujer -aquella chica, que conocí estando preso y que en el poco tiempo que está conmigo, ha sabido ayudarme con dinero y persona, aunque yo no sé a que se dedica-, no quería verle a mi abogado, puteaba a las de las oficinas y daba con un palo a los cachimochos mas giles, pero como ya andaba un poco mejor, quería hacer huevadas: me embo-rachaba, hacía relajo, les seguía con un cuchillo a mis compañeros, y así cojeando, les juré que volveré a fugarme. Ellos me decían: “fúgate, si quieres, puedes irte”... o sea, se me burlaban. Pero yo, en mi mente iba acumulando el odio, las iras y algún día tenía que desahogarme con alguien.

Bueno, así seguía pasando el tiempo en cana, y como mi invalidez no me dejaba estar tranquilo y no tenía paz, al ver que mi cuerpo no era el mismo de antes -no podía jugar boly, que era lo que más me gustaba-, me sentía un hombre no útil, sino a medias, ya que muchas cosas no podía hacer solo y necesitaba ayuda, parecía un perfecto niño.

En vista que ya no podía tener los mismos movimientos, y como las autoridades no me querían dar el traslado a Quito, ya que ellos tenían un informe de la Dirección de Prisiones que decía, que yo tengo que cumplir mi condena en cárceles, separado del autor de la puñalada para que no haya más sangre y cada uno cumpla su sentencia, en el año de 1989, mes de julio, *me viene una gran idea: para no tener el tiempo de gana y sentirme mal, me dedico a escribir una pequeña historia.*

Un día me llamaron a las oficinas a una reunión con la administración del centro y todas las personas que ahí atendían se pusieron a dialogar conmigo y conversaron, no como las autoridades que eran, sino como amigos. Estaban la Directora de la cárcel, la trabajadora social, el médico, el psicólogo y los dos jefes de grupo, o sea los guías que ordenan las cosas. Así fue la conversa:

Diálogo con el personal de la cárcel de Riobamba

Muy bien, luego que pasó algún tiempo de mi Audiencia y estar enojado de mi familia y mi mujer, soy llamado a las oficinas para un diálogo con todos los dirigentes de la cárcel. La directora me explica - como amiga- lo siguiente: “Mire Víctor, nosotros sabemos cómo usted se siente, comprendemos su situación, el trauma, por eso es que se porta mal, pero su conducta le perjudica y pasa mal. No sufra, nosotros queremos ayudarle en todo, pero usted mismo dese la oportunidad y verá que todo puede cambiar. ¿Qué saca usted yéndose al penal?... Tener líos. Puede matar de nuevo o lo pueden matar. Todavía es joven, viva para usted, sea un hombre de bien y algún día ha de salir de prisión y me va agradecer. Yo le ofrezco todas las comodidades en la cárcel: ¿cómo quiere vivir?, ¿qué quiere hacer?. Si desea seguir trabajando en los cepillos, hágalo, nosotros le ayudamos, pero no dañe a sus compañeros de prisión, verá que todo va bien. Mire, aquí es tranquilo, no hay líos como en Quito, tienen buen espacio para todo: talleres, canchas, mujeres con las cuales pueden estar y tener relaciones amorosas, licor cuando quieren. ¿¡Qué más quieren!?! o ¿qué quiere usted?, dígame. Yo le comprendo el dolor de sus heridas, pero del odio no se saca nada, más bien puede causar daño a su salud. No se da cuenta que estando casi libre usted mató, por el licor ¿y ahora quiere repetir lo mismo?, ¿es que usted no quiere salir de prisión? ¿No se da cuenta cuánto estará sufriendo su madre? Espero que usted, Víctor, comprenda y se valore, tenga un poco de paz con usted mismo y un día no muy lejano saldrá, entonces me agradecerá o me puteará, como lo hace muchas veces. ¿Quiere quedarse o no?... sino lo mando a Quito ahorita, dígame de una vez”

Lo mismo me decían las otras personas que se encontraban presentes. No les niego, oyendo todo eso me dio un sentimiento y me pu-

se a llorar, no pude aguantarme las lágrimas, pero quedé tranquilo y les prometí portarme de lo mejor y desde ese julio del 1989 me dediqué a tener buenas relaciones con mis compañeros, autoridades y amigos de la calle y me entró en mente hacer un libro, en el cual explique todo, tal cual uno pasa preso. Así, comencé a escribir diariamente; pidiendo hojas en las oficinas; me llegó a gustar y así escribo hasta la fecha, o sea, son nueve años resumidos en un cuaderno, con el fin de algún día sacarlo a la luz. Ahí se acabará mi intranquilidad.

Ojalá pueda tener un pequeño descanso y si Dios lo quiere, seguiré escribiendo. Trataré de hacer mi primera parte, como lo tengo pensado, ponerle de título *Tras las rejas*, lo que pasó y viví cuando me encontraba preso y la otra como fue el comienzo y se llamará *Autobiografía de un delincuente*, sobre cuáles fueron las causas que me obligaron a salir de mi hogar.

Desde entonces, para mí el mejor entretimiento es escribir y no tengo peleas con nadie, respeto y me respetan presos, guías y todos los que en la cárcel trabajan.

Mi vida ha cambiado mucho.

A los dos meses que se suscitó la Audiencia llega mi abogado con mi mujer y mi hermana a ver como estoy y a conversar conmigo

A los dos meses de la Audiencia, luego que les pasó el resentimiento de lo que les traté super mal, los puteé y les mandé a la verga, por el motivo que me sentenciaron a seis años, llegan mi abogado y mis familiares.

Aquel día, yo me encontraba mirando un partido de índor que jugaban presos contra guías y profesores de la escuela de Riobamba, cuando soy llamado a la puerta principal, patojeando llegué y los miré. Al principio me dio rabia, pero después... -sí me hacía mucha falta una visita-, los recibí, los llevé a mi celda y, claro, no tenía nada y parecía un cuarto de locos. Hablamos de todo y quedamos en paz con mi abogado. El me dijo:

- Mira, Víctor, al causante de lo tuyo le van a poner los 12 años que yo estoy pidiendo.

Pero le respondí

- Mire, mejor déjenlo como está, al cabo Dios le ha de juzgar, no nosotros. Les pido de favor quiero tener paz y que nadie me culpe de nada.

Al oír eso mi Abogado, dijo:

- ¿Víctor tú estás bien o te pasó algo malo, no ves que casi te mata y no quieres que le siga el juicio?
- De verdad, doctor, déjelo como está. Si puede que salga o sino que se quede. Yo, lo único que quiero es que pidan orden para mi rehabilitación en el hospital.

Así, pasamos de lo mejor, comí una comida que me trajeron y me sentía el hombre más feliz al ver que todavía me quieren. Mi abogado se me despidió y mi hermana lo mismo. Mi mujer quiso irse, pero le pedí de favor que me acompañe un rato más. Al verme con Mercedes, la Directora me llamó y me dijo: “Víctor, tú puedes quedarte con tu mujer hasta mañana, te lo permito. Pues no dudé, volvimos al cuarto a conversar sobre todo lo que sentía y quería hacer.

Conversando con mi mujer, acerca de lo que tengo que hacer y ver como salgo libre de la cárcel

Bueno, como me encontraba sin visita y ya estaba casi bien de salud -ya no tenía puesto el yeso y caminaba un poco mejor-, como era lo normal, luego de permanecer ocho meses, sin tener relaciones, al verme en el cuarto con Mercedes, mi mujer, aquella chiquita de cuerpo bien formado me enloquecí. Quería sentirla mía, pero como era de día me aguante la arrechera. Ella se me puso a cocinar y yo le veía su cuerpo. A pesar del sufrimiento que tenía, todavía era bonita.

Agradecía a mi hermana de que Mercedes viva con ella. Podía estar tranquilo, sabiendo que está en casa y no dudar y decir estará cueleando con otro y viene donde mí de pena. Aunque no crean, uno piensa muchas cosas y a veces es cierto que tienen mozo y vienen donde

uno, como si no quebraran un plato; y uno como cojudo no sabe lo que le están haciendo. Pero como a ella la conocí en la cárcel, no me hacía muchas ilusiones y lo único que decía era gracias por venir, no es una obligación que venga a verme. Para qué quería ella un ser inútil si se podía conseguir otro hombre y ser feliz. Pero jamás tuvo otro y me acompañó siempre en lo bueno y en lo malo y hasta hoy vivo con ella y tengo cuatro hijos. Son muy bellos.

Bueno, ese día comimos lo que cocinó y salimos a pasearnos por la cárcel. Yo era el hombre más feliz, y como ella también tenía amigos ahí, les preguntaba, díganme, quién le venía ver durante este tiempo, y ellos respondían: “nadie Miche, todo bien”.

Así pasé ese día.

Haciendo el amor con mi mujer, a los ocho meses de permanecer enfermo y como estoy sano, ahora si viene lo bueno para ella

Al fin me sané y pude realizar el amor.

Bueno como uno es hombre y no se puede aguantar la arreche-
ra, apenas nos acostamos comencé a besarle su boca, ella hacía lo mismo, luego le topé sus tetas por encima del vestido y al rato nos desvestimos y quedamos en pelotas. Comenzamos hacer el amor como si nunca lo hubiéramos hecho. Estábamos arrechos. Nos besábamos la boca, yo le mamaba sus tetas gorditas, su cuello, ella se me tendía en la cama y decía méteme el huevo, me chupaba el cuello, los oídos, me subí encima de ella pero como estaba tan arrecho, yo le metía el huevo en su chucha ella acabó enseguida y brotó un líquido abundante que me embarró, luego acabé yo. Parecía un perfecto caballo, haciendo el amor, ya que era la única oportunidad que tenía, pues, al otro día se iría. Luego de una hora comenzamos de nuevo y fuimos tan felices esa noche.

Conversamos:

- Quiero que usted sea bien franca y me diga la verdad.
- ¿Qué verdad, o qué me quieres decir tú, Víctor?

Después de hacer el amor sádicamente le confesé lo que tenía en mente:

- Espero que no te enojes por lo que te voy a contar.
Pero a ella ya se le vino:
- ¿Se quiere fugar, verdad?
- Sí mi amor, y tú eres la única que me puedes ayudar. Le contesté
Así fue la conversa con ella:

Planeando con mi mujer una fuga a los diez meses de ser sentenciado a seis años de prisión por muerte

Después de realizar el amor con Mercedes, mi compañera de vida y haber gozado de lo lindo y hermoso que es hacer el amor a gusto, con una persona que le comprende y ama de verdad, le confío un asunto muy delicado, aunque al comienzo dudaba en decirle la verdad:

-Mira mi amor, ya que me encuentro super bien y cerradas las dos operaciones de mi espalda y gracias a la rehabilitación puedo pararme y andar bien... mi amor, espero lo que le voy a decir sea de mucho cuidado y me sepa comprender y entender...

-¡Dígame de una vez, qué pasa!... ¿Usted ya no quiere estar conmigo? ¿Qué es lo que pasa?

-Mercedes no es eso, te quiero, te amo y confío en ti. Lo que quiero decirte es que tú y mi hermana me ayuden para fugarme de aquí nuevamente, ya que no puedo seguir pagando mi condena de esa forma. Tú misma ves son seis años más y no sé si pueda resistir ese castigo.

Mercedes al oír eso, se me asustó y quiso recular. Tenía miedo de ayudarme, tenía desconfianza de que la deje; pero todo fue distinto, cuando terminó de escucharme. Me abrazó, me besó y dijo:

-Víctor, mi amor, confíe en mí, le juro que haré todo lo que usted me ordene y así mismo hará su hermana para que pueda fugarse y poder tenerle afuera libre y vivir unidos. Terminó la conversa y nos dedicamos a dormir.

Cuando amaneció se lavó, desayunó, y se despidió, porque el permiso era sólo ese día. Le di un beso en su trompa y se fue a decirle a mi hermana lo que yo pienso hacer y ver si me ayuda o no. Desde aquel momento me portaba de lo mejor y no daba líos a nadie y me dediqué a estudiar como y por donde me puedo fugar esta vez. Ya que no podía escalar paredes, buscaba una forma más fácil. Si tengo ayuda de

Mercedes, si ella no me falla como me lo prometió y si me ayuda también mi hermana y unos amigos, podría hacerlo. Claro que esto no comenté con nadie, peor en la cárcel, ya que la directora me hubiera mandado, de una, al penal, todo lo realizaba en silencio y, luego de mirarlo todo, esperaba la visita de mi hermana y Mercedes para saber si me ayudan o no y ver si me lanzo de una vez y me voy lejos y no dejarme coger. Así fue más o menos lo planeado para la fuga.

Mirando los movimientos de los guías, en un día de visita, para ver como puedo fugarme de la cárcel Riobamba

Quince días pasé observando como se anda en la cárcel: que hacen los guías, que tiempo se demoran en pasar lista, cuando dan de comer, en donde se quedan, cuales son los que se duermen en sus puertas, cuales son lo más avisados, quienes se encuentran en la puerta principal, en la intermedia y cual es el rodante, o sea, el que anda por toda la cárcel. Así, al disimulo, miraba todo, y como casi no salía de mi celda, y pasaba escribiendo mi historia, nadie dudaba.

A los patios salía solamente una hora al día, pero desde mi celda que tenía una ventana grande y sin vidrios miraba todos los movimientos, especialmente en la puerta principal de entrada y salida del personal y de manera particular en los días de visita.

Desde mi celda, veía todo el ajetreo de las visitas, y lo mejor era que los jueves las mujeres se quedaban con sus esposos y así mismo las hembras se pasaban donde los hombres y gozaban de lo mejor.

Todo eso veía sin dar a notar a nadie y así pasaron dos meses. Planeaba fugarme sin dejar rastros, con la ayuda de mi hermana, Mercedes y unos amigos míos.

En ese tiempo llegó una persona, acusada de narcotráfico, que me conocía cuando estuve en el penal. Nos pusimos a conversar sobre la posible fuga y él estaba dispuesto a pagarme lo que sea para que lo lleve. Le prometí: “hablaremos cuando vengan mis familiares y los tuyos para ver como lo hacemos y ahora, no quiero que nos vean unidos, es mejor no dar a notar y si podemos, te doy mi palabra que a fines de Septiembre de 89 nos fugamos. Cuenta conmigo”. Me separé de él y seguí mi camino.

Visita de mis familiares, a ver si me ayudan a fugarme o no, esperando respuesta positiva

Al fin llegaron mis familiares, yo esperaba una respuesta favorable. Cuando llegó mi hermana acompañada del marido y Mercedes, los abracé y recibí con amor lo que me trajeron.

Mi hermana y Mercedes eran las encargadas de ayudarme a fugar y estando todos en la celda, me decidí abrir la boca a ver si puedo contar con ellos. En verdad, mi familia estaba de acuerdo en ayudarme pero, para que no vuelva más y me dedique a trabajar.

Recién ahí les dije como puedo hacerlo y que tienen que hacer ellos para ayudarme, ya que también hay otro muchacho, que me paga para que lo lleve.

En primer lugar, le dije a mi hermana que me ayudara con un dinero -creo que eran unos 20.000 sucres y me los dio- y que fuera a una dirección a ver una camioneta que los familiares de Luis nos iban a entregar para efectivos de la fuga; y mi cuñado se encargaría de manejarla y sacarme de allí.

Mi cuñado no quiso -se ahuevó-. Me dirigí a Mercedes y le pregunté: ¿me ayudas? Me respondió que ella no sabía manejar y que tampoco puede ayudarme. Me emputé y les dije que dejen nomás y que yo solo me he de fugar, que no se preocupen por mí.

Me quedé solo y era ya el mes de Octubre y quería fugarme lo antes posible, y en verdad, no esperé mucho tiempo. Con la ayuda de Luis, o sea el otro preso, acusado de narcotráfico, planeamos y realizamos la fuga. Teníamos el carro, un chofer y todo bien organizado. Nadie sabía lo que iba a pasar y peor imaginar nuestra fuga que la cometimos un día de visitas, a mediodía del mes de Octubre de 1989. Nos fugamos tres personas, aunque en el plan éramos sólo dos.

Fue así tal como me fugué de la cárcel de Riobamba:

Segunda fuga de la cárcel de Riobamba luego de recuperarme de las operaciones que tuve

Después que mis familiares no se pusieron de acuerdo para ayudarme en mi fuga, yo los rechacé a todos: hermana, cuñado y mujer, o

sea, la chica que le conocí en la cárcel. Al ver ellos mi desaire se fueron mal y yo me quedé solo.

Ellos dudaban que, en la situación que estaba -sin la suficiente fuerza e incapaz de hacer las cosas por mi mismo- pueda irme de la cárcel; pero yo sí estaba en capacidad de lograr mi objetivo, en compañía de Luis, un muchacho casi de mi misma edad, que tenía comodidades y la ayuda de su gente. Él me conoció en el penal y no dudó en abrir el hocico para decirme:

- Víctor, qué necesitamos para poder fugarnos, pues, yo confío en ti y estoy seguro que todo nos va a salir bien.
- ¿Cuándo nos fugamos? le contesté.
- Tú decide. Sólo dime que necesitamos y como debemos hacer, y si es necesario que mi familia me ayude dime de una.
- Que vengan tu esposa y tus dos hermanos y les explico lo que tienen que hacer, le dije.

En efecto un día de visita, llegaron los familiares de Luis y yo, sin dudarlo, les pregunté:

- ¿Quieren ayudarnos a fugar?
- Claro, con tal de verle a mi hermano libre... Lo mismo respondió su mujer. Les expliqué lo que tenían que hacer y aquí va lo planeado:

Ordenando lo que ellos tenían que hacer para ayudarnos a fugar de la cárcel de Riobamba”

Luego de mirar todos los movimientos de los guías carcelarios, la entrada y salida del personal de administración y, en día de visitas: cuantos y como entran, a que hora salen y a que hora pasan lista, a los hermanos de Luis les expliqué:

- Miren, en primer lugar, ustedes tienen que robarse un carro, pero no de aquí, sino de otro lugar. Ese carro robado es para subirnos cuando nos fuguemos y el carro propio nos tiene que espe-

rar a un kilómetro para cambiarnos y enfriar la fuga. Tu esposa -le dije a Luis- no tiene que venir a visitarte, haste como si te enojaras con ella para que los guías no sospechen nada; yo me encargo de noquear al guía de la puerta, tú me sigues, nos subimos al carro y nos vamos; pero tenemos que tener unas armas para defendernos.

- Sí me ayudas a salir de aquí, yo te entrego una ametralladora con 2 alimentadores de 35 balas y 10 millones de sucres, aseguro Luis.

Cuando ellos conocieron lo que tenían que hacer, se fueron y no debían venir, hasta el día de la fuga.

Así pasamos una semana más. Luis, por su lado, andaba como un tonto y llorando para que le tengan pena los guías y los demás presos; yo haciéndome el cojo, pero en verdad ya estaba sano -porque durante unos dos meses, las noches, en mi celda hacía ejercicios de piernas, manos, y cuello- y listo como para noquearle al guía y poder irnos. Pues, esta vez el plan era salir por la puerta principal en día de visitas. “Si nos matan, bien muertos quedamos y si coronamos, libres somos” decía-mos.

El momento llegó el 2 de Noviembre de 1989, Día de Difuntos y aprovechando las visitas que entran a la cárcel, nos dimos a la fuga.

La fuga de la cárcel de Riobamba se realizo el 2 de noviembre de 1989, aprovechando las visitas a los reos

Bueno, aquel día, 2 de noviembre de 1989, el hermano de Luis entró a la cárcel como que fuera mi visita, sin dejar su cédula, pues yo hablé con los guías que se llevaban bien conmigo, para que le dejen entrar. Claro, ellos no sabían que era lo que nosotros íbamos hacer.

Pues bien, ese día, nosotros pasamos hechos los cojudos, paseándonos por la cárcel y haciendo los últimos movimientos, ya que el otro hermano tenía el carro listo, esperando que nosotros le digamos “¡ya!”. La mujer de Luis, así mismo, tenía el otro carro y las armas. Almorzamos y esperamos la salida de visitas, para ejecutar la fuga.

Les digo una cosa: Tanto Luis como yo teníamos un poco de miedo, ya que la salida por la puerta principal era peligrosa. Las cosas debían hacerse bien y sin fallar, pues estaban en juego la vida de nosotros dos, el hermano que se encontraba de visita y el que estaba afuera, con el carro. Para calmar los nervios, para tomar valor, bebimos un poco de licor y llegó la hora de la fuga.

Salida de visitas para fugarnos nosotros ese día

Eran las cinco y media de la tarde y las visitas comenzaban a salir. Al rato lo llamaban a uno al patio a pasar lista y ver si estábamos completos. Pero como nosotros sólo estábamos esperando el momento, para disimular fuimos casi al último. Luis y yo llevábamos unos cuadros ayudándole a mi visita, y cuando estuvimos casi en la puerta principal de salida a la calle, nos quedamos un rato, por último yo me acerqué a despedirme, el guía abrió la puerta y en ese momento aproveché para darle un solo puñete, lo noqueé y salimos corriendo los tres al carro que nos estaba esperando. Quisimos entrar pero las puertas estaban con seguro y nos tocó subirmos por las ventanas. Cuando el guía se levantó, nos disparó como a unos 10 metros de distancia, pero como estaba como bobo no nos dio con el tiro; al oír los disparos, los demás guías también dispararon, pero como ellos estaban adentro, no nos cogieron.

Un poco después el chofer del carro, o sea, el hermano de Luis, no podía mover su pierna -el tiro había traspasado la puerta y le llegó- y casi nos vamos al barranco, pero yo cogí el volante y nos fuimos a donde se encontraba el otro carro, nos cambiamos y todo quedó frío.

Pasaron unos 10 minutos y llegamos a una casa donde debíamos descansar, libres, aunque fugados.

Gracias a Dios, todo bien.

Después de fugarnos, en casa de un familiar de Luis, en la misma ciudad de Riobamba

Luego que logré fugarme, en compañía de Luis, llegamos a casa de un amigo o familiar, gente humilde que “no se metía en huevadas”

pero por ayudarnos nos ofrecieron su casa para que podamos descansar y estar tranquilos.

La mujer de Luis y sus hermanos muy felices, me agradecieron y entregaron el arma y los 10 millones de sucres que me prometieron.

Tomamos unas pocas cervezas de la alegría y al mirar la televisión, oímos decir que: “dos presos de suma peligrosidad, se fugaron de la cárcel y por la puerta principal, han encontrado el carro robado, con sangre, se presume que están heridos y son buscados por la policía, en carreteras y controles”.

Como le hirieron al chofer y lo cambiamos de asiento, pensaban que estamos heridos todos. Así mismo, mostraron nuestras fotos y comentaron que lo que más les admiraba era que “uno de los reos con dos operaciones salió corriendo, éste es de suma peligrosidad, ya que en su haber tiene cuatro fugas: dos del penal y dos de la cárcel de Riobamba” (fin de la noticia)... y la tele y siguió el programa.

Al oír eso, nosotros decidimos quedarnos unos días escondidos y cuando queríamos comprar algo, les mandábamos a los hijos del dueño de la casa. Ellos sabían que nosotros éramos prófugos, pero todo marchaba bien y como teníamos unas buenas armas, ese era nuestro respaldo.

Si la gente de Luis me hubieran denunciado yo los mataba a todos por sapos, pero todo fue legal y así pasamos escondidos unos quince días y cuando todo quedó frío y ya no nos buscaba la policía, decidimos salir con rumbo a Colombia, donde la gente de Luis nos esperaba con ansias para felicitarnos por haber fugado.

Luis apenas tenía dos meses preso, fue cogido con diez kilos de cocaína y como él no quería ir al penal, me pagó para fugarnos. Al fin de cuentas, todo salió bien.

Antes de emprender el viaje, los familiares de Luis -esposa y hermanos- salieron, con carro propio, a ver como se encontraba el camino y si no hay chapas controlando los carros; pero como habían pasado quince días de la fuga todo estaba frío.

Cuando regresaron dijeron “no pasa nada, podemos irnos esta noche” y así fue. Agradecemos a los señores por la ayuda que nos dieron, les dimos un dinero en señal de pago, entregamos los colchones y cobijas y listos para viajar a Colombia. Salimos a la madrugada de Rio-

bamba, tomamos el camino a Baños, salimos al Tena, luego a Pifo y a Ibarra, pero con todo cuidado, así llegamos a Tulcán pero sin pasar el puente de Rumichaca, puesto que ahí tenían nuestras fotos. Cogimos un atajo -un camino viejo y en mal estado- y al fin llegamos a Ipiales, al cementerio. El viaje desde Riobamba hasta Ipiales duró como unas ocho horas.

Yo no sabía qué me podía pasar en Colombia, pero me fui allá a ver que hago y así llegamos a casa del patrón de Luis.

Llegada a la casa del patrón de Luis, en Colombia, a los 18 días de fugarnos de la cárcel de Riobamba

Después de permanecer quince días prófugos, en Riobamba, buscados por la policía, decidimos ir a Colombia.

Muy bien, cuando llegamos a donde el patrón de Luis, yo recordé aquella casa, pasé ahí por mucho tiempo, trabajando en el robo de carros finos y también en la venta de cocaína.

Era una hermosa villa, muy grande, donde tenían de todo: empleados, guarda espaldas, trabajadores y muchos socios que se dedicaban al expendio de cocaína. Luis era un chico de suma confianza del patrón y por eso ellos querían sacarle de la cárcel, sea como sea.

Allí nos recibieron como a unos reyes, disfrutamos de mucho licor, amistades y mujeres. La esposa de Luis conocía el trabajo de él, era un miembro de la organización y no era celosa, más bien le decía que tiene que trabajar de lo mejor y obedecer las órdenes de su patrón y así como trabaja tiene derecho a divertirse.

Ellos me decían:

- Usted Víctor, trabajaba en la mafia, ¿verdad?
- Pues sí, respondí.
- Y... ¿quisiera volver a trabajar?
- No tengo dinero y mis patrones ya no me ayudan. Tampoco pertenozco ya a mi organización desde hace dos años y mi mejor deseo sería trabajar, si ustedes me lo permiten.

Mi deseo era volver a tener dinero y andar en caminos del peligro, me gustaba mucho.

El patrón de Luis, llamado Enrique, un hombre alto, gordo y barbón, con unos sentimientos buenos, o sea era superior a Salomón, y más o menos como John y Bolívar, me aceptó y me brindó el camello y desde aquel momento, trabajé pero no de por vida. El trato era que me ayuden en todo y yo también ayudarlos y cuando quiera irme, pues, me voy.

Aquella noche me divertí mucho, tomé licor, ocupé mujeres que se prestaban ya estando drogadas y en fin. Cuando decidí dormir me alejé de la fiesta con Luis y conversamos:

- ¿Qué hará mi mujer?, ¿donde estará?, ¿se preocupará por mi? decía, ya que desde que me fugué no sabía nada de ella, ni de mi hermana y mi cuñado.
- Oye Víctor dejémonos de vainas, luego le llamas por teléfono y sabremos de tu mujer, por hoy duerme tranquilo.

A mi arma no la dejaba, con ella dormía. Pertenecía ya a la organización del patrón de Luis y quería trabajar lo antes posible y vivir una vida de acción y peligro.

Así fue mi estadía en Colombia, en casa de mi nuevo patrón y mi compañero Luis.

Estadía en casa de Enrique, el patrón de Luis, en Colombia, hoy también jefe mío

En Colombia pasé de lo mejor, disfrutando los placeres. Tenía mucha diversión.

En casa estuve unos quince días más pero tenía mi cuarto, un poco de dinero y ropa en abundancia. Todavía no podía comunicarme con mi familia para saber como se encontraban y creo que estaban preocupados por mí, mas tenía un poco de calma y mucha paciencia y trababa de olvidarme de todos los sufrimientos que pasé. Es más, doy gracias a Dios por estar vivo y disfrutando los buenos momentos.

Con Luis, me iba a diferentes partes: a tomar, a culear en los cabarets; y me gustaba estar ahí, ya que habían muchachas de poca edad. A unas se les veía el calzonario, sus piernas torneaditas, sus culos her-

mosos, blanquitas, otras en cambio eran super viejas, pero tenían un buen culo también y los hombres pasábamos de lo mejor, en compañía de ellas.

Luego de tomar unas copas, yo decidí irme con una puta al cuarto y como tenía ganas de hacer el amor, no me pude contener, cogí a una chica de poca edad, la desvestí, le mamé sus tetas, y le di por su chucha un poco estrecha y sentí de lo mejor. Quería estar en ese tipo de vida, en el cual yo viví por mucho tiempo. Después que gocé, tomé, disfruté e hice el amor, nosotros decidimos ir a casa, ya que a mí me tocaba recibir órdenes y comenzar a entregar droga a diferentes partes y todavía no sabía cómo tenía que trabajar y con que persona.

Éstas las órdenes, que iba a cumplir en la banda:

Órdenes que debía cumplir en la organización que nuevamente ingresé, en Colombia, con el patrón de Luis

Después de estar prófugo un mes y medio en Colombia, deciden darme una orden que consistía en entregar droga a diferentes personas, en este país, en Lima y Quito. Era el responsable de que llegue la droga a su lugar de destino sin ningún lío y recibir el dinero.

Así pasaba en el trabajo, en compañía de Luis.

Un día llegó Enrique a casa en compañía de otros señores que también eran responsables de enviar cocaína a Perú, Ecuador y otras partes del extranjero, y en diferentes formas, sin que la policía se diera cuenta. Solo si en la organización, había un sapo y nos delataba, nos cogían y nos quitaban la droga, y muchas veces, los patrones de uno perdían mucho dinero, al fallar el envío de la mercancía.

Para estos trabajos se conseguía gente, a la se la utilizaba como mulas, ellas jamás sabían en que forma y método se les mandaba con la cocaína al exterior.

Tras seis meses de seguir en este trabajo, ganando mucho dinero, como yo no sabía nada de mi familia, decido hacer un viaje a Quito, en compañía de Luis, para visitar a mi familia, con serenidad y mucha prudencia, y sobre todo, con órdenes de nuestro patrón y el permiso de él.

De Colombia a Quito venimos en carro de propiedad de Luis y con matrícula Ecuatoriana y con todos los papeles en regla, para que no nos moleste la policía. Así llegamos de Pasto a Ipiales, para seguir luego rumbo a Quito. En el trayecto tuvimos fe y confianza y como ya era mucho tiempo de nosotros estar fugados, nadie se preocupaba y pasamos con felicidad. Así pude llegar adonde mi hermana y mi mujer y de paso, ver si me iba donde mi madre a los tres años de haber salido de su casa. Quería saber si vive o le ha pasado algo. Tenía permiso por una semana y dinero para gastar y ayudar a mis familiares. Luego de cumplir con mi deseo tenía que regresar con Luis, nuevamente a Colombia.

Les cuento cómo pasé en Quito con mi familia:

Llegada a Quito, donde mi familia, después de permanecer fugado por el tiempo de ocho meses en Colombia

Muy bien, con el debido permiso del patrón de Luis y mío, viajé a Quito, acompañado de Luis, a visitar a mi familia, ya que, en verdad no sabía nada de ellos, desde que se negaron a ayudarme a fugar de la cárcel, donde me estaba volviendo loco por culpa de ese hijo de puta que casi me manda al otro mundo de unas tres puñaladas, cuando fui a mi audiencia por la muerte del hermano de él; y, con las operaciones que me hicieron. Cada vez que me bañaba y me veía, lo maldecía y quería saber que hacía en el penal para de una u otra forma mandarle a matar, por causarme este daño.

Todo eso logré superar y pude fugarme y, ahora, más tranquilo, regreso a Quito con el deseo de ver a mis familiares, al cabo de siete meses. En el camino conversaba con Luis y le agradecía por ayudarme en todo y por hacerme dar el trabajo que tanto necesitaba y del que me ausenté por el tiempo de dos años, pero como tenía el pleno conocimiento de cómo se transporta la droga y como es este negocio, no me cogía de nuevo. Quería tener protección y confiaba plenamente en ellos.

Cuando llegamos a Quito, primeramente, nos dirigimos a casa de mi madre, en Yaruquí. Al verme, mi madre que se encontraba viva, se me puso a llorar y yo también lo mismo. Le presenté a Luis y se puso a dialogar con él, pero estaba muy asustada, no comprendía lo que yo hacía y me pedía de favor que me componga, así como me lo ha di-

cho mi hermana, que mejor, pague toda mi condena, sin fugarme de las cárceles.

Yo le respondí: mire madre, pagar mi condena es muy duro, me faltan todavía cinco años para salir libre.

Después que conversamos, me dio un poco de comida que tenía hecha. Estaba enferma, su cuerpo no se movía bien, le faltaba fuerzas, y todo era a causa del sufrimiento que yo le causaba, pero no podía estar a su lado para ayudarle y verle en su enfermedad y como era un prófugo de la justicia no tenía que dejarme ver de la gente de ese pueblo, porque como dice el dicho: “pueblo chico infierno grande”.

Así pasé aquel día. Pregunté por mi hermana y me dio su dirección. Fui a verla y a saber como estaban ella y mi mujer -aquella chiquita tan bonita y me sabía querer y amar-, tenía tantas ganas de verle, tocar su cuerpo, sentir su calor y estar con ella, y ver si quiere viajar conmigo. “tendrá que aceptar o sino pues, con el dolor del alma, tendré que separarme de ella y seguir mi camino solo, como antes, sin tener con quien contar nada, vivir sólo para mí”, pensaba.

Salí de la casa de mi madre, rumbo a Quito nuevamente, a casa de mi hermana y de mi cuñado.

Les cuento el encuentro con ellos:

En casa de mi hermana

Bueno, visité a mi madre, en Yaruquí, la vi un poco enferma, pero viva; y, aunque me habló, se encontraba un poco asustada por mi presencia, ya que las noticias con fotos de mi persona la tenían mal. Para que no sufra y no digan nada de mí, me despedí y no volví jamás.

Así también, al llegar a la casa de mi hermana y mi cuñado, conversé con ellos, pero, no niego, ellos al verme en persona, luego que han oído de mi fuga: “que fue por la puerta principal, noqueando a un guía y que cuando han encontrado el carro, en el cual nos fugamos, había mucha sangre”, ellos no sabían quien era el muerto porque así han dicho en la tele y los periódicos, durante unos quince días de noticias y hasta, recientemente, por las fugas que a diario suceden en todas las cárceles del país.

Entré casi a la fuerza, ya que mi hermana, quedó como muda y se le salían los ojos del miedo, lo mismo mi cuñado -o no sé si se hacía el maricón- pero entré a la sala. Quería conversar con ellos, pero me dijeron:

- Mira, Víctor, mejor ándate no queremos líos con la policía.

Entonces, yo me emputé y le pegué un puñete al maricón de mi cuñado y lo senté de culo y mi hermana dijo, mejor ándate o llamo a la policía, cuando oí esas palabras me dolió y dije:

- Quiero una familia, no sapos. Pregunté por Mercedes, y me respondió:
- Se fue. No sé a donde.

Salí de la casa puteándoles a todos y dando puntapiés rompí el equipo y una tele y le advertí:

-¡Llama a la policía chucha de tu madre y te mueres!

Tenía ganas de matarle con el arma que siempre llevaba conmigo, pero Luis me detuvo y mejor nos fuimos de aquel lugar tan asqueroso, sin rumbo. Al verme así, Luis lo único que me dijo fue:

- Víctor, amigo, no te pongas así. La vida es linda, y si no quieren verte, pues has cuenta que jamás tuviste familia y vive sólo para ti.
Al oír eso, respondí:
- Luis vamos a tomar unos tragos en una discoteca, pero tranquilos.

Así fue como disipé mi mal humor, tomando un licor con mi amigo, a los tres días de llegar a Quito. Quería saber qué pasó con Mercedes, mi mujer, pero durante los ocho días que estuve, no la encontré.

“Tomando un licor con Luis, después que discutí con mi hermana”

Después que mi hermana dijo que si me quedo en casa llamaba a la policía, para no tener más líos, me fui con Luis a buscar un sitio donde podamos disfrutar de unas copas, que me caerían super bien.

Anduvimos, en carro, buscando un lugar tranquilo, una pequeña discoteca alejada y que sea agradable, donde nadie joda y peor la policía, y como yo tenía cédula con otra identidad, no tenía miedo de que por mi nombre puedan dar con migo y decir que soy prófugo, lo mismo Luis. Así que podíamos entrar a cualquier parte y quedarnos, el tiempo que sea necesario.

Entramos a una discoteca, por la Pana-norte y no nos gustó, no habían chicas vacantes y no podíamos estar, como maricones, sentados los dos, tomando trago sin compañía. Al cabo de un momento todo cambió, nos fuimos con rumbo a un cabaret y ahí sí logré tomar bastante licor y olvidar un poco mis penas y gozar de lo mejor.

En dicho cabaret, las chicas y mujeres de la vida, se encontraban, sentadas en unas bancas de madera, como esperando a su macho, que las coja y las haga suyas. Claro, habían de todo: peladas, viejas, jóvenes; unas con sostén, otras sin nada, unas sin calzón y se les veía todo su culo y su polla; unas haciendo estriptis, metiéndose un pedazo de palo en el culo y un caucho en su vagina. Bueno, nosotros decidimos escoger una chica cada uno y nos fuimos a nuestra pieza a gozar con ellas. A mí me gustó una pequeña y gordita, tenía unas tetas grandes y un culo caído, como montura. Luis también escogió su pareja y cada cual fuimos al cuarto.

Estando en la pieza nos desvestimos, ella tenía pocos vellos en su vagina, se lavó, tomamos un poco de licor, y realizamos el amor. El pene quedaba bailando en su raja. Cuando acabé, me levanté, me lavé el huevo, me vestí y seguí tomando en mi mesa. Al poco rato también sabía Luis contento, tomamos un rato más y nos dirigimos a un hotel.

El tiempo de permiso se acabó y tuve que regresar a Colombia, al camello de mi patrón, sin que haya podido encontrar a Mercedes.

Órdenes de cumplir en Colombia y entrega de una droga, o sea cocaína

Permanecí ocho días en Quito buscando a mi mujer y, como no la encontraba por ningún lado, decidí volver a Colombia. Luis no dudó ni un momento en viajar.

Después que dormimos en un hotel y nos pasó un poco el chuchaqui y la borrachera que teníamos, nos bañamos, nos cambiamos de ropa, y comimos en un salón. Luego, prendimos el carro de propiedad de Luis y fuimos a nuestro destino, Colombia. Más o menos a las cinco horas de viaje llegamos a la casa de nuestro jefe, Enrique. Saludamos con todas las personas que se encontraban ahí -gente de toda clase social y con mucho dinero- y... mi sorpresa fue tan grande: me topé con Bolívar. También él trabajaba con Enrique, ya que se ha salido de donde John a raíz de lo que yo abandoné la organización. Conversamos y sentí un poco más de confianza. Él solicitó: “Enrique, ya que Víctor trabaja contigo, pues él será mi compañero de camello”.

Pero no era en el tráfico de drogas, sino -como antes- en el robo de carros finos y con el mismo método: en compañía de una mujer que se hacía pasar por puta. Conocí ahí, a una muchacha que tenía un buen cuerpo, que ningún hombre podía resistirse a estar con ella, por su cara, su culo y sus tetas grandes. Conocí también a otras personas nuevas que trabajaban con ellos.

Pasó esa noche y al otro día, Bolívar, Luis y mi persona, teníamos que robar un carro en Colombia.

Era esa la orden que debíamos cumplir las tres personas que pertenecíamos a la banda.

Robo de carro en Colombia, para un camello

Efectivamente, después que le vi a Bolívar en casa de Enrique y el dijo que quería trabajar conmigo, salimos un día a la ciudad de Pasto, donde habían unas casas de cita, en cuyos andenes los carros estaban estacionados.

Bolívar y mi persona, abrimos un carro, y como no tenía alarma, ni nos preocupamos de que nos delaten. Así pudimos robarnos el carro

del gusto y pedido, aunque esta vez yo no sabía para qué el robo del carro.

Aquel día vimos al dueño del vehículo cuando llegó al burdel, estacionó el carro -un Mercedes tipo convertible- era el de nuestro pedido. Abrimos la ventolera, entramos, lo pusimos en directo, y lo prendimos sin mucho cuidado. Esa noche teníamos que entregarlo y no podíamos fallar, ya que Bolívar, era un experto roba-carros, claro que yo jamás lo había visto hacerlo, solamente a Carlos que era mi compañero de camello, conocía su manera de camellar.

Bolívar era mi mejor amigo y Luis, mi compañero de fuga, que también me brindó su amistad y me trajo a trabajar con su patrón llamado Enrique, con ellos yo debía realizar y obedecer las órdenes que nos daban.

Bueno, logramos robarnos el carro y lo llevamos a un sitio, que ellos tenían como garaje -un escondite que nadie se daban cuenta de lo que ahí había-.

Estando de nuevo en casa del patrón y con la orden cumplida, esperábamos una segunda orden. Claro que muchas veces él no nos veía, sino que las órdenes las recibíamos por medio de un casete grabado con la explicación de todo lo que nosotros teníamos que hacer y después de escuchar la grabación, el casete se destruía y nadie se enteraba.

Pasó el tiempo y nos dieron una nueva orden. Como antes, bajar con una hembra para que ella se encargue de enganchar al cliente y nosotros poder robar el carro que nos pedían y, así mismo, bajar droga (cocaína) y entregarla sin líos y que todo nos salga de lo mejor.

Bueno, en verdad, yo no me sentía a gusto, pensaba que mis ex-jefes: Salmón o Juan, podían mandar a que me maten, ya que abandoné el camello con ellos e hice lo que me dio la gana.

Con ese miedo, decidí hablar con mi patrón y ver que me dice y que garantías me da él y si puedo seguir trabajando en Colombia o no.

Luego de robar el carro, en compañía de Bolívar, conversé con mi patrón y Luis acerca de lo que me podía pasar. Tal vez mi vida corría peligro.

Conversando con Enrique, mi nuevo jefe, acerca de si mi vida corría o no peligro en Colombia

Efectivamente, yo tenía mucho miedo y no podía estar tranquilo en casa de Enrique y así fue la pequeña conversa con mi Patrón:

-Mire patrón -le dije- como usted sabe, yo le he contado todo tal como fue mi vida dentro de la organización cuando trabajé con John mi primer patrón, como integré a la banda, a que me dedicaba y que me cogieron preso pero jamás delaté a nadie, pero como los abandoné, tengo miedo que cualquier rato me manden a matar, y lo mejor será que me aleje también de ustedes para no causarles daño alguno.

Después de mi fuga del penal a donde fui a parar -continué- por culpa de Humberto, a quien ellos decidieron mandarle al infierno porque era un sapo y no valía que siga así, me trajeron a Colombia a trabajar con el señor Salomón; pero como con él discutí porque yo, me quería ir a verle a mi madre y él no me dejó y me bajé por mi cuenta y me cogieron preso nuevamente, un día que fueron a verme me dijeron que me perdonan la vida sólo porque jamás he hablado, pero que pague mi cana solo. Pero, en verdad tengo mucho miedo, que Salmón o Alberto me maten.

Enrique, entonces, me dijo lo siguiente:

- Mira Víctor, tú, en primer lugar, ya no eres de ellos, tampoco esta droga es de ellos, peor que a mí me conozcan o que trabajen conmigo. Bolívar te conoce mucho tiempo y me ha recomendado porque sabes trabajar y tienes suficientes huevos para aguantar lo que venga, ¿verdad?
- Sí, es así señor -le respondí- y si usted me protege y me cuida, yo jamás le defraudaré y trabajaré como siempre lo hecho, es más, hoy que me encuentro prófugo y no tengo donde irme, acepto con mucho gusto el camello y espero que usted me sepa perdonar y yo no pensaré más en eso. Viviré para mí y nadie más.
Pero Enrique dijo:
- Víctor, tú vas a trabajar con una mujer como ya has trabajado y, en verdad, me presentó a la chica, tenía unos ojos verdes, una mirada penetrante, alta, ni tan gorda y tan flaca, con un buen cuer-

po y unas caderas finas, unas tetas buenas y así mismo el culo como una montura. Los dos teníamos que camellar en el robo de carros.

Trabajando con Carmen en el robo de carros, mi gancho ciego en Quito

Bueno, les cuento sobre nuestro camello.

Claro que yo no era amigo de Carmen, era la primera vez que la veía y jamás ella ha trabajado robando carros. Esa era mi misión: enseñarle a ella y tenía que obedecer y ver de que manera yo logro traer carros de Quito a Colombia.

La misión era muy dura, ya que no sabía que tal resultaría esa muchacha para el camello, pero yo era el encargado y debía indicarle como tenía que hacer para poder robarnos los carros de la marca y tipo que nos pedía nuestro patrón.

Bien, junto con la orden de bajar de Colombia a Quito, Enrique me entregó, un dinero para pasajes, hoteles y para divertirnos y conseguir dos carros y traerlos a Colombia. Uno llevaría Carmen y el otro yo.

Era en las fiestas de Quito, 6 de Diciembre de 1990.

Enrique me dio la suma de 100 mil pesos para hotel, comida y taxis y, en tres días teníamos que conseguir de cualquier forma los carros. No podíamos pasarnos de ese tiempo. En verdad, cumplí, luego de discutir con Carmen que no quería hacerme caso, ya que jamás ha trabajado de esta forma, solamente entregaba droga, como mula, nada más. Conmigo ella tenía que hacerse pasar como una puta, tal cual yo trabajé con Laura, la hija de mi ex-patrón.

Así fue la conversa para tratar de que ella haga lo que le ordenaba:

Hospedados en un hotel hasta conseguir los dos carros en Quito y llevarlos a Colombia como era la orden de mi patrón Enrique, ya que luego de conversar con él y Bolívar deciden que yo trabaje con ellos

Cuando bajamos de Colombia a Quito, como recién conocí a Carmen y la orden era robarnos los carros, en el trayecto conversé con ella y le expliqué todo, tal cual era la forma de ejecutar el robo.

Al llegar nos hospedamos en un buen hotel, llamado Inca. Paramos el carro y yo entré a preguntar si tenían habitación para dos personas. El camarero respondió: “Sí, las hay señor. ¿Matrimonial o dos camas en la misma habitación?”. Bajé a consultarle a Carmen y ella se me puso un poco mal:

“Mira Víctor, tú y yo no somos nada, peor para dormir los dos en la misma cama”.

Luego de conversar en el carro, decidimos dormir en camas separadas y pedimos de favor que nos den garaje para el carro. El camarero, enseguida, nos facilitó uno que pertenecía al mismo hotel.

Bueno, entramos, pagamos y subimos a la habitación. Tenía dos camas grandes de fierro. Yo me cambié de ropa, me puse algo cómodo y luego de unas tres horas de permanecer ahí, nos contamos cómo entramos a trabajar.

Carmen me confesó que jamás ha trabajado en el robo de carros, que ella solamente ha servido como mula para llevar cocaína -bien sea pegada en el cuerpo o tragándose unas cápsulas- y que esta vez, pues, ella no sabía cómo se hace y temía que nos pase algo.

Ella se acostó en su cama y yo en la mía, pero como quedaba un poco lejos para seguir conversando, me acerqué y me senté en el filo de su cama y así, conversando nos fuimos conociendo poco a poco; pero ella un poco molesta decía:

- Víctor, por favor, ándate a tu cama que deseo dormir. Pero yo ahí sentado:
- Mira Carmen, en este negocio uno tiene que tener los huevos bien puestos, pero tú tienes que ayudarme, para robar esos carros y poder cumplir la orden que nos dieron a los dos.

Le conté que cuando entré a trabajar en la mafia, jamás estuve aquí, pero que, un amigo de nombre Bolívar me ayudó y desde pequeño, mi patrón que se llamaba John me enseñó todo -tal como era el camello- pero por culpa de un sapo de la misma organización, llamado Humberto, pagué prisión y me fugué, a raíz de eso a mí me mandaron a Colombia a trabajar y tuve un pequeño lío, con otro grande de la mafia, pues, discutimos por venirme, sin ninguna orden a Quito y me co-

gieron preso, ya que me encontraba prófugo de la justicia y cuando me agarraron, jamás me fueron a ver, y desde entonces pasé en el penal, preso por el tiempo de tres años, sin ayuda de ellos.

Cuando me volví a fugar de la cárcel de Riobamba, en compañía de Luis, no tenía a donde ir a trabajar. Conversé con Enrique para que no pase nada malo con mis ex-jefes y él me ha dicho que no tenga miedo de nada y que trabaje con él.

Esa fue la conversa que tuve con Carmen, nos comprendimos y fuimos buenos compañeros y amigos de camello.

Enseñándole a trabajar en el robo de carros para llevarlos a Colombia

Bueno, en el hotel, después de tanto conversar sobre los líos y problemas de cada uno y, cansados del viaje, dormimos.

Al día siguiente, nos despertamos, saludamos, nos bañamos en el baño de la misma habitación del hotel.

Claro, me bañé yo primero, me vestí, y estuve listo para salir a mirar, al que tenía buen carro para robarle. Cuando permanecía sentado en el cuarto, fue a bañarse Carmen, pues no niego ella tenía un buen cuerpo, su cara hermosa, sus tetas buenas y gorditas y apetecibles y cualquier hombre no dudaría, querer tenerla en su cama y hacer el amor con ella.

Yo sólo la miraba y no podía enamorarme, ya que en mente tenía a mi mujer, o sea, esa chiquita de buen cuerpo y aparente para hacer el amor y gozar como a ella le gustaba.

Bueno, luego que se bañó y se vistió, yo le miraba. Salimos del cuarto, bajamos al garaje, prendimos el carro y fuimos a buscar donde comer. Hallamos un Restaurante y desayunamos un seco, un café, jugo y sánduche. Después de comer salimos a recorrer la ciudad y me dio ganas de buscarle a mi mujer donde mi hermana, pero ella no estaba en casa. No me quedé donde ella -ya que les puteé y le jodí a mi cuñado-sino que continuamos buscando los carros y ver si podía robarlos lo antes posible. Al fin vemos que en una discoteca, "Mariposa Negra" que quedaba en la calle Colón iba buena gente y le dije: Carmen de noche volvemos, hoy vámonos de nuevo al mismo hotel, y así fue, en ver-

dad, regresamos y guardamos el carro. Estando en la pieza le comencé a explicar lo que ella tenía que hacer -y bien hecho- para poder cumplir nuestro propósito.

Más o menos así le comenté lo que tenía que hacer:

Orden que Carmen tenía que hacer para nosotros robar el carro en Quito

En el hotel comencé a explicarle lo siguiente:

- Carmen, espero que tú no te enojés y comprendas que lo que te voy a decir es parte de nuestro trabajo nada más.
Al oír esas palabras Carmen me preguntó:
- Pues dime de una vez ¿qué tengo que hacer?, pero ya.

Cuando ella estuvo un poco tranquila, le comencé a decir, lo que tenía hacer:

- Carmen, en primer lugar, tú tienes que hacerte pasar como una prostituta y mostrar tu cuerpo, tus tetas, tu culo y moverte como arreacha que desea un macho, besarle y sacarle de la discoteca al hombre y... ahí yo le cojo por asalto y le robo el carro.
Pero al oír todo eso, pues, se enfadó y me comenzó a insultar:
- ¡Qué te has creído que soy!, ¿una puta, una cualquiera!? Solamente porque te acompaño en el trabajo me hablas de esa forma. ¿Tú no te das cuenta que soy una mujer, de negocios, pero decente?... Y no voy a ponerme de la forma que tú me dices... ¡Qué me vuelva como una puta!... Mira, suponte que estos hijos de su madre, me cojan entre bastantes y me dejen botada en los potreros o me maten... ¡haber dime! ¿Qué se puede hacer?
Pero yo, con palabras muy dulces, le comenté:
- Mira, Carmen, no es necesario que te pongas mal. Solamente es parte de un trabajo, cuando le tengas al macho en tu poder, en la discoteca, le besas, te dejas sólo tocar apenas y le dices: “amor, vámonos de aquí, quiero hacer el amor”. Y como te ve que eres bonita, pues va enseguida. Lo llevas a un sitio que te indico más lue-

go, como si fueras hacer el amor, te sacas la blusa... yo llego en ese momento y los tomo por asalto. Le cojo a ese viejo o joven, lo noqueo con el arma, le amarro, lo meto en la cajuela y le robamos el carro. Eso es más o menos, ¡Amor de otro! Tú no tienes que preocuparte y peor tener miedo. Bueno Carmen, espero que mañana lo hagamos y que todo nos salga bien.

Robando el carro, en una discoteca en compañía de Carmen, como mi gancho ciego

Como era el 6 de Diciembre y se celebraba la fiesta de fundación de Quito, todo el mundo tomaba y se divertía. De eso, pues, nosotros nos aprovechamos, ya que la policía se dedica a cuidar los bancos y otras cosas, pero no los carros. Era la única oportunidad y en la cual uno se robaba con calma y el tipo de carro que uno quería y como andaba con un buen culo a lado, pues los hombres, le quedaban mirando su cuerpo y quedaban como bobos. Eso se aprovechaba.

Ese día fue tan bueno para nosotros.

Entramos en la discoteca de Quito

A los dos días de estar en Quito, decidimos entrar a una discoteca, pero no con el fin de divertirnos, sino mas bien para buscar el cliente.

Al carro de nuestra propiedad lo dejamos estacionado frente a la discoteca, para seguirles. Entró Carmen. También yo hice lo mismo, pero separados. Yo me senté en una mesa, llamé al mozo y pedí un vaso de ron. Observaba todo, pero todo lo que pasaba adentro: unos bailaban, otros tomaban -nosotros ya vimos al dueño del carro (un Mercedes del año y deportivo) antes de entrar- Carmen fue directo a la barra, tenía puesta una minifalda, con unos brillos o flecos, y una blusa bien escotada, como era alta y bonita, le lucía, mostraba partes de sus tetas, y su divino culo enloquecía a cualquier hombre.

Ella miraba al hombre que nosotros queríamos, le coqueteaba, se movía en su butaca y lo llamaba. No era ni tan viejo ni tan joven. Éste al ver que esa mujer, tan buena en tetas y culo le llamaba, no se pudo resistir y fue a donde ella. Emocionado saludó y se reía, Carmen lo mis-

mo. Yo miraba todos sus movimientos con aquel tipo: él le invitó a tomar un licor, y ella aceptó con gusto, tomaban y se miraban, como si fueran conocidos y él le comenzó a tocar sus muslos, su cadera y su cuello y la quiso besar, ella no se dejó -pero yo no tenía más hacer, sólo mirar-, pero al cabo de aproximadamente una hora de ella estar jodiendo -pocos besos- el joven no se aguantó la arrechera y la invitó a salir. Carmen sólo se dejaba llevar y como ya sabía a donde ir, los seguía. Entraron en el carro, él la besaba, le topaba sus tetas arrecho, ella le manoseaba su pene y pareciendo una puta, se fueron con rumbo al bosque, disque hacer el amor, eran como las dos de la mañana. Yo les seguía no tan cerca y los vi que entraron en un bosque de la Panamericana como para irse a Cayambe. Se estacionaron y apagaron las luces. En ese momento cogí mi arma y avancé lentamente, ya estando cerca del carro, miraba para cogerle a ese gran hijueputa, la besaba con pasión, le topaba su vagina, le mamaba sus tetas y comenzó a desvestirse el viejo, se sacó el pantalón y quedó en calzoncillo y cuando Carmen quiso sacarse la blusa, dije: ¡quietos hijos de puta!, este es un asalto, agáchense. Carmen gritaba: “¡No me mate, hágame lo que quiera, pero no me mate!”

Saqué del carro al joven arrecho, en calzoncillo, le pegué un solo cachazo y su cabeza sangró, lo amarré. Mientras tanto, Carmen, prendió el carro del hijueputa marica, pero como necesitamos sólo el carro, dejamos su dinero, su ropa, sus zapatos. Le amarré la boca con un pañuelo y el cuerpo a un árbol para que no se mueva y como estaba bien adentro, a esa hora nadie iba a verlo y así quedó solo y desnudo.

Como eran las tres y media de la mañana, enseguida procedí a llevarlo, con los papeles en regla, yo iba en el carro robado y Carmen en el propio, adelante. Si pasaba algo ella sólo me haría luces. A las tres horas estuvimos pasando Rumichaca, yo con el carro robado y ella con el carro de nuestra propiedad. Todo salió sin novedad.

-Carmen -le decía en el trayecto- ese man sí que te topó tu culito y te muchó, ¿verdad? -y añadió- Claro ese era tu trabajo, pero hoy que estamos solos, dame un beso y si tú lo permites, tengo ganas de hacer el amor.

Ella no quiso, se enojó y quería llegar rápido.

Por mi parte, ésta sería la última vez que camello, después de de-

jar el carro robado en Colombia, me abriré, tal como les hablé a Enrique y Bolívar

Llegada a Colombia con el carro robado

Muy bien, luego que nosotros, nos robamos el carro del gil ese y le dejamos amarrado pies y boca, en el bosque, nos llevamos el carro, con todos los papeles. Cuatro horas después estuvimos en Colombia.

Primeramente me dirigí a un parqueadero privado donde todos guardaban los carros “derechos”; pero en ese parqueadero, también habían unos garajes en el sótano y muy adecuados, ahí uno llegaba, se hablaba con el dueño y se pagaba unos 10.000 pesos y el carro quedaba guardado; y, cuando se hacía el negocio de compra-venta él ganaba su parte.

Dejé ahí el vehículo robado y Carmen me esperaba en el nuestro, para ir a casa de Enrique. El momento que entramos, Bolívar preguntó:

- ¿Cómo les fue chicos?
- Todo bien, señor, fue mi respuesta.

Saludé con Enrique y le comuniqué que el carro se encontraba en los patios de deshueso, y él nos felicitó.

Decidí, entonces, hablar con Enrique y Bolívar -luego de permanecer seis meses en el robo de los carros- y les explico:

- Yo les agradezco por todo, pero yo les dije que el día que me quiera ir me voy ¿verdad?
- Sí -respondieron Enrique y Bolívar- pero, ¿qué quieres decir, Víctor, que te marchas?
- Pues sí -dije- ya que desde que me fugué no sé nada de mi mujer,
- y, como ustedes saben, también quiero ver como va mi juicio y que tengo que hacer.

Pues, aquel día no me quedó otra alternativa que despedirme de ellos y a Carmen le pedí que por favor me perdonara por todo lo mal que me he portado; cogí mis cosas, un dinero que me dio Enrique -800 mil pesos- y me vine a Quito.

Quería saber que mismo me iba a pasar: si me quedo con los seis años o si mi abogado ha apelado mi causa. Pues luego de estar prófugo por el tiempo de seis meses, mi vida era como un gran infierno, me atormentaba la situación de que estando casi libre, por el destino, la mala suerte mía, o por mi estupidez causé esa muerte, por tomar hasta no darme cuenta de lo que hacía. Además, casi pierdo mi vida, a causa de las puñaladas que me dio el hermano del difunto, cuando vine de la cárcel de Riobamba a Quito, a la Audiencia sobre aquella muerte. Me apuñaló y me dejó seis meses en cama.

Hoy más que nunca quiero saber cómo va ese juicio. “O bien salgo libre o me cogen y lo mato a ese chucha de la madre y se acaba todo de una vez”, todo eso pensaba en el trayecto de mi viaje, pues, yo no tenía miedo de nada y lo mismo me daba que me cojan preso o no. Lo único que deseaba era hablar con el abogado, con mi familia o con Mercedes. Quería saber algo de ella, pasar con ella.

Así, volví a Quito luego de pertenecer nuevamente a la mafia por el tiempo de seis meses, pero por mi voluntad y no obligado de nadie y logré cumplir mi anhelada sentencia y pude salir en completa libertad.

Llegada a Quito, luego de permanecer prófugo en Colombia por el tiempo de seis meses

Apenas llegué a Quito fui donde mi hermana aunque se encontraba disgustada por mi manera de portarme con ellos antes de fugarme y después de la fuga.

Bueno, tanto hablar con mi hermana y pedirle que comprenda que si me porté mal con ellos fue por lo que me pasó, sino mi vida hubiera cambiado totalmente y no estuviera huyendo, sin poder hacer nada.

Pues bien, mi hermana me perdonó todo y también mi cuñado, aunque aún le dolía su tabique y la trompa que le rompí de un puñetazo. Gracias a mi hermana di con mi mujer. Me dijo:

- Mira hermano, tu mujer anda desesperada por ti y lo mejor será que le vayas a ver.
- Pero si no se dónde está, dije yo.
- Mercedes está donde mamá desde hace tres meses. Bueno, eso es lo que puedo decirte y ojalá tu vida cambie y te dediques a trabajar y no sigas en esos malos pasos.
- Está bien -le contesté- trataré de hacerlo, buscaré un camello honrado, te lo aseguro; pero antes deseo saber cómo va mi juicio. Y, si es de pagar mi condena la pago y salgo libre de una.

Mi hermana me decía: “si te cogen preso tú vas de nuevo a matarle a ese otro chico o él te mata... ¿qué quieres hacer de tu vida?, ¿quieres pasar de por vida en la cárcel?, ¿es que tienes mierda en vez de sesos?... Piensa un poco y date cuenta lo que tú quieres hacer, no le hagas sufrir más a mamá y vive tranquilo con esa mujer que sufre y llora por ti. En verdad, ella te ha llegado a querer. Yo, en mi carácter, me hubiera conseguido un hombre que me mantenga y hubiera vivido de lo mejor. Bueno hermano, no te digo nada más y mejor anda donde mamá, donde Mercedes, ¿me oyes?.

- Sí hermana -le respondí- me voy ahorita mismo.

Llegada a la casa de mi madre, a los seis meses, luego de conversar con mi hermana, me pidió que fuera a verles a las dos

Muy bien, luego de ausentarme y permanecer prófugo seis meses, llego a donde mi hermana le pido disculpas y ella me avisa que mi madre está un poco mal y que Mercedes le está ayudando en la casa, en Yaruquí.

Cuando llegué a mi casa, mi madre no quería verme, decía: “mejor que se largue, no quiero tener líos en mi casa, quiero vivir en paz”.

Yo quería decirle que me perdona, pero todo fue imposible. Me dijo: “Víctor Hugo, te ruego de favor que te vayas, no vengas nunca más y has cuenta que también murió tú madre”. Pues al oír tal cosa no pude aguantar y se me salieron las lágrimas e insistía en disculparme, pero me respondió: “Víctor Hugo, te digo nuevamente que te marches, déjame vivir mi vida tranquila y tú sigue en tu camino pecaminoso”.

Al escuchar nuevamente lo mismo, pues, me dolió en el alma y decía: “Qué mala suerte tengo, bajé la cabeza y se me vino la moral al suelo y sin tener nada que hacer, como me dijo que salga de su casa, salí y no pregunté por Mercedes.

Me quedé en una plazuela, me senté en las yerbas, no sabía que rumbo coger, prefería mejor estar preso, antes de tener un desaire de parte de mi madre. Era el mes de mayo. Día de la Madre, año 1991, y para mí fue tan feo, me sentí tan desolado, abandonado de mi familia. Entonces recordé unas palabras que un día me dijo Bolívar: “Víctor, jamás agaches la cabeza y levanta tu moral”. Pero cuando me levanté de las yerbas y caminé unos cuarenta pasos, vi a Mercedes... qué alegría tuve, la quise abrazar, pero ella me rechazó con palabras duras, dijo:

- ¿Qué hace usted aquí?
- ¿Cómo que qué hago aquí?
- Claro, si desde que se fugó se asoma ahorita. Pues le digo una cosa: -espero que me comprenda y no se me ponga mal- yo ya no puedo seguir con usted, tengo otro hombre en mi vida.

Pues apenas oí tal cosa no aguanté más, salí corriendo y fue tan feo para mí, me dolía el alma pero no podía hacer nada. Saber que fue mi mujer un día y hoy no es nada; no creía lo que me estaba pasando, pero era verdad, era la pura verdad y no sabía que rumbo coger y a donde ir. Tomé un carro y vine de nuevo donde mi hermana y le conté todo lo que me estaba pasando. Qué mala suerte la mía, pero no tengo nada más que hacer, sino seguir mi camino.

Nuevamente en cada de mi hermana, luego de venir de donde mi madre y Mercedes

Cuando llegué le avise a mi hermana lo que me pasó, tanto con mi madre como con Mercedes. Le dije:

- Si sabías que mamá no me quería ni ver y así mismo Mercedes, ¿para qué me mandas allá?

- Quería que te digan de una vez por todas, lo que mamá y Mercedes piensan de ti.
- Claro, mamá me dijo que haga cuenta que no tengo madre y que jamás vaya, al oír todo eso me dolió tanto y quedé afuera de la casa y cuando llegó Mercedes, me dijo: “Víctor, tú y yo no podemos seguir, tengo otro hombre en mi vida”. Claro yo no lo he visto, puede ser verdad o puede también ser mentira.
Mi hermana respondió:
- Víctor, tú tienes que buscar donde vivir y no molestar a nadie.

Esas palabras también me dolieron en lo hondo de mi alma. Luego de tener todo, pero todo, y a veces hasta reprochando comida, dormida, dinero, casas de lujo... y hoy no tener a dónde llegar. ¡De qué sirve el dinero si mi familia no me quiere! Pues, eso fue fatal para mí, como echarme un balde agua fría, en mi cuerpo.

Me despedí y salí de la casa de mi hermana y no sabía que rumbo coger, a donde ir. Llegué a un parque y me recosté, la cabeza me dolía de tanto pensar: “sabiendo esto, jamás hubiera abandonado a Enrique y Bolívar y... no, no podía volver”. Medité un poco y luego llamé a mi abogado, le pregunté cómo está mi caso. Él me dijo que quería verme lo antes posible para avisarme lo del juicio; que podía estar quedando en libertad. Al escuchar esas palabras dije: “ojalá Dios quiera y me ayude, así al menos, andaría por donde yo quiera y no prófugo como ando”.

En verdad el abogado quería hablar conmigo y me citó a su casa, quería también que le pagué un poco de dinero por lo que me ha defendido. Le contesté: “Está bien doctor, en donde nos vemos y a qué hora”. Era el mes de mayo ya por terminarse y comienzos de junio de 1991.

Conversando con mi abogado sobre mi fuga y que podía quedar libre por la muerte que causé en el penal de Quito

Luego de hablar con mi familia y recibir ese desaire tan grande y doloroso, sin tener qué hacer ni a donde ir, tampoco rumbo fijo, decidí llamar a mi abogado, para ver que mismo pasa y que se puede hacer.

Fui a su casa -así quedamos al hablar por teléfono-, me tenía una sorpresa, pero primero:

- Víctor, ¿cuéntame cómo hicieron esa fuga que fue un gran escándalo?. Para mí fue una sorpresa por cuanto jamás consultaste conmigo sobre lo que ibas hacer y a pesar de todo lo lograste -un mérito más-. En tu juicio: presenté las pruebas de que el muerto había sido un agente de Dinacontes y traficante a la vez y sapo; así mismo, que su hermano te atacó por la espalda en Quito, durante la Audiencia para la cual te trajeron de Riobamba y que tú permaneciste seis meses en cama y que de la desesperación y verte inútil te fugaste. Me aceptaron la apelación y tenemos que presentar todas las pruebas y tú quedarás libre, aunque sea por fianza.
- Bueno, oí toda su conversa; pero, en verdad, para creerle tenía que ver los documentos y así fue. El abogado me facilitó las copias del juicio y también de la causa penal en contra del hermano del fallecido -a él sí le iban a poner unos seis años y como recién estaba uno, pues, le faltaban cinco-.

Muy bien, aquel día le dejé un dinero para que siga en mi defensa y le conté, lo que me estaba pasando porque mi madre, mi hermana y Mercedes, no querían saber nada de mí, por el mero hecho de haberles pedido, de favor, que me ayuden para poder fugar. En verdad, esa fue la causa por la que discutí, pues todos me abandonaron, y de una vez y para siempre.

El abogado lo que me dijo es “Víctor, tú tienes dinero y con eso uno consigue lo que quiere. Si tu familia no quiere que llegues donde ellos, tú no puedes rogar, tampoco pedirles un favor como por obligación”.

Salí de donde el abogado y no sabía a donde ir. Caminaba como un sonámbulo, perdido en mi mente y sin rumbo, por las calles de Quito.

Así pasé, escondido, durante dos meses; pero el dinero se me iba acabando y yo no tenía de donde sacarlo y como dormía en hoteles y

comía en salones... pues pensé: “la mejor manera es robarme un carro y llevárselo al Enrique, a Colombia” y así fue.

Septiembre de 1991 planeando para robarme un carro y llevarlo a Colombia

Luego de vivir dos meses en hoteles y comer en salones por falta de familiares que me ayuden y den consuelo, ya que todos se volvieron en mi contra y, ante la posibilidad de salir libre y obtener mi boleta, aunque me encontrara prófugo, sentí la necesidad de tener dinero para poder pagar y estar tranquilo y no serguir huyendo.

Para mí, la vida no era vida, era un total tormento, tanto por la intranquilidad y los problemas de mi casa, como porque la mujer con la cual compartí y pensé que me podía ayudar y seguir los dos unidos, también acabo con mi vida. Pero, por el anhelo de vivir para mí mismo, como no tenía dinero, planifiqué robarme un carro y así tener para mi alimentación y poder vestirme, claro, no lo puedo negar, también soy hombre y necesitaba tener unas relaciones sexuales, pero con chicas del cabaret o de la calle, y para todo eso necesitaba tener dinero. Con dinero podía hacer lo que me diera la gana, sin que nadie me viera ni pedir permiso a nadie.

Bueno, un día me desayuné y salí a la calle, anduve toda una noche mirando cual era la mejor manera de robarme un carro, donde lo guardo para luego llevarlo a Colombia o venderlo. Así pasé como tres noches, mirando y observando todos los tipos de carros y de que parte me podía llevar. Para mí no era difícil, ya que antes lo hacía con mis compañeras, sin fallar. Pues así, como si fuera una orden, yo tenía que llevarme un carro, venderlo y así tener dinero para vivir sin líos.

Es casi el fin de mi historia.

Robándome un carro para llevarlo a Colombia. Lo asalté a una chica con su novio en un parque, mientras se besaban

Pues mire, me decidí a robarme un carro ya que mi situación era sumamente crítica y nadie de mi familia me ayudaba. Yo mismo tenía que buscar los medios para poder defenderme y sacar dinero para mis necesidades y no pedir a nadie.

Pues bien, luego de salir de un cabaret, al dirigirme al hotel donde dormía, bajando por unas calles bien oscuras, miro a una pareja que parecían, gorriones, dentro del carro, él le besaba, la chica también y de mi presencia jamás se percataron y siguieron con mucho amor los pájaros en el nido. Como ellos estaban sumamente enamorados y arrechos, cuando comenzaron él a bajarse el pantalón y la chica a subirse la falda y se topaban sus miembros, yo los miraba a gusto y esperé que comiencen. El carro se movía y sonaba, me acerqué y los tomé por asalto. En ese momento la arrechera de los dos se les acabó, les saqué del carro y los dejé botados a ambos, desnudos. Me llevé el carro con matrícula y llaves y me dirigí a Colombia, donde podía venderlo.

Al cabo de cuatro horas de viaje llegué a Ipiales decidido a vender el carro, pero, mala suerte la mía, me pasó un caso muy grave.

En Colombia con el carro robado

Bueno. Robé el carro y lo llevé a Colombia y estado en la ciudad de Ipiales, queriendo llegar a donde Enrique a pedirle que me ayude a venderlo, soy sorprendido por unos guías penitenciarios del penal García Moreno de Quito y me cogieron preso, y con el carro robado. Para no tener más líos en Colombia, me bajé y caminé con ellos, Me trajeron a Tulcán en un carro del penal. Me cogieron por una denuncia -sabían que yo paso en Ipiales o Pasto- .

En Tulcán pues yo les pedía que me ayuden, que me dejen libre y, uno de ellos, con palabras fuertes y grosero dijo: “mira loco, pues tú de gana te escondes, tú puedes salir libre ya que te pusieron solo cuatro años y como llevas casi tres te faltaría solamente *un año para salir*. En verdad, no dudé más y me resigné a lo que venga.

Me trajeron directo al penal y como no tenía más que hacer, lo único que pensaba era: “hoy sí le mato a ese hijo de puta que me apuñaló o que él me mate” y como nadie de mi familia me quería ver, peor ayudar, pues no me importaba a donde ellos me lleven. En verdad, para mi fue doloroso, amarga experiencia, pero también una buena idea, así pude salir libre, tal como el abogado y los guías me lo dijeron.

Recapturado nuevamente en el mes de Septiembre de 1991, en Ipialles, Colombia y traído a Quito al Penal García Moreno, por unos guías

Muy bien. Los guías me cogieron preso y me trajeron al penal. Al llegar nadie me pegó, tampoco me trataron mal, como antes, lo cual a mí me sorprendió. Entre mí decía: “que pasará, o que querrán estos guías maricas, talvez mañana me saquen la puta madre”. Pero los guías y los de las oficinas, me aconsejaron y querían lo mejor para mí. Yo no entendía lo que me estaba pasando.

Era obra de mi abogado. Pues, por la muerte que causé a un compañero en el penal, en mayo de 1987, los tribunales me pusieron la sentencia de seis años; pero, como un familiar del muerto me apuñaló y mi abogado apeló, pues, me han puesto la sentencia mínima de *cuatro años* y en verdad yo he estado en completa libertad. Sólo tenía que mi abogado estar presente ahí en el penal para firmar mi boleta, ya que cuando me recapturaban jamás me cogieron con algo y no llegué a tener juicios pendientes.

Por el delito de vender droga (cocaína), en el año de 1982 no me llegó ninguna sentencia y más bien fui absuelto de culpa. Pero estando ya libre, por tomar trago y consumir cocaína he perdido el sentido y causé la muerte de mi compañero de celda de 17 puñaladas; así también, por vengarse, el hermano me pegó dos puñaladas en el pulmón, y casi me voy al hueco y gracias a Dios y a los guías de la cárcel de Riobamba que no me dejaron morir, hoy estoy cumpliendo una pena muy fea y larga. Si pudiera contarle a la gente, en persona, lo haría; pero como no puedo, pues, escribo este relato, que es la pura y neta realidad de mi vida, lo que pasé y como yo viví en el penal de Quito en unión de seres de diferentes clases Sociales: blancos, cholos, negros, indios, mestizos y gente de buenas posibilidades, pero que algún día cometieron delitos, así como también gente que jamás supieron de que los acusan.

El penal es otro mundo. Al vivir en él uno pierde padre, madre, hermanos, mujer, hijos, sólo por el hecho de encontrarnos presos y acusados de delitos ante la sociedad.

Bueno amigos míos, así termino el relato de mi horrible prisión de nueve años, desde que caí preso en el año de 1982 y salgo libre, com-

pletamente libre y por la puerta grande en el año de 1991, mes de septiembre.

Entré acusado de vender cocaína y luego, por matar a un compañero, pasé encerrado nueve años y bien sufridos y amargos por mí y por toda mi familia Así doy término al relato de mis experiencias vividas y pasadas en prisión. Ojalá les guste amigos lectores.

Al salir completamente libre, luego de haberme nuevamente cogido preso, pues no creía, no sabía que era verdad pero fue una alegría tan grande que lloraba de emoción. Al fin llegó mi tan anhelada libertad y me siento un hombre libre y muy feliz. Luego de purgar tanto tiempo en el penal no debo ni temo a la justicia. Casi no salgo vivo, pero doy gracias a Dios que salgo bien y ojalá nunca más vuelva a este sitio que es odiado y repudiado por todos los que vivimos ahí dentro.

1991, Sep.